ESCUELA DE ENFERMERAS


UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
SISTEMA INTEGRADO DE BIBLIOTECAS
FACULTAD DE MEDICINA
Cárlos Van


SISTEMA INTEGRADO DE BIBLIOTECAS

5.230



BIBLIOTECA ESCUELA DE ENFERMERIA
"CARLOS VAN BUREN"
ESTE LIBRO PERTENECE A LA MATERIA
Novelas y Aventuras
REGISTRADO EN EL INVENTARIO BAJO LA
LETRA F Y N. 59



EL DESEO

Universidad de Chile Facultad de Ciencias de la Salud
BIBLIOTECA CENTRAL
Valparaíso

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
SISTEMA INTEGRADO DE BIBLIOTECAS
FACULTAD MEDICINA

Empresa Editora Zig-Zag. — Santiago de Chile.

A.59 S 743 C.1

H. SUDERMANN

EL DESEO



1938.

EDITORIAL ZIG-ZAG - SANTIAGO DE CHILE

Thm 11.980

R. Hoppe

El anciano médico estaba aún en el lecho, disfrutando de ese sentimiento de bienestar que se apodera de los hombres cuando consideran realizada la misión de su vida. Quien ha permanecido medio siglo sentado doce horas diarias en un cabriolé de médico de aldea, traqueteando incesantemente por las piedras y los baches de la carretera, bien puede algunas veces levantarse tarde, sobre todo si otras manos más jóvenes ejecutan a satisfacción su cometido.

Estiró sus miembros quebrantados, sumergió nuevamente en las almohadas su rostro fatigado y amarillento, sembrado casi por completo de canas duras a manera de crin como un viejo granito recubierto de musgo. Pero el hábito, el dictador imperioso que, fuera o no indispensable, solía arrancarle de la cama antes del alba, no le permitió reposar por más tiempo.

Suspiró, bostezó, se avergonzó de su pereza, y tocó la campanilla colocada a su cabecera sobre la mesa de noche.

El ama de llaves, otra ruina tan gris y tan descalabrada como el médico, apareció en el umbral de la puerta.

—¿Qué hora es, señora Liebetreu?

Desde el día en que llegó a Gramowo, el médico ayudante, el reloj venerable de la Selva Negra, que pendía cerca del lecho del anciano y cuyo estridente despertador interrumpiera más de una vez sus sueños matinales, no había recibido cuerda, "para que me persuada — complacíase el doctor en decir — de que también mi vida será en lo sucesivo de reposo".

—Las ocho menos cuarto, señor doctor — respondió la vieja.

¡Diablo! — exclamó el médico incorporándose—. ¡Me he vuelto un perezoso!... Bueno... ¿han venido cartas?

—Sí, señor; varias por correo y otra la trajo el señorito Hellinger hace dos horas.

—¿Hace dos horas?... ¡Si era aún de noche!

—Sí; me ha dicho que tenía que ir hasta la granja y no podía aguardar... También vino anoche, mientras estaba usted en el "Aguila Negra", y le estuvo esperando dos horas.

—¿Y por qué no hizo usted que me llamasen? — gritó el doctor con voz gruñona.

—¡Si me lo impidió él mismo! —contestó la criada exactamente en el mismo tono—. Estuvo en el despacho hasta las diez, paseándose como una fiera... Se reía, hablaba solo... no era el muchacho apacible y calmoso de siempre. Le llevé seis botellas de cerveza, se las bebió todas y me hizo beber con él... Créame usted, estaba como trastornado.

—¡Hola, hola! — murmuró el viejo riéndose entre dientes—; me parece que media Olga en todo eso. Ella, por fin... pero, ¿me da usted esas cartas? — exclamó de pronto, como furioso, aunque seguía sonriendo.

Y cuando el ama, sin dejar de gruñir, hubo satisfecho su deseo, cogió sin vacilar de entre las cartas la que no tenía sello, sin dignarse mirar a las otras.

Le temblaban las manos de emoción al desplegar la carta, e irradiando alegría, su rostro arrugado leyó:

"Querido tío:

"Debes ser el primero en saberlo... Quisiera encontrarme a tu lado, estrechar tus manos leales y decirte, fijos mis ojos en los tuyos, cuánto siento en el alma... No acierto aún a creerlo; siento vértigos cuando pienso en ello... Amigo mío, tú sólo me ayudaste y protegiste en los más ingratos días de prueba; tú só-

lo tendías los brazos a Marta cuando todos, ¡hasta mis padres! le volvían la espalda con frialdad y desconfianza... ¡No pudiste conservármela!... Dios se la llevó al cielo, y cuando frente al cuerpo de la muerta mi razón vacilaba, me hablaste... como me hubiera hablado un sacerdote.

"Ganaste el pleito. Creo imposible que renazca en mi espíritu la alegría; creo imposible volver a ser lo que era antes de que mis cuidados materiales y mi pasión por Marta me hubieran entorpecido el cerebro. La misma Marta, la misma querida esposa, no pudo lograrlo en los tres años que duró nuestra felicidad. Sin embargo, la existencia parece sonreírme otra vez.

"Tú sabes, tío, que en medio de mis dolores se apoderó de mi alma un afecto sin cesar creciente hacia mi prima Olga, la hermana de la mujer querida. Te lo confesé todo, buscando tus consuelos, cuando me atormentaba reprendiéndome aquella infidelidad respecto de la muerta, por quien llevaba luto todavía. Y entonces me dijiste:

—"Si la muerta pudiera elegir una segunda madre para su hijo, ¿designaría otra sino esta hermana que era, después de ti, lo que más quería en el mundo.

"Hasta los huesos me temblaron de espanto al oírte, porque jamás me hubiera atrevido a levantar los ojos hasta ella. Pero no has dejado de aconsejármelo, y con tal tino, que al cabo, hace ocho días, me decidí a rogarle que compartiera mi suerte. Olga se negó, ya lo sabes.

"Se puso pálida, me tendió la mano y me dijo:

—"Roberto, desecha esa idea; no puedo ser tu esposa.

"Y al retirarme, rojo de vergüenza, pensaba: ¡Te lo merecías, presuntuoso!

"Y hoy, sin embargo... amigo mío... no puedo decírtelo; la mano se resiste. ¡Es tan inmensa y tan inesperada mi felicidad, que me abruma su peso! Mañana tío, te lo contaré todo.

"Necesito ir a la granja por la madrugada; vol-

veré a eso del mediodía, y daré en seguida el paso doloroso de pedir el permiso a mis padres. Mamá no sospecha nada. De nuevo se frustran sus proyectos, lo que no dejará de costar a Olga un millón de disgustos. Me temo que acabe mamá por cerrarle del todo las puertas de su casa. ¡Bah!... ¡Siempre que suceda después de que la haya yo albergado bajo el techo de la mía!

"Son las tres de la mañana... Basta por hoy.

"Tu sobrino, agradecido y feliz,

"Roberto Hellinger".

El anciano enjugó una lágrima que le rodaba por la mejilla:

—¡Qué buen muchacho! — murmuró—. ¡Cuánta franqueza! ¡Qué rectitud en las palabras! Es, en verdad, digno de ti, altiva y valerosa niña. Es el único hombre a quien yo te uniría con placer. Y ahora veremos si tú también tienes confianza en el viejo de tu tío. En seguida me cercioraré de ello.

Y riendo y refunfuñando a un tiempo, reclinó la cabeza sobre las almohadas. Pero al momento gritó con voz que, cual un trueno, retumbó hasta los últimos rincones de la casa:

—¡Voto al diablo! ¿Dónde está el pantalón?

Trájoselo la criada y al minuto se halló el anciano frente al espejo; tan sólo le faltaba la peluca, de un color gris amarillento.

—¡El sombrero... la capa... el bastón! — exclamó en el pasillo.

—¿Y el café, santo Dios, y el café? — gritó la vieja en la cocina, con más brío aun.

—Bueno... ¡pero pronto! — replicó, siempre en el mismo tono—; tiene que estar aquí antes de que acabe de leer las cartas.

Y entre gruñidos de impaciencia cogió el montón de cartas, olvidado hasta entonces sobre la mesa de noche, y se puso a leerlas... Trataban de ofertas de vino, de víveres; otra anunciaba el nacimiento de un niño en casa de Cohu. "¡Otro crío en casa de un

padre pobre y ciego!", y se estremeció de repente, para volver a sonreír al cabo de un segundo.

—¡Diantre! No lo esperaba — murmuró satisfecho—. Tampoco ella ha podido dormirse sin hacer de este viejo el confidente de su felicidad. Está bien, hijos míos; se os pagará en la misma moneda.

Pero apenas comenzaba a leer cuando, lanzando un grito ahogado, retrocedió dos pasos, vacilando, cual si lo hubieran herido a traición. Cubriósele el rostro de intensa palidez; los ojos se le salieron de las órbitas y los dedos, arrugados y secos, apretaban como garras el papel temblo roso:

Cuando la criada entró con el café, halló a su dueño en un rincón del canapé, hecho una masa inerte, cubierta la frente de gruesas gotas de sudor, fijos los ojos, apagados, en el papel, que sus manos magullaban con un apretón convulsivo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Señor doctor! — exclamó, dejando la bandeja con estrépito sobre la mesa.

Las exclamaciones y el ruido hiciéronle volver en sí. Pidió agua, bebió dos tragos ávidamente, se humedeció con la restante la frente y las sienes, e hizo señal al ama para que se alejara.

Y después de cerrar la puerta con cerrojo, recogió la carta y se puso a leerla con una voz trémula:

"Querido amigo, segundo padre:

"Cuando lea usted estas líneas, mi vida habrá acabado. Reuní y conservé con cuidado las pociones de morfina que usted me recetaba cuando, a la muerte de Marta, perdí el sueño. Espero que sean suficientes para asegurarme el reposo.

"Usted, que me ha protegido como un segundo padre, usted solo sabrá, por qué he tomado esta suprema determinación. Aproveché las largas veladas del invierno, cuando la tempestad sacudía la ventana ahuyentándome el sueño, en escribir extensamente de lo que me atormentaba desde hace años, lo que me aleja a todas horas del descanso, lo que me roba la tranquilidad en estos últimos minutos, y me la ro-

bará hasta que duerma para siempre. En la biblioteca, detrás de los tomos de Heine, hallará usted un cuaderno azul. Guárdelo sin que nadie lo advierta, y cuando lo haya leído por entero, rece un "Padrenuestro" sobre mi tumba.

"Cuide usted de que se me entierre junto a Marta: la quise mucho... ella me arrastra en su viaje final.

"Cuando lea usted mi historia me comprenderá. Tal vez sepa de mi secreto más de lo que sospecho. En el delirio de la enfermedad debo de haber revelado mil ruindades... Si así no fuera, ¿por qué habría alejado usted del lecho a todos mis parientes? ¿Se horrorizó usted de cuánto se escapaba de mi boca miserable? ¿Me compadece? ¿Me desprecia? Pero no; usted no me desprecia: si usted me despreciara no me querría tanto... Dejemos eso, lea usted el cuaderno... todo está en él.

"De primera intención no se lo destinaba a usted. Lo quería guardar muchos años, y cuando a nuestra vez llegáramos a viejos, enviárselo al hombre que dispone de mi alma, para que no ignorase la causa de haberle rechazado.

"En un momento de olvido y de abandono, me he dejado hoy caer en sus brazos. He visto tarde que no podía separarme de él, pero antes de ser suya prefiero la muerte.

"Aun tengo que suplicar a usted otra cosa. Es el ruego de una moribunda; si está en sus manos realizarlo, usted lo atenderá.

"Oculte al mundo entero — y sobre todo al hombre amado — mi suicidio. ¡Quiero que piense que la alegría me aniquila! Destruiré cuanto pudiera revelar la causa de mi muerte; a juzgar por los signos aparentes, se atribuirá la desgracia a una congestión o a una aneurisma.

"¡Se lo suplico desde el fondo del alma! ¡No me niegue esa suprema satisfacción!... Muero sin pena,

no tengo miedo... Hace tanto tiempo que no duermo, que necesito reposar.

"Olga Bremer".

El viejo era presa de un sentimiento de absoluta angustia. Se tambaleaba, se apretaba los puños, se golpeaba la cabeza y volvía a caer en su asiento.

—¡Locura, locura completa! — gimió, limpiándose las gotas de sudor frío que le brillaban en la frente—. ¿Qué ha pasado dentro de ti? ¿Cómo se te ha nublado el juicio? ¡Pobre niña, pobre niña querida!

Luego se levantó de repente, buscando con las manos temblorosas el sombrero y la capa.

—¡Necesito arrancar a la muerte esa víctima!

Quizás la dosis fuese insuficiente, quizás el tiempo — hacía más de un año que Marta feneciera de sobreparto y fué entonces cuando recetó a Olga los calmantes—, quizás el tiempo amortiguara la fuerza del veneno... Sí, sí; así era, ¡tenía que ser así! La morfina mal conservada se descompone y es inofensiva. Adelante, pues. ¡Hay que salvarla si no es ya tarde!

Daba vueltas en el cuarto, buscando alguna cosa, sin saber a ciencia cierta qué... Y otra vez cogió la carta.

—¿Sabes lo que me pides, niña? Niña, ¿te figuras que es tan fácil violar un juramento, renunciar a los deberes respetados durante medio siglo, como arrojar al suelo una cáscara vacía? Niña, niña, ¡no sabes lo que pides a un hombre honrado!

Y aproximando el papel a los ojos, leyó y releyó el párrafo:

"Es el ruego de una moribunda... Se lo suplico desde el fondo del alma... ¡No me niegue esa satisfacción suprema!".

Gruesas lágrimas rodaban por sus marchitas mejillas.

Es imposible, niña, es imposible, por bien que sepas suplicármelo. Caso de intentarlo, me haría traición. Ya no soy más que una ruina, me dominan los nervios; a la primera ojeada descubrirían la menti-

ra... Mas para que no en vano... supliques... a tu tío... lo ensayaré... Por tu amor, por el de Roberto, ante todo, es necesario que te salve. ¡Vive Dios! Viejo, sé hombre una vez más en la vida. Tienes que salvarla, ¡es preciso!... ¡es preciso!... ¡es preciso!

Y tan de prisa como sus piernas viejas se lo permitían, se precipitó por el pasillo, atropellando a la criada, que escuchaba en la puerta, y salió entre la neblina punzante y helada de una mañana de invierno.

II

Sentada para almorzar, al lado de la mesa, la pareja de los señores Hellinger ofrecía la imagen de la calma y la serenidad más perfectas.

Del tubo de la maquinilla del café, cuyo vientre bruñido y reluciente reflejaba el resplandor de la llama, se elevaba un ligero vapor azulado que volvía a caer sobre la mesa en nubecillas que empañaban el azucarero de plata y coronaban de gotas diminutas las tazas de café.

El señor Hellinger usaba toda la barba, una barba cuidada con esmero y blanca cual la nieve; su hermoso rostro, de facciones regulares y todavía joven, respiraba buen carácter, el placer de vivir cómoda vida. Arrellanado en un sillón azul y con la bata recogida en las rodillas, parecía esperar, resignado apaciblemente, lo que el destino, bajo la forma de su mujer, le reservaba para aquel día.

Esta acababa de echar el café en el filtro y se limpiaba minuciosamente los dedos en el delantal de tela blanca, guarnecido, a la usanza rusa, por anchas tiras de bordados rojos. Cubría su cabeza una cofia blanca, inclinada levemente hacia la oreja izquierda y sujeta por las bridas atadas en la barba carnosa, y entre un marco de encajes resplandecía un rostro lleno de energía, un rostro duro y agrio de granadero veterano, con las facciones un tanto entumecidas, co-

mo es cosa corriente entre matronas que gustan de sorber un trago de coñac en las copas de sus maridos.

Se conocía en el semblante de la señora Hellinger que estaba acostumbrada a dominar, a que todo se doblegara ante ella; la misma sonrisa de perpetua amargura que vagaba por su amplia boca denotaba una tenacidad inquebrantable.

Y para no permanecer ociosa mientras el café se colaba, cogió la calceta de lana gruesa, que por su cargo de presidenta de la Asociación de Señoras y de la Comisión de Pobres jamás se permitía soltar de la mano, y con inaudita rapidez hizo resbalar las brillantes agujas por sus manos huesosas y acostumbradas al trabajo.

—¿No sabes nada de Roberto? — preguntó con voz ruda y metálica, que debía de penetrar hasta en los últimos rincones de la casa.

La pregunta pareció desagradar al anciano, quien sacudió la cabeza como si quisiera alejarla de su mente para que no turbara su quietud matinal.

—¡Vaya un hijo cariñoso, te lo juro! — continuó ella, y la sonrisilla amarga se prolongó hasta la mueca—. Hace ocho días que ni nos visita ni da señales de vida. ¡Aunque viviera en la luna no nos vería más de tarde en tarde!

El señor Hellinger murmuró entre dientes alguna frase y se dispuso gravemente a encender la pipa, una pipa kilométrica.

—No le saldrán bien los negocios — prosiguió la señora—. ¡Se ha vuelto tan extravagante! Desde hace algún tiempo, Roberto vaga a mi alrededor sin decir una palabra. Supongo que se tratará de algún vencimiento que no podrá pagar.

—¡Pobre muchacho! — exclamó el viejo, y se puso a chasquear la lengua, sin duda para desembarazarse de tan inoportuno pensamiento.

—¡Pobre muchacho! ¿Y aun le compadeces?... Te creo muy capaz de ayudarle por bajo cuerda. ¡Adalberto! — prosiguió en tono de amenaza—, exijo

que eso no se repita; lo que tú le das nos lo quitas a nosotros y a los otros hijos. ¡Si tan siquiera fuera digno de su ayuda! Pero que sufra si por terquedad y arrogancia corre a su ruina...

—Pero permíteme, Enriqueta... — insinuó tímidamente su marido.

—No permito nada, Adalberto. Si por su negra ingratitud desdeña los consejos de su madre, una madre tan tierna y tan cariñosa que se devana los sesos por hacerle feliz, que por él pasa las noches pensando y atormentándose...

Y se frotó los ojos con el delantal, cual si estuviesen henchidos de lágrimas por enjugar.

—Pero Enriqueta...

—¡No me contradigas, Adalberto! Ya sabes que te perdono todas tus locuras. Te consiento que estés en el "Aguila Negra" todo el tiempo que quieras, bebiendo ese maldito vino tinto que tan caro cuesta. Te preparo la cena para cuando vuelvas tarde; y a propósito, bien pudieran entrar sin derribar las sillas como anoche; me parece que no guardas muchos miramientos para con tu mujercita; pero ¿qué iba yo a decir?... ¡Ah! sí... respecto de mis planes, no te mezcles en ellos; no entiendes una palabra... ¡No tienes idea de todo lo que he hecho por ese granuja de Roberto! Correr y viajar por cerros y valles, hacer visitas, escribir cartas y sabe Dios cuántas otras cosas. Le he presentado a cinco o seis muchachas riquísimas, se las he traído en una bandeja; no tenía más que alargar la mano... ¿Y qué ha hecho ese infeliz?... Aún te acordarás de aquel ataque que me dió cuando nos trajo a Marta, ¡tan pobre y enfermiza!... ¡Todos mis achaques vienen de entonces!

—¡Pero Enriqueta!...

—Querido Adalberto, te lo suplico, no me contradigas. Marta lleva mi sangre, ya lo sé... más, si quería ser una sobrina afectuosa y agradecida, ¿por qué no le trajo una dote regular?... Claro, ¡no tenía nada! Mi hermano murió más pobre que una rata de

iglesia. ¿Está eso bien en uno de mi familia? Al fin y al cabo poco me importa que él hiciera lo que quisiera, pero no hacía falta que nos endosara la hija.

—Ya se ha muerto — observó el señor Hellinger.

—Si se ha muerto — replicó doña Enriqueta juntando las manos—, no he de decir ¡gracias a Dios! sería un pecado. Mas ya que Dios lo ha dispuesto así, quiero al menos reparar la locura de Roberto, y mientras estabas tú bebiendo vino tinto en el "Aguila Negra", yo me puse en campaña, tomé informes... No le falta más que elegir. Ahí está Gertrudis Lenzman, con 50.000 marcos al contado y otros tantos a la muerte de su padre. Ahí está la chicuela de Verzen, muy joven, es cierto, hace poco que se confirmó, pero tendrá aún más dote. Y aun tengo entre manos otras tres o cuatro proporciones. ¿Y qué crees que me responde a mis proposiciones?... "Madre — me dice — si me hablas de eso, conseguirás no volver a verme". ¡Habráse visto cosa semejante! No me faltaría más sino que, muerta Marta, se casara con su hermana... Entonces sí que tendría que morirse la muy pánfila de su madre. Y dime, ¿dónde se ha metido hoy la señorita? Son cerca de las nueve y todavía no ha aparecido por parte alguna. Quizás en casa de mi señor hermano — que vivía a la turca — reinará la costumbre de levantarse al mediodía. Pero en una casa bien arreglada, como la mía, no estaría de más que la señorita lo olvidara. ¡Adalberto!... tengo que poner orden en mi casa.

—Querida Enriqueta, no sé por qué me haces cargos por cosas de mi sobrina.

—¡Si tú no te empeñaras en protegerla! Pero claro... Ya ni siquiera puedo hablar. Me desconocen y me venden en mi propia casa. Gracias que no va a pasar mucho tiempo sin que todo esto se acabe. Hace ya un año que la tengo a mi lado; comienza a serme enteramente inútil!

—Pero ¿no trabaja desde la mañana hasta la noche en el gobierno de la casa de Roberto? ¿Se pasa

un solo dia sin ir a la granja? ¡No seas injusta, Enriqueta!

Su mujer le miró compasivamente.

—Si no fueras todavía un niño, se podría hablar contigo. Ahí tienes, eso es precisamente lo que empieza a parecerme peligroso. ¿Crees que no sabe lo que hace yendo diariamente a pavonearse en el castillo, dándose tono de señora ante Roberto y ante los criados? ¡No es tonta mi sobrinita Olga! Ya habrá hecho cuanto esté de su parte para acostumbrarle a la idea de que a ella, sólo a ella, le corresponde el puesto de la muerta. Si no fuera por ese motivo, ¿qué iría a buscar diariamente al castillo?

—Yo creo que el hijo de Marta justifica su conducta.

—¡Toma, toma! Te cuentan esas paparruchas y tú te las tragas. Demasiado sabe Olga con qué objeto se muestra laboriosa y por qué quiere al pequeñuelo al extremo de comérselo a besos... ¡Ya conoce el camino por donde se llega al corazón del padre!

—¡Pero si es probable que ella no le quiera ni poco ni mucho!

La señora Hellinger soltó una carcajada.

—¡Querido Adalberto! Cuando un hombre posee una finca a las puertas de la ciudad, una muchacha pobre le quiere siempre. Si yo no doy fin a todos sus manejos, plantándola en la puerta de la calle, no será difícil que cualquier día nuestro buen Roberto la coja de la mano y nos diga: "Mis queridos padres, hacednos el favor de bendecirnos". Pero antes de que esto suceda...

En este instante retumbó en el portal un gran ruido de pasos, e inmediatamente llamaron a la puerta con violencia.

—¡Hola! — dijo la señora—; por ahí anda alguien armando escándalo, como un alguacil de embargos. ¡No sé a dónde vamos a parar!

Y dulce y tranquilamente añadió:

—¡Adelante!

El doctor penetró en la habitación.

Tenía el sombrero echado hacia atrás, le colgaba suelta la bufanda a lo largo de la espalda, y resoplaba como si hubiera corrido. No se acordó de dar los buenos días, limitándose a mirar en derredor, con aire investigador y huraño.

—¿Qué te pasa, doctor? — gritó Hellinger precipitándose a su encuentro.

La señora Hellinger, por el contrario, adoptó el aspecto fosco que le era habitual y refunfuñó entre dientes algo así como...

—¡Qué modales de taberna!

Cuando el anciano médico vió la apacible mesa del almuerzo y a sus amigos que, con la misma cara de otros días, le miraban estupefactos, se dejó caer sobre un asiento, exhalando un suspiro de alivio. ¡La tragedia no se había realizado! Pero al momento se apoderó nuevamente de su espíritu la terrible ansiedad.

—¿En dónde está la Olga? — balbuceó levantando los ojos hacia la puerta, como si ella fuera a entrar en aquel instante.

—¿Olga? — replicó la señora Hellinger encogiéndose de hombros—. ¡Bah!... No tardará en llegar... ¿tanto urge?

—¡Alabado sea Dios! — exclamó el médico juntando las manos—. ¿De modo que ya ha bajado?

—No, lo que es eso no; la señora duquesa se ha permitido dormir hoy hasta un poco más tarde que de costumbre.

—¡Santos cielos! ¿Y nadie ha subido a verla? ¿No sabe nadie de ella?

—¿Qué te pasa, doctor? — exclamó Hellinger, de quien se iba apoderando la inquietud.

El doctor se acordó de la súplica con que terminaba la carta de adiós de Olga. Comprendió que de esa suerte naufragaría indefectiblemente su deseo de respetar la voluntad de la muchacha e hizo un postrer esfuerzo para guardar reserva.

—¿Qué es lo que tengo? — respondió sonriéndose aflictivamente—. ¡No tengo nada! ¿Qué había de tener?... ¡Mil bombas!

Y dando al traste con su fingimiento, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! Tú permitiste tan horrible desgracia; tu mano se apartó de Olga.

Poco faltó para que su dolor se deshiciese en lágrimas; pero juntando cuantas energías quedaban en su gastado cuerpo, se enderezó tan derecho como una i.

—Vamos al cuarto de Olga y no os espantéis, cualquiera que sea el estado en que la encontremos.

Hellinger palideció y su mujer se puso a sollozar y a dar gritos. Se colgaba del brazo del doctor intentando averiguar lo que había ocurrido, pero el médico no hacía caso. Y así subieron la escalera que conducía al cuarto de Olga, en tanto que los criados se juntaban en los pasillos queriendo averiguar lo que pasaba.

Frente a la puerta de Olga, la señora Hellinger fingió un ataque de desesperación.

—Llame usted, doctor — dijo sollozando—, yo no puedo.

Llamó el anciano.

No respondió nadie.

Llamó de nuevo y se puso a escuchar por el ojo de la cerradura.

Continuaba el silencio.

Y entonces la señora Hellinger volvió a dar gritos.

—Olga, querida Olga... ¡ábrenos!... somos nosotros... tu tío, tu tía y el doctor... Abre sin miedo...

El doctor dió vueltas al picaporte; la puerta estaba cerrada: miró por el ojo de la cerradura; estaba tapado.

—Que venga un cerrajero, Adalberto.

—No — replicó la señora, olvidándose de su dolor—; eso no lo consiento; no lo tolero... ¡cerrajeros en mi casa!... ¡me moriría de vergüenza!

El médico le dirigió una mirada en la que se leían el odio y el desprecio, pero ella no se inmutó ni poco ni mucho.

—Tú tienes fuerza, Hellinger, de un empujón; tal vez logres forzar la cerradura.

Hellinger era un coloso. Arrimó uno de sus hercúleos hombros contra un recuadro de madera, que crugió al primer esfuerzo por todas las junturas.

—No hagas ruido — dijo su mujer—; los criados están en el pasillo.

—¡Idos a la cocina, perezosos! — gritó con voz gruñona.

Oyéronse ruidos de violentos portazos.

Al segundo empuje se rompió por la mitad una de las hojas de la puerta, y por el hueco penetró un rayo de luz en el pasillo obscuro.

—Dejadme ver por ahí — dijo el doctor, que, en espera de mayores males, recobraba la sangre fría.

Hellinger arrancó algunas astillas, de modo que pudiera verse todo el cuarto por la abertura.

A pocos pasos de la ventana, y enfrente de la puerta, elevábase la cama. El cobertor, recogido a los pies, formaba un montón blanco, detrás del cual brillaban las líneas doradas de las trenzas de Olga; columbrábase un trozo de frente que resplandecía con la blancura de las sábanas. Los pies estaban descubiertos; diríase al verlos que en las convulsiones agónicas se habían encorvado contra la madera y caído luego inertes.

Sobre la silla de cabecera se veían los vestidos doblados cuidadosamente. Enaguas y medias se apilaban en orden, unas sobre otras, y las zapatillas colocadas sobre el suelo, parecían esperar que unos pies muy pequeños se deslizaran en ellas al momento de caer de la cama.

Sobre el mármol de la mesa de noche y contra la lámpara apoyábase un libro abierto todavía, como si allí hubiese quedado al tiempo de apagar la luz. Parecía reinar en el ambiente la paz serena e indefini-

ble, reveladora del alma de una vírgen... La que allí moraba habíase dormido, rezando para despertar sonriendo.

Cuando el doctor dió término a su examen silencioso, se separó de la hendidura.

—Pasa por ahí el brazo, Adalberto, y trata de alcanzar la llave... La puerta está cerrada por dentro.

Pero la señora Hellinger, arrimándose a la puerta, suplicó gritando a su "querido tesoro" que se despertase y la abriese por su mano.

Al fin consiguió el médico echarla a un lado y Hellinger abrió la puerta.

Los tres se aproximaron a la cama.

Blanca la cara, blanca como el mármol, parecía mirarles con ojos entornados y vidriosos y sonreírles con sonrisa de éxtasis. Inclinábase hacia el hombro izquierdo una cabeza encantadora, de perfiles enérgicos y nobles, y los cabellos sueltos desplegaban brillantes bucles sobre el pecho joven, descubierto por una rasgadura de la camisa de dormir. Sólo un jirón de tela, adherida al abrochado botón de nácar del cuello, indicaba que la muchacha debió de haber sido presa de violenta agitación.

—¡Estás durmiendo!... tesoro mío... díme que duermes — murmuró sollozando la señora Hellinger... — Tú no has podido inferir tal ofensa a tu tía, a tu querida tía, a la que te ha educado, a la que te ha cuidado como una madre.

Y sin dejar de hablar, cogió la mano lívida que colgaba del lecho, e intentó levantarla.

Su esposo, más impresionado, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

El médico no se dejó dominar por la emoción. Sacó el estuche del bolsillo y apartando a la señora Hellinger con un movimiento no muy cortés, reclinó la cabeza sobre el pecho de la joven, que desnudó bruscamente. Al enderezarse, su rostro se había cubierto de mortal palidez.

—¡La última tentativa! — dijo, e hizo rápidamen-

te una incisión en el brazo colgante, en el punto en que una arteria azulaba la blancura radiante de la piel. Separáronse los bordes de la herida sin cubrirse de sangre; sólo al cabo de algunos segundos dos o tres gotas negras rezumaron lentamente.

Entonces el anciano arrojó con violencia el bisturí, juntó las manos, y luchando con el llanto, comenzó a balbucear un Padrenuestro.

III

El mismo día un ligero carricoche de un caballo se dirigía hacia la villa a través de la llanura arenosa que se extiende al Norte de Gromowo en una extensión de varias millas.

Las nubes se cernían sobre el llano, tan pesadas y espesas, que un niño imaginara alcanzarlas de un salto. Aquí y allá se erguía en el aire húmedo el tronco nudoso de un sauce, brillando en lo alto, merced a las gotas menudísimas que en hileras prolongadas pendían de las ramas desnudas. Hundíanse profundamente las ruedas en el fango del camino, que se alargaba por entre las hierbas marchitas de un pantano, y el agua salpicaba incesantemente todo el coche.

El conductor no se cuidaba gran cosa del paisaje. Sumergido en sus pensamientos, se acurrucaba en un rincón, enderezándose a ratos, cuando las riendas trataban de escapársele de entre las manos descuidadas, y entonces se dibujaba la estructura poderosa de su cuerpo y su pecho combado se ensanchaba, hinchando la capa gris que le ceñía entre sus pliegues.

Recordaba su estatura la del anciano Hellinger; tal vez era mayor, y ofrecía su rostro un parecido en el que no cabía engaño; pero las facciones, que en el padre habían conservado una dulzura amable, aun después que la coronaban cabellos blancos, se habían acentuado en el hijo, formando arrugas pronunciadas y sombrías, que delataban un carácter concentrado y siempre inquieto, juntamente con una tenacidad or-

gullosa. Una barba rizada y descuidada rodeaba su bronceado rostro, clareándose a los lados de la boca y cayendo sobre el pecho en dos puntas de un rubio ceniciento.

Era Roberto Hellinger, el propietario de la granja de Gromowo, el novio de Olga.

Su frente no dejaba traslucir la buena nueva de la víspera. Los ojos grises, medio cerrados, miraban fijamente a lo lejos y una arruga recelosa aparecía a menudo entre las cejas. Roberto sabía que le aguardaban largas horas de lucha, y que la misma victoria no le acarrearía más que tormentos y cuidados. Evocaba en su pensamiento los tenebrosos años que había vivido, apenas alumbrados de vez en cuando por fugitivos rayos de consuelo.

Hacía seis años que su padre le legara solemnemente, como correspondía al primogénito, el castillo, propiedad de la familia, para retirarse a la villa y vivir una vida cómoda y apacible: desde entonces comenzó su martirio. La carga era tan dura, que hasta sus mismos hombros de gigante amenazaban desplomarse. Cuanto lograba ganar con sus manos encallecidas ya, cuanto economizaba de las necesidades más urgentes, era absorbido, tragado por las reivindicaciones de los suyos. No podía quejarse: lo que ocurría era legal y justo. Hasta el último céntimo de la herencia se había repartido por partes iguales entre él y sus seis hermanos y hermanas, sin hablar de la renta que sus padres se reservaron.

Sobre cada teja de su tejado, sobre cada terrón de sus campos gravitaba una deuda; en cada espiga a punto de madurar se fijaban los ojos desconfiados de la señora Hellinger, que velaban severamente para que el pago de los intereses no se retrasara un solo día.

¡Los intereses!... ¡Palabra terrible que a todas horas le retumbaba amenazadora en los oídos, que le despertaba sobresaltado durante la noche, que poblaba sus sueños de espantosas visiones!

¡Los intereses!... ¡Cuántas veces, a causa de ellos, golpeábase la frente con los puños cerrados! ¡Cuántas veces corría obsesionado a través de los campos fangosos, para escapar a aquella baraúnda de deudas en figura de monedas! ¡Cuántas veces, en accesos de loca rabia, rompió de un puñetazo una herramienta, un arado o la lanza de un coche, juzgando buena cualquier arma para combatirlos! Pero no le dejaban descansar; con la cólera tan sólo conseguía que se le pegasen con mayor tenacidad a los talones, que le chupasen más ávidamente, y hasta los tuétanos, la sangre juvenil.

¿Y de qué servía dominarles si alguna vez lo lograba? Aquella hidra no cesaba de criar nuevas cabezas. De trimestre en trimestre, se inflaba cada día más temible, se hinchaba desmesuradamente ante los ojos preñados de angustia, y se preparaba a arrojarse sobre él para aplastarle bajo el peso de su mole gigantesca!

Y así arrastraba su vida, cual la de un condenado, desde aquel día solemne, celebrado alegremente y regado con vino y con champaña en el "Aguila Negra".

¡Si siquiera su madre se le hubiera mostrado indulgente! Pero no; no le perdonaba ni uno de los espárragos que se había reservado para las primaveras, ni siquiera los paseos en coche en tiempo de cosecha, cuando están tan ocupados los ganados.

"El indócil que sufra", era su adagio favorito, y él era indócil; ¡oh! eso sí. Con una palabreja, con un sencillo "sí", Roberto se ahorraría tales tormentos, pudiendo vivir, hasta el fin de sus días, en la alegría y en la abundancia. Que por una obstinación estúpida e inconcebible no quisiera pronunciarla, que todas las diligencias para casarle resultaran inútiles, eso, eso su madre no podía perdonárselo.

Dos años transcurrieron. Entonces comprendió Roberto que de continuar semejante existencia más pronto o más tarde tendría que hundirse. El temor

y la duda le enervaban cada día más; resolvió acabar de una vez y exigir del destino, la parte razonable de dicha que le habían prometido la mirada leal de unos ojos azules y la sonrisa de unos labios pálidos.

Y llegó el día en que la amada de su juventud, desde hacía poco tiempo huérfana y sin hogar, entró como esposa en la morada de Roberto.

Fué en un día triste y sombrío del mes de noviembre; las nubes grises sureaban los cielos como siniestros pájaros; Marta, criatura delicada y enfermiza, temblorosa y blanquísima, a pesar de su vestido negro, se estremecía ante las miradas, desdeñosas y compasivas a un tiempo, con que la examinaban los extraños.

La señora Hellinger la acogió con imprecaciones y reproches... Pasó un año antes de que entre las dos se trabasen relaciones medianamente soportables. Marta se mostraba activa y buena, y a despecho de su salud quebrantada, había puesto en orden cuanto su esposo, solterón maduro, no se había cuidado de arreglar.

Y cuando después de tres años de vida en común, una vida de paz y de ternura, prometía el cielo bendecir su unión, no cesaba de sostenerse en pie, dirigiéndolo y arreglándolo todo, en la cocina, en la bodega y en la casa, a pesar de que su estado requería los mayores cuidados. Parecía que trataba de ganar para su esposo la dote que no le pudo traer.

Entretanto, dos días después del nacimiento del niño, Olga llegó de improviso a Gromowo. Roberto no la había visto desde la fecha de su casamiento, y se le apareció con un aire tan firme, deslumbrador y altivo, tan maravillosamente habíase desplegado su belleza, que faltó poco para que Roberto se espantase.

¡Y esa mujer iba a ser la suya! Y con todo, ¡cuántos sufrimientos desde entonces! ¡Cuántos días de sorda desesperación! ¡Cuántas noches preñadas de fantasmas repugnantes!

Se estremecía; no quería pensar más en ello. La

imagen transfigurada de la muerta sonreía apacible desde lo alto, le bendecía, y la felicidad se abría ante sus ojos al modo de una flor nacida junto al sepulcro de Marta.

Los contornos de la villa crecían progresivamente, levantándose poco a poco tras de los alisos. Al cabo de un cuarto de hora rodaba el coche por la calle mal empedrada.

Apenas franqueó Roberto las puertas de la villa, notó que a su paso las gentes adoptaban extraña actitud. Los unos esquivaban su encuentro, los otros se descubrían con ademán perplejo, y en cuanto podían hacerlo se alejaban silenciosamente. En cambio, a medida que avanzaba, las ventanas de las casas llenábanse de rostros que le miraban gravemente y desaparecían con timidez, si saludaba, detrás de las cortinas.

Movió la cabeza con gesto pensativo, pero su espíritu, abstraído por entero en el estudio de la batalla que iba a librar contra sus padres, no se cuidó gran cosa de la escasa cortesía de las gentes. Se conformó Roberto con no mirar a la derecha ni a la izquierda.

En la esquina de la plaza del Mercado, paraje donde antaño se encontraba la alhóndiga, esperaba la criada del médico con las manos metidas bajo del delantal azul y una cara de ceremonia fúnebre. Al aproximarse el carricoche hizo señal al conductor para que se detuviese.

—¿Qué hay, señora Liebetreu? — preguntó alegremente Roberto—. ¡Ya era hora de que hallase a alguien que al verme no tome las de Villadiego!

La mujer levantó los ojos al cielo para no tener que mirarle.

—¡Ah, señorito! — llamábanle siempre señorito, aunque hacía tiempo que doblara el cabo de los treinta, para distinguirle de su padre—; el señor doctor le suplica que entre en su casa: antes de nada quiere hablar con usted; algo tiene que decirle.

—¿Es cosa urgente?

La vieja se espantó, temerosa de verse en el caso de comunicarle la mala nueva.

—¡Dios mío!... sólo me ha dicho eso.

—Bueno; déle usted muchos recuerdos a mi tío, y dígale resueltamente que necesito hablar unas palabras con mis padres... Ya sabe de lo que se trata... En seguida iré a su casa.

El coche prosiguió su camino hacia la quinta de don Adalberto, que descansaba, como bajo un dosel, a la sombra de soberbios tilos.

Los vidrios de las ventanas lanzaban a Roberto miradas amistosas; brillaban sobre el techo las tejas relucientes; todo indicaba el albergue de una vejez provista en abundancia.

Amarró el caballo a la puerta del jardín y subió con paso pesado y estrepitoso la gradería, a cuyos lados florecillas medio muertas en grandes tiestos inclinaban la cabeza lamentablemente.

Oyóse por toda la casa el ruidoso repiqueteo de la campanilla, sin que nadie saliese a recibirle. Arrojó la capa, empapada de lluvia, sobre una de las grandes arcas de encina, donde ocultaba la señora Hellinger sus tesoros de ropa blanca, y penetró en la sala. ¡Estaba vacía!

—Mis padres son muy capaces de estar echando la siesta, y lo mejor será dejarles dormir.

Desplomóse en un sofá, miró hacia la puerta, porque esperaba, sin atreverse a decírselo, que Olga hubiese reparado en el carruaje y bajase para darle la mano.

Comenzó a impacientarse. ¿Estaría en la granja?... Pero no; no ignoraba que él vendría para hablar con los padres.

Y al fin se decidió:

—Llamaré a la puerta de su cuarto.

Y se levantó.

Reprimió una sonrisa al estirar sus miembros poderosos. No anhelaba desde la víspera más que el mo-

mento de volverla a ver, y en ese momento se sentía invadido por un temor extraño. Aquella timidez, aquella confusión que en otro tiempo se apoderara de él en su presencia, le subyugaba de nuevo. ¿Era posible que él, Roberto Hellinger, hubiese estrechado en sus brazos a tal mujer algunas horas antes?... ¿Y si ella se hubiese arrepentido y quería devolverle su palabra?

Pero entonces se despertó toda su audacia. Abrió los brazos musculosos, y sonriéndose ante el reflejo de dicha con que le inundaba el recuerdo de recientes horas, exclamó:

—¡Que lo diga, que trate de decirlo! ¡Ya verá si estos brazos son capaces de cogerla y de llevarla a mi casa!... Marta dijo que sí, y quiero ver... ¡quiero ver si hay alguien que diga lo contrario!

Y caminando sobre la punta de los pies, para no despertar a sus padres, subió la escalera, que no por esa precaución dejó de gemir bajo su peso.

Frente a la puerta de Olga se detuvo absorto; veía la línea de luz que penetraba en el pasillo por el tablero roto.

Llamó a la puerta sin obtener respuesta, y entró, sin embargo.

Un segundo después, como si el techo se derrumbase, la casa entera crujía hasta los cimientos.

Los dos ancianos, que se habían recogido en los dormitorios para reparar fuerzas, después de las dolorosas horas de la mañana, se levantaron asustados.

Llamaron a la servidumbre, pero ésta se había ausentado, para que el pueblo no careciese por más tiempo de las últimas noticias relativas al triste acontecimiento.

—Sube tú — dijo al marido la mujer, tan valerosa de ordinario, y extendió la mano hacia el frasco de gotas de Hoffman que tenía siempre a su alcance. Por primera vez en su vida sentía miedo.

Cuando entró Hellinger en el cuarto de Olga, el espectáculo que hubo de contemplar le heló la san-

gre. El cuerpo de su hijo yacía en tierra a todo lo largo. En la caída debió de haber alcanzado los montantes de las parihuelas sobre que habían tendido el cuerpo de la muerta y derribado toda la armazón, porque, entre el montón de tablas rotas, hallábase el cadáver enfundado en la camisa; su rostro helado, sobre el rostro de Roberto, sus brazos desnudos, sobre la frente del primogénito.

Volvió en sí Roberto, y al levantarse, resbaló la cabeza de la muerta, que chocó contra el suelo...

—¡Roberto! ¡Hijo mío! — gritó el anciano precipitándose en sus brazos.

Los ojos de éste estaban desmesuradamente abiertos. No parecía haber recobrado el sentido... De pronto reparó en uno de los brazos de Olga, que se había posado al través de su pecho, mientras el cuerpo resbaló hacia un lado, y la mirada de Roberto subió por todo el brazo hasta el hombro, hasta el cuello alabastrino, hasta el blanco rostro que sonreía firmemente.

Se levantó, sostenido por los brazos de su padre; le temblaban las piernas, cual las de un toro que recibe un hachazo.

—¡Santo Dios!... ¡Vuelve en ti, hijo mío! — exclamó el viejo, cogiéndolo por los hombros—. La desgracia se ha consumado... Somos hombres... Hay que resignarse.

Roberto le miró temeroso, desesperadamente, como un niño; se encorvó, levantó el cadáver, lo colocó sobre la cama, repeliendo con los pies la parihuela despedazada. En seguida se sentó en el lecho, en la cabecera, y enrolló maquinalmente en el dedo índice un mechón de cabellos desatados.

El anciano comenzaba a temer por la razón de su hijo.

—Roberto — murmuró a su oído—. Roberto... vuelve en ti... sal... no le devolveremos la vida.

Este soltó una carcajada tan estridente y siniestra, que el anciano se estremeció lleno de miedo.

De repente se disipó el estupor de Roberto... pegó un brinco; le brillaban los ojos y las venas se le inflamaban por debajo de las sienes.

—¿En dónde está mi madre? — rugió, acercándose amenazador al viejo.

Este trataba de calmarle.

—Por Dios, ten paciencia, ya te lo contaremos todo.

La señora Hellinger, que desde hacía un minuto estaba escuchando en la escalera, adelantó la cabeza por el tablero roto.

Roberto, pasando por delante de su padre, se precipitó violentamente sobre ella, como si fuera a agarrarla por el cuello; pero era ya bastante dueño de su razón para comprender la monstruosidad de su conducta, y dejó que sus brazos cayeran inertes. Se sofocaba cual si le ahogara la recién domeñada cólera.

—¡Madre... tienes que darme cuenta... exijo respuesta!... ¿Por qué ha muerto?

La anciana señora se le acercó con ademanes de tierna compasión, hizo como que se colgaba llorando de su cuello, pero Roberto la separó con gesto brusco.

—Dejemos eso, madre... ¡Devuélvemela!

—¡Roberto, Roberto! ¿se trata así a las madres?... Adalberto, enséñale los respetos que deben los hijos a las madres.

Roberto cogió las manos de su padre.

—No te mezcles en esto... Las cuentas que yo tengo que arreglar con mi madre, sólo a los dos conciernen. Madre, te lo pregunto por segunda vez: ¿Por qué ha muerto?

Habíase apoyado contra la pared y fijaba en su madre las miradas de sus ojos inyectados de sangre.

La señora Hellinger se había puesto a llorar.

—¿Lo sé yo acaso? — murmuró sollozando—. ¿Hay alguien que lo sepa? La hemos encontrado en la cama... ¡y eso es todo!... La desgraciada, reconocida a nuestra hospitalidad, ha traído la vergüenza a nuestra casa...

—¡Madre!... ¡no la ultrajes! Demasiado sabías que éramos novios.

Doña Enriqueta lanzó un grito de sorpresa y hasta a su marido se le escapó un gesto de extrañeza.

—¿Cómo es eso?... ¡Que no lo sabías! — gritó Roberto golpeándose la frente—. ¿No te ha dicho nada ella? ¿No te buscó ayer noche para contarte lo que entre nosotros había pasado durante el día?

—Nada, nada de eso, nada absolutamente. Apenas me dió las buenas noches y se encerró en su cuarto.

—¡Madre! ¡madre! — repetía Roberto acercándose amenazador—. Cuando ella te lo confesó todo, ¿no le hablaste a la conciencia? No le replicaste que si me quería de veras debía renunciar a mí, porque sería mi desgracia y sabe Dios qué otras cosas más?... ¡Madre!... ¿No has hecho eso?

—¡No me cree mi propio hijo!... ¡Mi propio hijo me acusa de mentirosa!... ¡Vaya una ingratitud la que recojo de mis hijos!

Roberto le cogió la mano.

—Madre, me has hecho sufrir mucho estos últimos años. Mis mayores dolores, los más amargos, a ti te los debo...

—¡Dios misericordioso!... ¡Vaya un agradecimiento!...

—Pero todo el mal que nos has hecho a Marta y a mí, todo te lo perdonaré, sí; y más aun: te pediré perdón de rodillas por haber abrigado algunas veces malos pensamientos para contigo; pero es preciso que me concedas algo, es necesario que me jures aquí, frente a ese cadáver, que no sabías nada, que me has dicho toda la verdad.

Y la arrastró hacia el cadáver, que parecía contemplarle con beatífica sonrisa, como una novia que sonríe a su novio.

—¿Se necesita entre nosotros semejante juramento? — preguntó doña Enriqueta con voz quejosa y mirándole con los ojos hinchados, amargada y enfurecida.

Pero se dejó llevar, y Roberto, sobre la frente de la muerta, colocó la mano derecha de su madre, que se puso acariciar aquella frente.

—Lo juro, querida mía... bien sabes tú que todo lo ignoraba y que nada he exigido de ti.

Entonces dejó escapar un suspiro de alivio, cual si acabase de descubrir las ventajas que de aquel lúgubre acontecimiento se derivarían para la familia. Había un poco de sincera gratitud en la suave caricia con que rozó la cara de la muerta.

En aquel instante entró el médico en el cuarto precipitadamente. Había intentado adelantarse a Roberto, a fin de prepararle a recibir la espantosa noticia y veía horrorizado que llegaba muy tarde.

Hellinger, avanzando vivamente, le dijo al oído:

—¡Llévatelo!.. está como un loco... aquí no podremos hacerle volver en sí.

Roberto seguía abrazado a las columnas de la cama; su rostro parecía haberse petrificado en un dolor sombrío y sin lágrimas.

El doctor le frotó los hombros con su dura barba gris, y gruñéndole con ese tono de áspero consuelo que, mejor que otro alguno, sabe llegar al corazón de los hombres enérgicos, le dijo:

—Ven, muchacho... no hagas locuras; no turbes su reposo.

Roberto se estremeció e inclinó la cabeza dos o tres veces.

Y en un arranque, como vencido por el sufrimiento, cayó de rodillas junto al lecho, gritando:

—¿Por qué has muerto?

IV

—¿Por qué había muerto?

Tal pregunta sería en adelante la preocupación exclusiva en Gromowo. Ni en la calle, ni en los cafés, ni en las cervecerías, se hablaba de otra cosa.

Perdíase la gente en las conjeturas más extrava-

gantes; se aventuraban las hipótesis más extrañas; pero aquel sumario popular no adelantaba un ápice.

Hablaban los unos de un amor desgraciado; los otros de amores sobrado felices; los de más allá juraban y perjuraban haber profetizado, largo tiempo antes, que Olga Bremer acabaría mal.

La actitud orgullosa, taciturna y sombría de la muchacha, era en vida un enigma para burgueses tan cumplidos; su muerte se les presentaba cual otro enigma todavía más misterioso... ¡Era imperdonable!

En espera de más detalles, súpose que fué el médico quien recibió noticias y la única persona a quien Olga confiara sus secretos.

La gente se apiñaba a su alrededor, le sitiaba la casa; pero el doctor obstinábase en guardar silencio, plantando en la puerta a los importunos, con una rudeza de que él solo era capaz. Había arrojado al fuego la carta de Olga el mismo día en que la recibiera, por miedo a que la policía tratara de incautársela, aunque, por otra parte, aparecía tan evidente la causa de la muerte, que se podría prescindir de la autopsia, ya que, como era de prever, no había logrado la muchacha ocultar los indicios reveladores de un suicidio. En la copa encontrada sobre la mesa de noche quedaban algunas gotas de un líquido cuyo sabor indicaba a las claras, aun a los más profanos, que se trataba de una solución de morfina. Y se completó el descubrimiento al hallar en el jardín, entre unas matas de oxiacanto, un frasco en cuyo gollete se veía parte del veneno disuelto, depositado en un reguero blanco, tornasolado como un cristal. Sin duda debió de haber sido arrojado por la ventana, y llevaba todavía la etiqueta indicadora de la fecha y modo de tomar la receta.

Así las cosas, y aun dado caso de que no le faltase valor en el momento de mentir, hubiera sido una locura que el doctor pretendiese disimular el suicidio, máxime cuando no podía achacarse la muerte al uso exagerado del narcótico.

No por eso dejaba el médico de reprocharse amargamente su impotencia para cumplir el último voto de la muerta, y se proponía, en cambio, guardar fielmente el secreto acerca de los motivos de tan desesperada resolución.

¡Si tan siquiera hubiera logrado esclarecerlos él mismo!... Pero las jornadas transcurrían sin que llegase a poseer el legado de Olga.

La señora Hellinger desconfiaba de él, le decía en sus barbas que siempre estaba maquinando intrigas con la muerta, y a espaldas suyas añadía que, de no haber prescrito soluciones de morfina capaces de matar a un caballo, la pobre Olga viviría en paz aun mucho tiempo. Faltaba poco para que descargase sobre el amigo antiguo la responsabilidad de la muerte de la sobrina.

Y no consentía de ningún modo que permaneciera solo, ni un momento, en el cuarto de la muerta; cuidaba atentamente de que la puerta estuviese cerrada, y justificaba su conducta diciendo que no consentiría que los enseres de Olga, por ella respetados cual sagradas reliquias, fuesen profanados por miradas y manos extrañas.

Y así crecía diariamente el peligro de que el cuaderno donde Olga escribiera su confesión, fuese a parar a manos de la tía.

Con que se le ocurriese un día escudriñar los escasos libros que guarnecían el estante, se consumaba la desgracia.

A esa inquietud — que diariamente le llevaba a casa de Hellinger — uníase el creciente cuidado que inspiraba Roberto, quien desde aquel minuto de espanto, había caído en un abatimiento profundo y desesperante.

Parecía haber perdido el uso de la palabra; no consentía que se le acercase nadie; llegó al extremo de evitar la presencia de su antiguo amigo; vagaba, mudo y feroz, días enteros a campo traviesa, y pasaba muchas noches sentado junto a la cuna de su hijo, mi-

rándole fijamente, con los ojos enrojecidos y quemados de tanto llorar.

Al menos eso contaban los criados, que tres veces le habían encontrado de madrugada en tal posición.

V

Apagados los cirios que ardieron alrededor del féretro de Olga, los invitados, que hacía largo tiempo guardaban silencio religioso, comenzaron a impacientarse y a pensar en la despensa.

Recibía los pésames la señora Hellinger, que exaltaba las virtudes de la difunta, reforzando sus argumentos aplicando a los ojos un pañuelo que debía empaparse en lágrimas, a juzgar por los gemidos; mas pronto, en medio de su dolor, se reveló la señora como ama de casa previsora y de primer orden. Los convidados respiraron, aliviados, al abrirse las puertas del comedor y ventear los sabrosos perfumes que asados, compotas y ensaladas de arenques les enviaban desde una mesa resplandeciente.

El señor Hellinger, después de dar las gracias al Señor, bebió en compañía de varios amigos el vino añejo que había reservado para aquella solemnidad, y los individuos de este tranquilo grupo, en desacuerdo acerca de si podría turbar el general dolor una inocente partida de naipes, resolvieron consultar a la dueña para pedirle su autorización.

Era tanta la vida, la animación en casa de los Hellinger, que podía sospecharse que se trataba de un casamiento.

El médico, que no se incorporó hasta muy tarde a aquella alegre compañía, buscaba inquieto a Roberto, sin divisarle por ningún lado.

Llamó aparte a uno de los invitados para preguntarle si le había visto: "Sí; vino a primera hora, y después de dirigir en todas direcciones miradas hurañas, se ocultó silenciosamente cuando iban a tenderle la

mano... Hasta pasados algunos minutos, no se advirtió su desaparición."

El doctor fué al pasillo y buscó entre los abrigos de los invitados la capa de Roberto. Aun estaba allí.

Con el desahogo propio de un familiar de la casa se echó a caza de Roberto por las habitaciones traseras, vacías y silenciosas, por hallarse atareada la servidumbre en atender a los convidados.

Halló a Roberto sentado sobre un baúl de madera, ensimismado, con la cabeza entre las manos.

Se había refugiado en un cuartito obscuro, donde se amontonaban muebles, que probablemente por exigencia de la fiesta habían cambiado de lugar.

—Roberto, amigo mío, ¿qué haces ahí?

Este levantó la cabeza poquito a poco.

—Seguís tan contentos por el comedor... ¿eh?

El doctor le puso las manos en los hombros.

—Me tienes inquieto, amigo mío. Hace tres días que no nos hablas. Si sigues así acabarás por trastornarte.

—¿Y qué quieres? — replicó Roberto, exhalando un suspiro que se escapó del pecho como un grito—. Estoy tranquilo, completamente tranquilo.

Y volvió a dejar caer entre las manos su cabeza erizada, cual si quisiera sumergirla en sus ensueños.

El anciano se sentó a su lado y se dedicó a prodigarle palabras cariñosas.

No omitió nada de cuanto se acostumbra decir en tales casos, añadiendo de su cosecha exclamaciones enérgicas de consuelo.

Roberto permanecía inmóvil; apenas si algún movimiento suyo denotaba atención; mas, como el viejo no acababa nunca, le interrumpió en seco:

—Dejemos eso, tío... esos consuelos son buenos para niños. A la sola pregunta de qué depende mi vida, tú tampoco puedes responder.

—¿Qué pregunta?

—Mira, tío; estoy sereno ahora; sereno de un modo extraordinario; no me quedan ni rastros de fiebre

o de locura... ¿Quieres creerme si te digo que no sé si podré vivir hasta mañana?

—¡En nombre del cielo! ¿Qué vas a hacer, muchacho?

—No lo sé; lo que la noche me sugiera. Lo único que me apena es ese pobrecillo que crecerá sin padre; quizás lo lleve conmigo... no lo sé. No sé más que una cosa; que no puedo seguir viviendo así.

El anciano, temblando de pies a cabeza, le colmó de reproches: "Eso sería de cobarde, digno tan sólo de un miserable de espíritu enfermizo."

—Tendrías razón, tío, si fuera su muerte lo que me hace dudar de mí mismo y de la felicidad. Pero, ¡Dios del cielo! — y lanzó una carcajada estridente y amarga—, hace ya largo tiempo que he renunciado a toda esperanza de ventura. Por lo que me concierne, soportaré tranquilamente el dolor de la pérdida; conozco eso, sí; ya llevé otra al sepulcro. Seguiré recogiendo y arañando dinero, como lo he hecho toda mi vida, aun en medio de mis mayores penas; porque, mira, los intereses no se ocupan en saber lo que pasa por la cabeza de uno, y aunque la tristeza y la desesperación entorpezcan las manos, es preciso pagarlos. Pero no es eso lo que me trastorna el alma — que trastornada está—, puedes creérmelo; me brotan incesantemente ante los ojos chispas brillantes; extraños temblores me sacuden todo el cuerpo, me quema la sangre por las venas, como fuego, y al mismo tiempo estoy sereno; conservo clara y precisa la perfección de las cosas... Sólo hay una que no puedo comprender, una que día y noche se levanta ante mi vista como espectro fúnebre, como sombra espantosa, y al querer agarrarla se me escapa y pregunto: "¿Por qué se ha matado?"

El médico se estremeció. Se acordaba de la carta y de la promesa que exigía la muerta.

Roberto continuó:

—Una voz me grita sin tregua en los oídos: "¡Es culpa tuya!" ¿Cómo? No lo sé. Revuelvo toda mi alma y no encuentro que yo le haya hecho nada malo.

Sin embargo, la voz no se calla. Pienso: "Es una obsesión". Vuelvo a discurrir: "Tú mismo te atormentas. Eres un loco, un criminal para contigo y para con tu hijo". Y no consigo nada; la voz no se calla... Y al fin y al cabo, ¿no tendrá razón?... ¿Acaso no viviría Olga sin mí?... Si lo que sucedió la noche de la víspera no hubiese...

Se detuvo temblando, cubriéndose la cara con las manos. Un sollozo sin lágrimas sacudía de arriba abajo su robusto cuerpo.

Luego dijo:

—Tío... quisiera... No puedo ni pensar en ello... pierdo la razón... me parece... que necesito romper con estas manos cuanto me rodea... despedazarlo.

—Coordina las ideas..., amigo mío; es preciso que me lo cuentes todo: sólo así podemos hacer luz en este asunto.

Reinó silencio en la obscura habitación. Al anciano le temblaba todo el cuerpo. Frente a él, y sobre el fondo claro de la ventana, se erguía siniestra la silueta de aquel cuerpo poderoso, cuyo pecho subía y bajaba alternativamente, gimiendo y silbando como un volcán: el médico sentía el aliento abrasador que la respiración de Roberto le lanzaba al rostro.

—Coordina las ideas — repitió dulcemente.

Roberto pugnaba por determinarse. Al fin se enderezó cobrando energías.

—Está bien, tío; vas a saberlo todo. Desde el día en que desechó mi petición tan orgullosa y fríamente, no volví a tropezarme con ella. Sin duda seguía yendo al castillo para ocuparse del niño y de la casa, pero yo creía saber a ciencia cierta que lo hacía por amor hacia Marta, no hacia mí, y parecía cual si hubiésemos convenido en evitar encuentros. Ella escogía las horas en que sabía que estaba yo fuera, en las granjas o en los establos, y yo no volvía al castillo hasta después de haberla visto desaparecer por detrás de la fachada.

El martes tuve necesidad imperiosa de ir a la granja, pero a media legua de la villa se rompió el eje

del coche a consecuencia del mal estado del camino. Como no llevaba cochero y aquellos contornos están despoblados, monté a horcajadas sobre el caballo y fuí al castillo para pedir ayuda. En el patio me dijo el administrador que la señorita se había marchado ya. La noche cerraba rápidamente.

—Bueno, no hay peligro — calculé, y entré en la casa.

Al abrir la puerta de la sala columbré a la luz crepuscular una sombra que rápidamente se escurrió hacia fuera.

—¿Quién podrá ser? — me pregunté.

Y la seguí.

¿A quién crees que encontré en el cuarto del niño? A ella, muy ocupada en correr el cerrojo del comedor, que, como tú sabes, está siempre cerrado para evitar corrientes de aire. Espantado, quise retirarme; imposible: sentí que se me paralizaba todo el cuerpo. Al divisarme, se detuvo, y como avergonzada se cubrió el rostro con las manos.

Entonces, tío, me pareció que me arrastraban; iba a precipitarme sobre ella, y me detuve a tiempo, pensando en quién era ella y en quién era yo.

Vi que le temblaban las manos.

—No me lo lleves a mal, Olga — le dije balbuceando—; no he querido hacerte daño. Estoy aquí por casualidad; ya me arreglaré en lo sucesivo para que no vuelvas a encontrarme.

Dejó ella caer las manos, lanzándome tal mirada, que me hizo estremecer. Jamás me había mirado así Marta. Quise hablar, pero me faltaron las fuerzas: ¡tan turbado y sobrecogido estaba! Se irguió en toda su elevada estatura contra la puerta, cual buscando en ella un refugio contra mí. Oí yo su oprimido respirar, y cobrando valor, le dije:

—Olga, un arranque de presuntuoso orgullo me hizo atreverme a pedir tu mano; sé que no soy digno de ti; olvídalo, te lo suplico desde el fondo del alma; yo, por mi parte, no te lo recordaré nunca.

Y en aquel momento, tío, ¿cómo pintarte lo que sucedió? Déjame un momento con el recuerdo... Mas... ¿para qué?... Seré fuerte, voy a dominarme.

En aquel momento se precipitó sobre mí, me envolvió entre sus brazos, me cubrió el rostro de besos, y repentinamente cayó suspirando, quedándose humillada a mis pies, como víctima de accidente imprevisto.

Y yo, creyendo soñar, la miré fijamente.

—Esto no es posible — gritábame una voz—, esto es un sueño... ¡Apenas te atreverías a levantar los ojos hasta ella, cual si fuese, una diosa, y va a ser ella la que se arroje en brazos de un hombre que no la merece!

Me daba miedo tocarla, pero como tenía que levantarla, la estreché en mis brazos y se puso a sollozar amargamente, como si quisiera fundir el alma en lágrimas y vaciarla por los ojos.

—¿Por qué lloras, Olga?... Ahora ya se ha arreglado todo.

Y yo, también, ¡mentecato de mí! me puse a llorar como chiquillo.

—Perdóname, Roberto — murmuró su voz a mis oídos—; te he hecho sufrir mucho, ya lo sé; no lo haré más, nunca más.

—¿Y me querrás ahora?... ¡Si no puedo creerlo!

—¡Roberto! ¡Roberto!... Sí, te quiero, sí, te quiero, más que al mundo entero.

Y escondió el rostro en mi espalda.

¡Ah, tío: escucha lo que sigue! Al ver aquella cabeza de rubios bucles descansar abandonada sobre mis hombros, se me ocurrió una duda: ¿será esta mujer aquella Olga que ocho días antes se apartaba de mí tan altiva y tan pálida, cuando yo humilde y tímido imploraba su consentimiento?

Y le dije:

—¿Cómo has podido atormentarme así? ¿He cambiado yo en tan poco tiempo?

Vi que se ponía más blanca que el yeso que cubre la pared, y su voz susurró muy bajo:

—¡Por Dios te lo pido, no me preguntes nada!... ¡no me preguntes nada!

Y una angustia me oprimía el pecho; ¿la perderé mañana como hoy la he conquistado?

—¿Y si eres tan inconstante en tus decisiones... ¿quién me responde?...

No terminé la frase. La expresión de su rostro me impuso silencio. Se desasió de entre mis brazos para echarse sobre un sofá.

—Si quieres saberlo — dijo bajando al suelo la mirada sombría y meditabunda — te diré que me faltó energía... dudaba de tu amor... imaginé que algún día me echarías en cara mi pobreza.

Pero la mentira, como el fulgor de un incendio, le tiñó la frente de púrpura.

—¡Olga, tú no has pensado eso de mí!... ¿Te acuerdas?...

Y lo que yo le recordaba era una noche, en casa de su padre, adonde fuí para pedir la mano de Marta y de donde faltó muy poco para que saliese tristemente con la negativa; porque Marta quería sacrificarse, sacrificando su felicidad, para que yo pudiera casarme con otra. Y entonces ella, Olga, me buscó a medianoche, para abrir los ojos de este pobre ciego e insensato, diciéndole palabras, palabras preñadas de desprecio al dinero, palabras que sonaron en mis oídos como un himno triunfal del amor. Se las repetí una a una, porque todas se han grabado indeleblemente en mi alma:

—Y tú que en otro tiempo sentías esos atrevimientos, esa grandeza de alma, cuando de Marta hablábamos, ¿al tratarse de ti?...

Y al decirla eso, tío, la miraba de frente. Ella pugnaba por sonreír: sonrió, en efecto, pero la sonrisa se le clavó en los labios, y de momento se dejó caer desfallecida como una piedra.

Me costó gran trabajo que volviese en sí, pues no quise llamar a nadie para que me ayudara. Permaneció extendida un cuarto de hora largo, poco más o menos tal como ahora se encuentra, y al abrir los

ojos me examinó silenciosamente con un semblante tan fatigado, tan dolorido, tan desesperado, que me sobrecogí de angustia y de inquietud. Luego juntó las manos y me dijo en voz baja y suplicante:

—Roberto, he presumido demasiado de mis fuerzas; déjame un momento... para que pueda acostumbrarme a esta idea.

Pero yo estaba tan poseído de mi felicidad reciente, tan alegre, que no dudaba: la obligaría, quieras que no, a compartir mi alegría delirante.

—Puesto que nos queremos, puesto que la muerta amada aprueba nuestra unión, ¡quisiera ver si hay alguien que se atreva a contrariarnos!... ¡Alégrate, ten ánimo, querida niña!

Pero le faltaban el valor y la alegría, y sólo ahora, después que ha muerto, comprendo claramente hasta qué punto estaría quebrantada y abatida una mujer tan altiva y tan escrupulosa de ordinario, para arrastrarse por los cojines, consigo misma y con los demás. Parecía que algún sufrimiento prodigioso había roto el más íntimo resorte de su vida. Y sólo ahora lo veo claramente; entonces no veía nada, no quería ver nada, y seguía animándola con cuantos consuelos me asomaban a los labios. Me oía sin chistar a veces aprobaba con la cabeza mis palabras, y una sonrisa de cansancio y tristeza indecibles jugueteaba en su boca. Yo lo atribuía todo eso al contraste entre la emoción violenta del momento y las penas de los últimos años, que debían enfilarse ante la mirada espiritual, con intensidad tanto mayor cuanto que tras ellas asomaba una felicidad nueva que las borraría para siempre.

—Nuestra primera visita será al cementerio, y después de rezar sobre la tumba de Marta, poco se nos importará de los arañazos de mi madre y de la malquerencia del mundo entero.

Dejó caer las manos, que le cubrían el rostro, y mirándome con ojos extraviados, me dijo en voz apenas perceptible:

—Conmigo... ¿al cementerio?

—Sí, contigo, y en seguida, si te parece bien.

Se estremeció de nuevo, y replicó:

—Ten paciencia, espera hasta mañana: mañana haré lo que quieras.

—Bien, querida mía, y de aquí a mañana desecha esas ideas negras, pensando en que ella no lo llevará a mal. De seguro que no la olvidaremos. ¿Acaso no nos une más estrechamente y para toda la vida el común dolor que nos causa su pérdida? Su imagen estará siempre delante de nosotros; ¿no crees que desde el fondo del alma bendeciría nuestra unión, si pudiera vernos? ¿Acaso no nos ha legado el niño para que juntos velemos por él y nunca le confiemos a manos extrañas?

Olga se arrodilló junto a la cuna, donde la débil criatura dormía con el sueño de los justos, reclinando la frente sobre su cabecita.

Así permaneció largo rato, sin que yo me atreviese a distraerla.

Al levantarse, su rostro había recobrado aquella tranquilidad impasible que solía manifestar. Me tendió la mano, diciéndome:

—Vete, amigo mío; déjame sola.

Y me alejé, porque quería complacerla en todo; ni siquiera volví a abrazarla.

Al cabo de un cuarto de hora noté que atravesaba el patio. La aceché desde la ventana; ni volvió la cabeza.

Ya sabes, tío, cómo la encontré la mañana del día siguiente. Y en aquel instante cayó un rayo en mi espíritu. Me blanquearán los cabellos, llegaré a viejo... ¡aquel momento me ha arrebatado para siempre toda alegría, me ha helado en los labios todas las sonrisas! Es necesario que, aunque sea de ultratumba, alguien venga a decirme por qué ha muerto.

. . . . . .

Nuevamente reinó el silencio en la obscura ha-

bitación. No se oía más que la respiración de los dos hombres.

El anciano sostenía consigo mismo una lucha violenta. ¿Le era lícito revelar el secreto de la vida de Olga, como había traicionado el de su muerte? ¿No se trataba de libertar a Roberto, el hombre a quien amó ella por encima de todo, de los tormentos con que luchaba, fuesen una obsesión o el secreto convencimiento de su responsabilidad? Diríase que un milagro, un favor de Dios, permitía que labios cerrados en apariencia para la eternidad se abriesen para devolver la tranquilidad al ser querido.

Lanzó el doctor un suspiro profundo; se había decidido ya.

—¿Y si ella hubiese pensado... si ella hubiese pensado en responderte desde el fondo de la tumba?

Roberto dió un grito y le cogió por las muñecas.

—¿Qué quieres decir con eso, tío?

—Si no te hubieses encerrado en tu dolor, como un topo en su agujero, ya sabrías lo que todo el mundo sabe, lo que cuentan hasta los gorriones en los tejados: que la misma mañana de su muerte recibí carta de Olga.

—¡Tú... tío... de ella!

—¡Ay!... Amigo... ¡Me estás moliendo los huesos! En primer lugar, escúchame tranquilamente.

Y le dijo cuanto la carta contenía.

—¿Y ese cuaderno?... Dámelo... ¿Dónde está?

El viejo confesó el peligro que corría el secreto de Olga y la inquietud que había concebido.

—Espera, voy a buscarlo — exclamó Roberto, dirigiéndose hacia la puerta.

El doctor le detuvo.

—Tu madre tiene la llave; ten cuidado; no vaya a sospechar algo.

—La puerta está medio rota; acabaré de romperla.

—Te oirán desde abajo...

—.....¡Bastante se han divertido! — replicó Ro-

berto, riéndose con una risa amarga—. Ven... vamos juntos.

Por una puerta trasera, y a lo largo del obscuro pasillo y de la escalera, que crujieron a su paso, se deslizaron los dos hombres, como ladrones que hubiesen penetrado en la casa a favor del barullo de la ceremonia.

Lograron abrir la puerta más fácilmente de lo que esperaban. La cerradura, ya resentida, cedió como por sí sola.

Se detuvieron ambos en el umbral, sobrecogidos de emoción al abrirse ante sus ojos la habitación sombría alumbrada por la incierta claridad de las estrellas. Las huellas de la muerte habían desaparecido; sólo el vacío lecho, cuyos montones negros se dibujaban sobre la pared gris, denotaba que la dueña del cuarto había elegido otra cama. Aun emanaba de sus vestidos un ligero perfume; aun flotaba en el cuarto cierto aroma de jabón. Las toallas que usaba, colgadas de la pared, simulaban una mancha blanca de fantástico aspecto.

Roberto, incapaz de sostenerse en pie, se dejó caer sobre una silla y aspiró a grandes sorbos, ávidamente, el perfume que saturaba la atmósfera. Se hubiera dicho que pretendía sorber los últimos efluvios de la mujer querida.

El doctor había encendido un fósforo y buscaba la lamparilla de pantalla verde que alumbraba en otro tiempo los insomnios de Olga. Aun estaba sobre la mesa, en el mismo sitio donde Olga la apagara para hundirse en la noche eterna. El recipiente de vidrio estaba todavía casi lleno de petróleo. ¡La desgracia se había dado prisa en busca del reposo!

Levantó cuidadosamente el tubo para encender la mecha, y la llama, tamizada por la pantalla, iluminó con claridad dulce y apacible el silencioso espacio.

Entonces se acercó al estante, donde se alineaban algunos libros de cantos tornasolados o dorados. Buscó a tientas con las manos a lo largo de la pared y sacó un rollo azul.

—¡Aquí está, Roberto! — exclamó triunfalmente—. ¡Vámonos!

Este movió silenciosamente la cabeza.

Insistió el anciano; pero Roberto dijo:

—Lo vamos a leer aquí, tío; aquí lo escribió.

—¿Y si nos sorprenden? — replicó el médico asustado.

Roberto se encogió de hombros y señaló al suelo con el dedo índice. Hasta ellos subía un ruido confuso, mezclado con otro de risas contenidas, ahogadas, como lo exigen las conveniencias ante una familia enlutada.

El doctor cedió gustoso; acercaron suavemente las sillas al círculo luminoso de la lámpara y no se oyó más que el silbido del viento invernal sacudiendo las copas desnudas de los tilos y la voz velada y monótona del lector, acompañada por las voces lejanas de los invitados, que se hinchaban a veces en un gruñido sordo para apagarse en seguida en un murmullo.

VI

"Perdóname, querida hermana, si evoco tu sombra, transfigurada por la muerte; perdóname y permite que en memoria de aquel cariño que hacia mí sentías y del ardiente afecto que yo te profesé, traté de expiar la falta que gravita sobre mi conciencia, cuya carga tendré que soportar hasta el fin de mi vida. Déjame vivir una vez más en tu bondad y en tu ternura y deja que olvide con estos recuerdos la soledad que me hiela los miembros, cual un hálito exhalado de tu tumba.

Era yo blasfema y loca al encontrarme sola mientras tú vivías. Tu amor era la atmósfera que me envolvía; la sonrisa de tus ojos, el rayo de sol que me vivificaba; tu palabra consoladora y consejera, la palabra que llevamos dentro de nosotros, la voz divina que escuchamos sin comprenderla.

¡Y a fe que te he pagado todo eso, hermana mía! Estoy condenada a pensar en ti humillándome, torturándome, y la conciencia de mi pecado me hace palidecer cuando murmura tu nombre en mis oídos con el susurro del viento. Entre nosotras se levanta un espectro feroz, de miradas ardientes, horroroso y grotesco a la vez, los cabellos entrelazados de víboras; un espectro que me tiende las garras para impedirme que me acerque a tu espíritu por una eternidad.

Si en lugar de no ser más que un fantasma, fuera de carne y hueso; si yo hubiera cometido algún crimen, una falta tan sólo, lucharía contra él o me dejaría estrangular por sus manos sangrientas; pero es impalpable, se desvanece en el aire, es un duende que se burla de mí, un vapor que me rodea... cuyo veneno me mata lentamente.

Es un deseo.

Un sencillo deseo, ¡nada más!

¿Reparaste en él? ¿No se reflejó en tus ojos moribundos? ¿No viste que el espectro se erguía en la cabecera de tu cama, cuando tú, criatura santísima, exhalabas el último aliento de una vida de amor? ¿No viste aquel espectro, engendrado por la envidia y la ingratitud, que yo introduje, ¡desgraciada! en tu apacible hogar?

Si yo conservara la fe del niño que rompe a hablar, confiaría la humillación de mi alma a Dios Todopoderoso, a Dios clemente, aunque no hay nadie, ni en el cielo ni en la tierra, que pueda compadecerme; nadie, fuera de tu imagen transfigurada.

¡Infeliz de mí!... También tu imagen se desvanece cuando aquel demonio se presenta en mi alma.

Y a pesar de todo; ¿no era humano lo que yo sentí?... ¡Ah! ¿Por qué no somos luminosos, sin deseos, y puros como el éter? ¿Por qué no somos nada más que barro, que en el barro nace, al barro se apega y al barro vuelve al desprenderse de ese engaño que se llama vida?... Voy a contar el gran engaño de mi vida, el engaño de que hemos sido víctimas tú, yo y un

tercero, que es bueno y puro, y sin embargo, el único culpable.

Yo fuí una niña apacible y amiga de la soledad.

Cuantos se han visto siempre rodeados de amor y jamás conocieron un sentimiento que no se compusiera de cariño, suelen ser dados a concentrar sus afectos en sí mismos. Pero yo estaba dotada de una reserva inagotable de ternura, que prodigaba a toda clase de seres, acariciando a los perros, besando a los gatos, ahogando a las aves a fuerza de mimos.

Una de mis pasiones era la de jugar en los establos. Hallábame a mi gusto entre las pezuñas de mis animales favoritos, que no me lastimaban nunca, o trepaba al pesebre y allí se me pasaban las horas muertas mirando los obscuros ojazos de mis caros amigos.

Donde más me divertía era en la caseta del perro. A menudo me encontraban dormida allí, a eso del mediodía, y no era fácil sacarme, porque "Nero", que en otro tiempo fué cariñoso y noble, enseñaba los dientes a todo el que franquease el círculo que la cadena le permitía recorrer, aunque se tratase de su mismo dueño.

Mi ternura se extendía hasta las plantas. Los zarzales de rosas me parecían princesas encantadas; los tornasoles, sacerdotes revestidos del hábito talar, y las dalias, muchachas polacas con papalinas rojas. Así lograba agrupar en mi jardín a la humanidad entera, y juzgaba la imagen más hermosa que el original, porque obedecía y no chistaba cuando yo desempeñaba para con ella el papel de destino.

La hacienda que mi padre había arrendado, antiguo feudo de un magnate polaco, estaba situada en la frontera de Prusia, sobre una montaña; una de sus vertientes bajaba en suave cuesta por un parque; antaño cultivado, a través de los campos desnudos, mientras la otra caía a pico sobre un riachuelo, en cuya orilla opuesta se levantaba una miserable aldea polaca.

Desde el borde de la pendiente, contemplaba la vista los techos de pizarras rotas, cuyas grietas abrían

paso al humo; se distinguía claramente el movimiento de la sucia callejuela; los niños, medio desnudos, metíanse en los charcos, mientras las mujeres se sentaban perezosamente en los portales horas y más horas, y los hombres, cubiertos de harapos, se encaminaban a la taberna con el hacha al hombro.

En verdad que no era seductora la hondonada, y la ralea de cosacos guardafronteras, que trotaban aquí y acullá, sobre rocines extenuados, no contribuían a levantar su prestigio. Y sin embargo, mis ojos de niña la miraban con encanto indecible: sensación placentera que me acaricia ahora, cuando al evocar su recuerdo me vuelvo a ver sentada sobre la hierba horas enteras, contemplando inmóvil, desde lo alto, aquel hormiguero cuyas figuras no eran mayores que los muñecos de mis cajas de juguetes.

Por singular anomalía, no conservo de aquellos tiempos más que vagas remembranzas de las personas cuya vida se asociaba con la mía estrechamente; las impresiones posteriores han borrado las primeras.

Mi padre era un hombre bajo de estatura, robusto y rechoncho, de barba y cabellos negros, cortados a rape; usaba relucientes botas de montar, vestía una opalanda de paño burdo y verdoso, se sonreía al verme, me daba amigablemente un golpecito en el cuello o un pellizco en un brazo, y se marchaba en seguida.

Mamá era por aquella fecha muy fuerte, no cesaba de comer golosinas, y gustaba de echar su siesta.

Formaba parte de la familia en aquel tiempo nuestro primo Roberto, enviado por nuestros parientes de Prusia, para que aprendiese al lado de mi padre a regir una granja; era buen mozo, de anchas espaldas y vigoroso cuello, con mechones de barba rubia que me placía estirar, cuando me colocaba sobre sus rodillas para meterme en la cabeza el abecedario, obsequiándome con caramelos de regaliz. Creo que he sido siempre buena amiga suya, aunque no debimos de tratarnos mucho, porque sus facciones de aquella época, igual

que las de los demás alumnos, se han esfumado entre las nieblas de lo pasado.

Sólo recuerdo con precisión una escena: una tarde de verano Roberto agarró a Marta por las trenzas, y gritando y riendo, corría tras ella por el patio, la casa y el jardín.

—¿Qué estás haciendo a Marta, bribonazo? — le gritó papá.

—Me ha hecho rabiar — replicó Roberto sin soltarla, mientras ella seguía riéndose.

—Cuando yo era chico, me vengaba mejor de las muchachas — dijo festivamente papá, que no despreciaba ocasión de soltar una broma.

—¿Cómo?

—¿No sabes cómo?

—Dándoles un beso, don Roberto — replicó un jardinero que pasaba en aquel momento con sus regaderas.

Me parece que le estoy viendo pararse de súbito, enrojecer y soltar las trenzas de Marta, sin saber a dónde mirar. Papá se moría de risa y Marta se escapó corriendo. Llamé a su cuarto y se había encerrado; no la volvimos a ver hasta la hora de cenar, en que apareció con los cabellos desordenados, soñadora y asustada.

Cuando hoy comparo el rostro pálido, menudo y resignado que me inunda el alma, con aquella carita traviesa, de mofletes sonrosados, que de vez en cuando se me aparece allá en el fondo de mi infancia primera, apenas concibo que hayan pertenecido realmente a una sola e idéntica persona.

¡Cuán hermosas las crenchas rubias que flotaban por sus espaldas! Sus miradas cuidadosas de precoz ama de casa recorrían la mesa colosal, en la que alumnos y vigilantes — ¡un ejército de mandíbulas hambrientas! — acechaban la pitanza impacientes. ¡Cuán alegres tendíamos las manos, cuando ella, sonriendo, maliciosa, nos tendía los platos humeantes!

Solamente hoy comprendo el doloroso camino re-

corrido; solamente hoy, cuando yo también me apresto para otro viaje, largo y penoso, en cuyo término se abre una tumba solitaria, más triste que la suya.

Entonces no era yo más que una niña, y la miraba sin adivinar dolor alguno en la que fué mi maestra antes de vestir de largo.

Por aquella época nuestros negocios comenzaron a enredarse. Papá tenía que luchar contra las deudas; las malas cosechas y las inundaciones de tres años seguidos le arrancaron sus esperanzas de reponerse, y los cuidados se amontonaban sobre la casa.

Suprimimos de nuestros gastos habituales cuanto nos era materialmente imprescindible, se entibiaron las relaciones con los propietarios vecinos; se redujo el personal; hasta el aya anciana que educó a Marta y debía completar su tarea educándome a mí, tuvo que abandonar la casa.

Marta, que me llevaba siete años e iba a vestirse de largo, la reemplazó.

De ahí que nuestras relaciones fueron sencillamente las de una hermana con otra. Marta se convirtió en protectora y yo en protegida, hasta que cambiamos de papel.

Tenía unos once años cuando advertí por vez primera el cambio de los modales y aspecto de Marta. Debí de notarlo mucho antes, porque yo solía observar cuantas cosas me rodeaban; pero en la monotonía de los días que resbalan unos sobre otros, los cambios que producen el tiempo y los sinsabores se nos escapan fácilmente.

Pero entonces comencé a fijarme: el rostro se le iba adelgazando; las mejillas perdían color; los ojos se hundían profundamente. No cantaba como antes, y en sus risas había algo cansado, apagado, que apenaba oírla; a tal extremo que, más de una vez, estuve a punto de gritar: "¡No te rías!".

Por aquella época se iniciaron sus enfermedades; se quejaba de mal de cabeza y de calambres en el es-

tómago, y le costaba gran trabajo andar. Naturalmente, papá y mamá se alarmaron, y a pesar de la resistencia de Marta, un día se la llevaron a Prusia, envuelta en mantas de abrigo, para consultar con un médico. Este se encogió de hombros, recetó unas píldoras ferruginosas y prescribió un cambio de aires.

Hubiera debido aconsejar otra cosa que inquietataba a mis padres, a papá al menos, porque hacía tiempo que mamá no salía fácilmente de su inercia.

Cuando Marta, soñadora, miraba al frente sin pestañear, papá solía observarla de soslayo, lanzaba un suspiro y golpeaba la puerta al salir.

Pero sus padecimientos no le hacían descuidar sus quehaceres. En cuanto tiempo alcanza mi memoria no la he visto inactiva un solo instante.

Desde muy niña borrajeaba sus temas al lado de la lumbre, cuidando de la lejía. A los innúmeros trabajos que la dirección de una casa exige, agregáronse los deberes que imponía mi educación. Mamá, incapaz de hacer nada, la dejaba mandar y disponer a su antojo, con tal de que mereciesen su aprobación las compotas y demás golosinas.

Y yo, mimada de todos, me avergonzaba de mi inacción y quería compartir en sus trabajos, pero ella rechazaba dulcemente mis ofertas.

—Déjame, pichona — me decía, acariciándome los carrillos—, tú eres la princesa de la casa; sigue siéndolo.

Sus palabras me mortificaban; se lo hubiera perdonado todo, menos que rechazase mi ayuda cuando se la ofrecía con el corazón inundado de cariño.

Una tarde la encontré llorando. Me escurrí hacia el jardín y allí tuve que sostener una dura batalla interior: me ahogaba el deseo de acudir a consolarla, pero no podía decidirme a comenzar echándole los brazos al cuello. Luego de acostarme, nuevamente se apoderó de mi espíritu, y con más brío, el anhelo de consolarla. Me levanté en camisa, y tal como estaba me deslicé por el pasillo.

Permanecí largo tiempo delante de la puerta de su cuarto, temblando de frío y de temor, puesta la mano en el picaporte. Al fin cobré ánimos y me introduje despacito en el dormitorio.

Hallé a Marta de rodillas junto al lecho, con la cara en la almohada; parecía rezar.

Me detuve un rato en el umbral; no me atreví a distraerla.

Volvió ella el rostro, y al verme se levantó temblando.

—¿Qué te pasa?

Me agarré a ella sollozando a más no poder.

—¡Por Dios!... ¿Qué te pasa?

Yo no podía responder una palabra.

Marta, con ademán de madre, cogió una gruesa manta de lana, me envolvió el cuerpo con ella, y colocándome sobre sus rodillas, aunque ya era yo más alta que ella, me preguntó por tercera vez:

—¿Qué es lo que te pasa?... Anda, pichona, confiésate conmigo, tesoro mío.

Y me acariciaba las mejillas.

Hube de sacar fuerzas de flaqueza, y escondiendo la cara en su cuello, gimoteé muy por lo bajo:

—Marta, quisiera ayudarte.

Reinó un silencio prolongado; vi que vagaba por sus labios una sonrisa amarga y triste. Marta me cogió la cabeza con las manos, y me dijo:

—Ven, voy a acostarte. Yo no tengo nada. ¡Tú sí que debes de tener fiebre!

Me desasí de un brinco.

—¡Eso no está bien, Marta!... Yo no consiento que me rechaces así. No estoy enferma ni soy tan tonta que no vea que te estás consumiendo y que cada día recibes y me ocultas nuevos disgustos. Si no tienes confianza en mí, voy a pensar que no quieres nada conmigo, y que todo ha concluído entre nosotras.

Marta juntó las manos, mirándome con extrañeza.

—¿De dónde sacas eso, pichona?... No te conozco... Anda, ven para que te acueste.

—No hace falta, puedo ir sola.

Vió Marta que era preciso conceder a la niña curiosa algunas palabras explicatorias.

—Pues mira, Olga, tienes razón; son muchos mis disgustos: si tuvieses más edad para comprenderlos, serías seguramente en conocerlos la primera. Pero antes es necesario que tú misma aprendas a entender la vida.

—¿Y entiendes tú la vida mejor que yo? — repliqué con altanería.

Se conformó con sonreír; aquella sonrisa era de una tristeza tan intensa que me llegó al corazón. Sentí un presentimiento vago, apenas perceptible, semejante a los que sugiere la presencia de un templo cerrado o de islas lejanas rodeadas de palmas.

—Pero hasta entonces, y pasará todavía mucho tiempo, fuerza es que soporte yo sola el peso que me oprime. Te agradezco de veras tu buena voluntad; por ella te querré más, si puedo quererte. Ahora ve tranquila, duerme bien; tenemos que estudiar mucho mañana.

Y sin decir más, me empujó hacia fuera.

Permanecí en el pasillo como una réproba, contemplando la puerta que con tal dureza acababa de cerrarse detrás de mí; luego apoyé la cabeza contra la pared y rompí en un llanto amargo y silencioso.

A partir de aquel día, Marta redobló su ternura y su bondad para conmigo, pero yo evitaba encontrarla. Me cerraba a su espíritu como ella se cerró al mío, y en mi alma se implantó profundamente el penoso sentimiento de que de nada servía al mundo mi cariño.

Cierto que tal incidente no podía influír de un modo decisivo en mi carácter. Una niña, como era yo, se deja llevar muy pronto por el torrente de impresiones nuevas, para que unos cuantos minutos ejerzan sobre ella duradero efecto, y al poco tiempo me olvi-

dé de aquella velada. Lo que no olvidé tan fácilmente fué la idea de que no había nadie en el mundo dispuesto a compartir sus penas conmigo, y que estaba condenada a encerrarme en mí misma hasta tanto que me juzgasen bastante madura para participar de la existencia de los vivos.

Y exaltada, me refugiaba en los poetas, que no me rechazaban de su santuario más íntimo. Aprendí con el Tasso a sentirme miserable y sublime; sabía lo que Manfredo iba a buscar a las cimas heladas de los Alpes; lloraba con Tecla la felicidad terrena que había yo gozado, la vida y el amor, perdidos para mí; mas, por encima de todo, Ifigenia era mi heroína y mi ideal.

Ella llenaba mi espíritu de cuanta poesía existe para no ser comprendida; seguir su ejemplo cruzando la tierra convertida con sublime desprendimiento en sacerdotisa bienhechora, parecíame la vocación de mi existencia; si para realizarla hubiese llevado, a semejanza de ella, los velos blancos de las vírgenes griegas, cuyos pliegues recogidos noblemente sentarían tan bien a mi talle virginal, entonces mi felicidad sería absoluta.

A juzgar por las apariencias, era yo una criatura intratable e imperiosa, siempre dispuesta a responder con impertinencia a cuantos me interrogasen, y a levantarme de la mesa cuando había algo que me desagradara.

A pesar de todo esto, quizás a causa de todo esto, me mimaban todos, y mi voluntad — si esta palabra quiere decir algo aplicándola a un niño — era en la casa ley.

A los quince años me hice tan alta y tan robusta como soy ahora y no faltaba algún labrador que me dijese que era mucho más bonita que las otras, más bonita que Marta. Yo me indignaba, porque no era bastante mujer para ser vanidosa.

Soñé una noche que Marta había muerto. Hallé la almohada al despertarme empapada de lágrimas.

Todo el día lo pasé dando vueltas alrededor de mi hermana, como una criminal. Me parecía sentir en la conciencia un gran pecado.

Después de la cena se tendió un ratito en el sofá porque le había acometido una de sus jaquecas, y al entrar yo en su cuarto y ver su rostro, pálido cual la cera y con los ojos cerrados, me estremecí.

Creí ver efectivamente su cadáver.

Caí de rodillas frente al sofá y besé con pasión la boca y la frente de mi hermana. Se transfiguró su rostro, abrió los ojos y me contempló cual se contempla una visión; pero tan pronto como volvió en su acuerdo, recobró su semblante la expresión de gravedad y de tristeza que le era habitual.

—Dime, muchacha, ¿qué es eso? ¿Qué tienes? A ti te pasa algo.

Me rechazó suavemente, y otra vez más quedé abandonada a mí misma, aunque se me desbordaba el corazón. Sin embargo, cuando me escurría hacia fuera me llamó para decirme.

—Te quiero mucho, hermanita.

Aquella tarde reparé que mi hermana parecía sonreír interiormente. También papá lo notó, porque eso no le sucedía nunca, y cogiéndole la cabeza con ambas manos, exclamó:

—¿Qué te ocurre, Marta? Tienes otro aire; te esponjas, pareces una flor.

Se puso encendida, y yo le cogí la mano a hurtadillas, diciéndole:

—Ya sabemos lo que te alegra tanto.

A la mañana del siguiente día, cuando tomábamos café, entró papá con una carta en la mano.

—Un pájaro extranjero viene a nuestro nido; ¿a que no adivinas cómo se llama?

Y al decir eso miraba a Marta de soslayo con aire un tántico zumbón. Me pareció que ésta palidecía más que de costumbre, y la taza que tenía en la mano vibró visiblemente.

—¿Es pájaro que ha venido ya? — preguntó Mar-

ta lentamente y en voz baja, sin levantar los ojos.

—¡Ah!... ¡Que si ha venido! — replicó papá sin cesar de reírse.

—Entonces es... Roberto Hellinger — prorrumpió Marta suspirando profundamente, como si le costase gran esfuerzo decir su nombre.

—¡Mil bombas, muchacha!... ¡Qué bien adivinas! — contestó papá amenazándola con el dedo.

Marta no respondió palabra, se dirigió hacia la puerta con lento paso arrastradizo. y no se la volvió a ver en todo el día.

En cuanto a mí, la llegada del primo no me entusiasmaba. Su imagen de otros tiempos, tal cual se me presentaba confusamente, no era la más a propósito para sugerir ardientes ensueños a la cabeza novelera de una muchacha de quince años.

Pero la actitud de Marta me había sorprendido.

Al siguiente día oí gran ruido en el piso alto, hacia los cuartos destinados a hospedar a los amigos.

Subí, porque sentía gran curiosidad por saber lo que hacía Marta en aquellas habitaciones, cerradas de ordinario.

Había abierto todas las ventanas, colgado los cubrecamas, recogido las cortinas, y corría de un cuarto a otro entre los muebles revueltos. Se cogía entre las manos la cabeza, y reía sola, con una risa tan particular, que podía confundirse con el llanto.

Al preguntarle: "¿Qué haces ahí, Marta?", se estremeció, me miró confusa, y pareció que únicamente entonces se daba cuenta del lugar donde se encontraba.

—Ya ves, preparo las camas — balbuceó al cabo de un instante.

—¿Y para quién?

—¿No sabes que esperamos una visita?

—...Que te vuelve loca de contento — repliqué, encogiéndome ligeramente de hombros.

—¿Y por qué no he de alegrarme? Es nuestro primo.

—¿Y nada más? — añadí, amenazándola con el dedo, como se lo vi hacer la víspera a papá.

Entonces Marta se puso muy seria y me dirigió con sus ojos tristones una mirada tan preñada de reproches, que sentí que se me arrebataba la sangre, quemándome la cara. Me volví, y como no podía seguir haciendo de mujer superior, me dirigí hacia la puerta...

A partir de aquel momento, el primo Roberto, comenzó a darme en qué pensar. Me parecía evidente que él y Marta se amaban, y sobrecogida por el estremecimiento misterioso con que la idea de la "gran incógnita" sacude el alma de las niñas de mi edad, comenzaba a imaginarme cómo habría nacido aquel amor.

Corría a través de los incultos bosquecillos del parque, y me decía:

—Aquí se han paseado secretamente.

Me deslizaba por la sombra de los ramajes, y pensaba:

—Aquí se han dado cita.

Me dejaba caer sobre los bancos de césped húmedo, y murmuraba:

—Aquí cambiaron tiernas frases.

El jardín entero, la casa, el patio, cuanto conocía desde que por primera vez abrí los ojos, iluminóse de repente con una nueva luz, que se esparcía por todas partes, como un reflejo de purpúrea aurora. Me parecía despertar en una vida maravillosa. Me sumergí tan de lleno en aquellas fantasías, que acabé por creer era yo misma quien había vivido aquel amor. Cuando volví a ver a Marta, no me atreví a mirarla de frente, cual si llevara oculto en el pecho un secreto que ella no debía conocer.

Cuando al día siguiente, no más tarde, me di cuenta precisa de que mi hermana "había vivido" realmente mi fugaz ensueño, se me ofuscó el espíritu y me escondía por los rincones para mirar a Marta escru-

tadora y temerosamente, como a una aparición del otro mundo.

Reparé que mi hermana salía cada cinco minutos a la azotea, desde donde se dominaba buen trecho del camino, pero me guardaba mucho de hacerle preguntas indiscretas Figurábaseme ya ser su confidente y su cómplice.

Era un día despejado de noviembre, de una hermosura maravillosa. Un velo rosado flotaba sobre el llano; hilillos de plata mecíanse silenciosos en el aire; un manto de vapor tamizaba la vista del río; una paz religiosa descendía desde lo alto hacia la tierra. Vagaba por la selva buscando la soledad, inmenso valle donde giran a su gusto los ensueños. En las ramas de los abedules susurraban las hojas amarillentas; los helechos doblaban los tallos, cual criaturas enfermizas que a duras penas se sostienen en pie.

Y me puse muy triste: "La tierra agoniza — me dijo—; ¡ah!... ¡si pudiese morir con ella!...".

Me acordé de cuantas burlas había leído y oído acerca de los sentimientos otoñales.

—¡Qué bromas tan sin gracia!... pero lo que es de mí... de mí no se burlan. Ya me esconderé, ya esconderé mis sentimientos... A nadie le interesan. ¡Qué me juzguen fría, sin corazón!... ¡Ya sé yo que late con ardor... rebosando cariño hacia la humanidad!

Día loco, lleno de encanto... y si fuese posible revivirlo, ¡cuán gustosa pagaría por él las hojas que conserve el calendario de mi vida!

Por la noche — ¡noche esculpida en mi retina! — las ventanas estaban abiertas, los tallos airosos de la viña virgen se balanceaban mecidos por el aire, que traía a mis oídos un ruido incierto de pataleo de caballos y un chis-chas sordo de sables y de lanzas. La obscuridad era absoluta, pero yo sabía que se trataba de una patrulla de cosacos recorriendo la frontera.

Y cerrando los ojos, soñé; avanza por los campos un grupo de jinetes cortesanos, el hijo del rey a la

cabeza, gallardo y rubio, sobre blanco palafrén. Era yo princesa, y aguardaba sentada en la azotea de medieval castillo. La fama de mi belleza corría por las naciones con tal estruendo, que el mismo hijo del rey venía a verme, escoltado por la flor de sus guerreros, para pedir mi mano a mi padre, noble señor y severo guardián de sus blasones.

Pensé en Marta y me azoré, preguntándome si ella tendría, en calidad de hermana mayor, derecho de prioridad; luego me dije, a guisa de consuelo: "Ella quiere a Roberto; no necesita un príncipe".

Y me figuré entonces los regalos que haría a mi familia al tiempo de subir por las gradas del trono: a Marta, un aderezo maravilloso; a papá, un arca de hierro llena de oro; a mamá, una gran caja de plátanos en dulce.

El chis-chas de las lanzas se desvanece a lo lejos, y mi sueño con él.

Llegó el siguiente día.

Cuando el coche de Roberto rodaba por el portal, Marta cuidaba el fuego. Corrí a su lado y le dije al oído:

—Marta, me parece que está ahí.

Pero ella me recordó al punto que no era yo su confidente, pues mirándome con insistencia, me preguntó, con aire indiferente y distraído:

—¿De quién hablas?

—¿De quién?... del primo... ¿De quién voy a hablar?

—¿Y por qué me dices eso con tanto misterio?

Y como al oírla me encogí de hombros, ella recogió la espumadera y siguió en sus quehaceres.

—¿Y no te alegras más que todo eso? — proseguí torciendo los labios despreciativamente.

Me echó a un lado con la mano, y con desusada actitud me respondió:

—Márchate, pequeña; por favor te lo pido.

Por lo cual fuí yo a recibir a Roberto, en lugar de mi hermana.

Cuando salía por el cobertizo, acababa él de bajarse del coche.

"No es mucho más guapo que papá", pensé al verle. Era alto, de estatura gigantesca, de cuerpo recio, de hombros anchos, cutis bronceado, ojillos grises y barba erizada y rubia, una de aquellas barbas que llevaban los antiguos lansquenetes.

"No le falta más que la armadura", pensé para mis adentros.

Franqueó de un brinco algunos escalones, y se acercó para saludarme, riéndose y gritando:

—¡Hola!... ¡Marta, buenos días!

Y en seguida sacudió la cabeza, me examinó de arriba abajo y se paró en la escalera, como petrificado.

—¡Yo no soy Marta, sino Olga! — respondí algo humillada.

—Ya me parecía a mí... — repuso limpiándose el polvo y tendiéndome una manaza de jornalero, resquebrajada y encallecida por todas partes.

—¡Qué palurdo! — me dije por lo bajo.

Cuando hubimos entrado en casa me examinó nuevamente.

—Eras aún muy niña, muy pequeña, cuando salí de aquí... ¡Es inverosímil que te parezcas tanto a Marta!

—¿Que me parezco a Marta?... ¡Pero si no me he parecido nunca!

—Tienes razón: ella no era tan alta; su pelo era más rubio; tampoco era tan orgullosa y... no me miraba con ojos tan fieros.

—"¡Virgen santa! — pensé—; tú no has visto bien los ojos de mi hermana".

Se entreabrió silenciosamente la puerta de la cocina, y por un hueco estrecho se deslizó Marta en la habitación. Ni siquiera se había quitado el blanco delantal, no tan blanco quizás como su rostro, en el que temblaban los labios.

—Bienvenido, Roberto — dijo tímidamente a es-

paldas suyas, porque nuestro primo se hallaba de cara a mí.

Al oír la primera sílaba, dió rápidamente media vuelta. Ambos permanecieron más de un minuto sin moverse, sin pronunciar una palabra.

Yo tiritaba de ansiedad. Hacía cuarenta y ocho horas que acechaba ese momento, ¡ese momento era un lastimoso desengaño!

Por fin se acercaron el uno al otro lentamente y se dieron un beso. Pero tampoco me llenó ese beso. ¡A mí, a una indiferente, me hubiera besado de ese modo! "Sí, pero ni siquiera lo ha hecho", añadió en mis adentros un espontáneo lenguaje.

Volvieron a permanecer silenciosos e inmóviles. Me latía el corazón con tal violencia, que tuve que colocar entrambas manos contra el pecho.

Por último, le dijo Marta:

—¿No quieres sentarte, Roberto?

El asintió por señas y se echó en una esquina del sofá, que crujió al peso. Continuaba mirándola sin parpadear. Al cabo de un rato exclamó:

—¡Has cambiado mucho, Marta!

Nuevo silencio. Hubiérase dicho que necesitaba largo tiempo y reflexión para encontrar palabras que tradujeran sus pensamientos.

—¿Por qué ignoré yo que estuviese enferma?

—No lo sé — replicó Marta con dulzura, en la que se traslucía un dejo amargo.

—¿No has podido escribírmelo?

—¿Acaso nos escribimos?

Roberto, irritado, empujó la mesa con el pié.

—Pero cuando uno está enfermo... entonces..., entonces...

No supo decir más.

Al oírle, apretaba los puños. ¡Ya hubiese yo redondeado la frase!

—No te ocupes de eso — dijo Marta—. Siempre sucede que es uno el último en advertir que no está bien.

—Pensaba que el enfermo lo advertía antes que nadie.

—¿Y si cree que no vale la pena de fijarse en ello?

Hablaba sin amargura, con el tono sereno y reposado que le era habitual. Sin embargo, cada palabra me lastimaba el corazón.

—Marta, Marta — gritaba una voz dentro de mí—, ¿por qué me rechazaste?

Marta se echó a reír con risa que duró un segundo, e interrogó a Roberto sobre el estado de salud de mi tía y mi tío.

—Ante todo, quiero saber lo que hacen mi tío y mi tía —replicó Roberto mirando a los rincones.

Ansiaba yo con tal vehemencia que se disipase aquella ceremoniosa frialdad, que al verle mirar a todas partes con aire tan huraño, solté estrepitosa carcajada.

Los dos se volvieron sorprendidos, como si no hubiesen reparado en mi presencia.

—¿Y qué me dices de esta pichona? — preguntó Marta cogiéndome maternalmente de la mano — ¿te gusta?

—Ya me gusta algo más — respondió mirándome de arriba abajo—: hasta ahora me parecía muy orgullosa.

—Toma... ¡no iba a echarle los brazos al cuello sin más ni más!

—¿Y por qué no?... ¿Crees que se doblaría si te colgaras de él?

—No — respondí para que supiese desde luego con quién tenía que habérmelas—; es que no soy la que debe colgarse de ese cuello.

Me miró estupefacto, y dijo bajando la cabeza.

—¡Demonio!.. la chiquilla es mordaz.

Iba a replicar, pero entró papá.

En la mesa no les perdí de vista, pero no advertí ningún guiño sospechoso. Apenas cambiaron algunas miradas.

"Más tarde — pensaba yo— cuando duerman los

padres, buscarán la manera de verse á solas". Pero me engañaba otra vez. Se quedaron en la sala sin que pareciese molestarles mi presencia.

Roberto fumaba, sentado en el sofá, y Marta, a cinco pasos de distancia, bordaba junto al balcón.

Tal vez sean muy tímidos y aguarden que la ocasión se presente por sí sola. Me permití dos o tres observaciones, a ver si cambiaban de sitio, y salí de la habitación. Esperé más de media hora acurrucada en un cuarto, oyendo los latidos de mi corazón, contando los segundos, sin atreverme a volver a la sala.

Ahora se acercaba Roberto a Marta, la cogerá la mano, la mirará fijamente a los ojos. "¿Me quieres como antes?" — preguntará; y Marta, ruborizada, contestará con una mirada de amor, y se dejará caer sobre su pecho.

Cerré los ojos, suspirando. Me latían las sienes, me embriagaban las imágenes de mi ensueño, y me figuraba el final de la escena. Roberto se arrodillaba junto a Marta, y devorándola con los ojos balbuceaba juramentos de amor eterno, de inmaculada fidelidad...

Sabíame de memoria cuanto en aquel momento le decía; de memoria también cuánto respondía mi hermana.

Les hubiese apuntado al oído sus palabras mismas.

Al cabo de media hora me pregunté si podía concederles aún cinco minutos de gracia. Hacía entonces de destino, y como tal les otorgué mi protección.

¡Apuren hasta las heces el néctar de la voluptuosidad!... y me fuí a dar una vuelta por el jardín. Pero la curiosidad me dominaba con tal ímpetu, que deshice el camino en seguida.

Llegué silenciosamente hasta la puerta y me atreví apenas a girar el picaporte... La emoción que iba a causarme el previsto cuadro me apretaba la garganta hasta ahogarme...

¿Y qué vi?

El seguía sentado en un ángulo del sofá, habíase

fumado el cigarro, del que sólo quedaba la colilla, y el bordado de Marta lucía otra flor, nacida en mi ausencia.

—¿Por qué te encoges de hombros tan despreciativamente? — me preguntó Marta.

Roberto respondió:

—Parece que no he merecido la aprobación de la señorita.

"Por lo visto siguen ofendiendo mis buenos propósitos", pensé, y volví a salir, golpeando la puerta con violencia.

Aquella noche no cerré los ojos, imaginando, ¡loca de mí! lo que yo, Olga Bremer, hubiese hecho en lugar de ellos. Tan pronto me figuraba ser Roberto como Marta; sentía, hablaba y actuaba por ellos; en el silencio de mi dormitorio retumbaba el murmullo de un amor apasionado, que desafiaba al mundo entero.

Como a mi entender aquella historia pecaba de natural y sencilla, inventé numerosos obstáculos; negativa de los padres, cita nocturna en la frontera, sorpresa por los cosacos, prisión, maldición paterna, fuga, y por último, morir abrazados entre las olas, porque creía a pie juntillas que sólo la muerte podía coronar dignamente una novela de amor.

Al levantarme me zumbaba la cabeza, y en los ojos me bailaban lucecillas amarillas y verdes.

Al verme la cara, Marta juntó las manos llena de asombro, y Roberto, otra vez sentado en un rincón del sofá, envolviéndose como la víspera, entre nubecillas de humo, exclamó:

—¿Has pasado la noche llorando o bailando?

—Bailando en Brocken, con las otras brujas.

—No hay medio de sacar a esta chica media palabra con sentido común.

—¡A preguntas tontas!...

—¡Pierde cuidado!... ¡No volveré a preguntarte una palabra!...

Me miró Marta quejosa y severa, yo escapé co-

rriendo al fondo del parque, al paraje más sombrío, donde escondí la cara, en el húmedo y fresco follaje.

Estaba a punto de llorar.

¡Valiente destino!... ¡Vivir desconocida de las gentes, aislada, ver despreciado un corazón que hierve de cariño: marchitarme en un rincón sin que me busque nadie, cuando a mi alrededor todo se enlaza y apaga su pasión en frenéticos besos!...

En mis ensueños había reemplazado tan por completo a Marta, que llegué a creerme la heroína de la historia. El desengaño no debía hacerse esperar.

¡Si cuando menos ellos hubiesen seguido los vuelos de mi fantasía! Pero no; llegué a pensar que sólo se proponían atormentarme, pues cuanto más espiaba a Roberto, tanto más me convencía de que prodigaba inútilmente mi cariño a entrambos.

...Ella, alma de mujer casera, fría y tímida, condenada a las miserias de una existencia sin emociones.

El, alma de burgués, pesada y obtusa, incapaz de pasiones.

Y seguía filosofando por ese tenor, mientras se apoderaba de mi alma la fatal convicción de que pasaría por el mundo inadvertida e inútil. Pero se produjo un incidente que no tan sólo me suavizó el carácter, sino que modificó extraordinariamente el juicio que me había merecido mi primo.

VII

Cuatro días después, me dijo bruscamente Roberto:

—Tengo que pedirte una cosa, Olga. ¿Quieres que demos juntos un paseo a caballo?

—¡Qué honor!

—Mira, no continúes en ese tono — dijo riéndose algo amostazado—. Tratemos de ser buenos amigos durante media hora. ¿Aceptas?

Me agradó su llaneza y respondí afirmativamente.

Al franquear el portal nuestros caballos, Marta,

desde la ventana de la cocina, nos dijo adiós con el delantal.

"¿Ves, Marta? — pensaba yo para mi coleto—; así me iría con él a correr tierras si fuese su querida".

Mis nociones acerca de lo que significa "querida" eran todavía muy confusas, y sin el menor escrúpulo ascendía a tal rango a mi hermana.

"Monta bien — pensé al momento—; no lo haría mejor mi príncipe".

Y orgullosa de mi compañero, me echaba hacia atrás en la silla, sintiéndome invadida por indefinible bienestar.

Nada decía Roberto, pero se inclinaba a menudo hacia mí, guiñando los ojos amistosamente, cual si necesitara ratificar las paces cada cinco minutos. Trabajo inútil, porque nada más lejos de mis propósitos que el pensamiento de denunciarle. Al cabo de trotar media hora, con marcha bastante rápida, detuvo el caballo y me dijo:

—¿Qué tal, pequeña?

—¿Y tú, grande?

—¿Volveremos?

—¡Ah!... ¡No!

No estaba dispuesta a renunciar tan pronto a una excursión que me hacía feliz.

—¡Entonces a la selva de Illowo! — exclamó, señalando la masa azulada que cerraba el horizonte.

Asentí con la cabeza, aflojé las riendas, y el caballo, después de enderezarse, salió dando botes.

—¡No está mal para una muchacha de quince años! —gritó detrás de mí.

—Quince, no; diez y seis — repliqué dando media vuelta—, y si vuelves a echarme en cara mis pocos años... ¡adiós nuestra amistad!

—¡Cielo santo! — dijo con énfasis.

Y proseguimos nuestra carrera sin despegar los labios.

Divide la selva de Illowo un arroyuelo, cuyas orillas, cortadas a pico, se aproximan tanto, que las

ramas de los alisos, que por ambos lados lo bordean, se entrelazan y forman una bóveda de verdura sobre el sombrío espejo de las aguas, bóveda que a cada vuelta del arroyo se convierte en murallas de ramaje, para abrirse después al poco trecho.

Conocía yo desde la infancia más de un punto escondido bajo esa bóveda al borde del agua, donde me sentaba las horas muertas para soñar o para leer, mientras el caballo, descansando, pacía tranquilamente en la selva.

Y mientras cabalgábamos al paso se apoderó de mí el deseo de enseñarle uno de mis retiros.

—Vamos a bajar; ven a ayudarme a echar pie a tierra.

Saltó del caballo e hizo lo que le pedía.

—¿Dónde vamos? — me preguntó.

—Ya lo verás; pero primero suelta los caballos.

—¡No faltaba más!... ¿Crees que se cogen liebres poniéndoles un grano de sal debajo de la cola?

E hizo ademán de amarrar las riendas a un árbol.

—Suéltalos — repetí.

Y como no me obedecía, pegué un latigazo a los caballos con tal violencia, que cuando pensó Roberto en sujetarlos por las bridas, ya galopaban en la selva.

—Y ahora — dijo, metiéndose las manos en los bolsillos — te figuras que se van a dejar coger de nuevo?

—Si tú lo intentas, no — respondí riéndome, porque estaba segura de mis favoritos.

Y cuando, al primer silbido, los dos animales acudieron dando brincos y se pusieron a olfatearme tiernamente el cuello, esperando una caricia mía, se me ensanchó el corazón; me enorgullecía el que hubiese criaturas en la tierra, aunque privadas de razón, que se doblegasen ante mí, sometiéndose a los lazos de mi afecto, y levanté triunfalmente los ojos sobre Roberto; ahora sabría quién era yo y a lo que aspiraba.

Pero advertí que aún no había logrado imponerme.

—¡Muy bien, pequeña!

Fué todo lo que me dijo, y dándome un golpecito paternal en la espalda, se tendió sobre el césped. Le brillaban en la barba algunos rayos de sol que atravesaban el ramaje. Parecía un gigante en reposo, semejante a los que nos pintan nuestras leyendas del Norte.

Y cuando estaba a punto de sumergirme en un mar de ensueños, se puso a bostezar, haciéndome caer de golpe en la prosa.

—¡Eh, señor primo! ¿Te figuras que nos vamos a estar aquí?

—No seas loca; haz lo que yo; durmamos.

Me acometieron ganas de bromear, y acercándome, le agarré por el cuello y se lo sacudí, haciéndome la temible.

Trató de cogerme por la falda, pero me escabullí, obligándole a levantarse y a correr detrás de mí un trecho.

Y entonces, tranquilamente, me adelanté y le dije:

—Bueno; ahora ven conmigo.

Le conduje entre espesas malezas, al pie de la pendiente escarpada, donde el agua profunda reposa semejante a espejo negruzco. Las azucenas de amplias hojas y toda clase de plantas trepadoras, forman en aquel paraje, al engancharse a la punta de una roca, una gruta sombría, aún en las horas en que el sol brilla en el cénit.

Allí le hice entrar.

—¡Demonio! ¡Vaya un rincón que has escogido! —exclamó tendiéndose a lo largo sobre la piedra con los pies colgando sobre el agua.

—Anda, ponte a mi lado; hay sitio para los dos.

Le obedecí, aunque sentándome de modo que pudiese dominarle con la mirada.

Fingía dormir, y de cuando en cuando levantaba la vista hacia mí, por entre los párpados medio cerrados.

De repente pensé:

"¿Qué haría yo si fuese Marta?"

Y me asusté tanto, que la sangre me coloreó las mejillas.

—¿Eres miedosa?

Moví la cabeza negativamente.

—Entonces, ven.

—Estoy ya a tu lado.

—Ponte aquí, delante de mí.

Hice lo que me pedía; mis pies llegaban hasta la esquina de la piedra.

Se levantó de pronto, y cogiéndome por la cintura con la rapidez de un relámpago, me suspendió por encima del agua. Yo le miraba sonriendo.

—Mira... mira que no es cosa de risa... Si te dejara caer...

—Me ahogaría... Anda... ¡suéltame!

—No. Necesito antes que me digas una cosa.

—¿Cuál?

—¿Por qué no puedes soportarme?

Respiré profundamente. Sentía al mismo tiempo que tocaba el agua con la suela de las botas, y no era cosa de seguir bajando, por más que me invadiese el alma un sentimiento delicioso, una especie de supresión de la voluntad.

—¡Sí, *puedo* soportarte!

¿Y por qué me hablas siempre con segunda?

—Porque soy una niña mal educada.

—¡Sea en hora buena!

Y me levantó como una pluma; nuevamente me hallé de pie sobre la roca.

—Ahora, siéntate, vamos a charlar seriamente.

Y cogiéndome de la mano, prosiguió:

—Soy un hombre sencillo. Como he trabajado mucho, no he tenido tiempo de ejercitar el ingenio, mientras tú, con ese despejo natural, me vuelves turumba a las primeras frases; de ahí que cuando te hable lo haga siempre amoscado. Ya sé yo que no lo haces con mala intención, porque en nuestra familia no cabe la picardía, mas lo cierto es que no conviene. Te llevo

muy cerca de doce años; eres una niña o poco más... ¿Tengo razón?

—Tienes razón — respondí humildemente.

Y por lo bajo me preguntaba qué se había hecho mi altivez.

—¿Y por qué obrabas así?

—Porque quería serte agradable.

Y suspiré.

Roberto me miró con extrañeza.

—Porque quería probarte que no soy una tonta que no me falta aplomo, que...

Me detuve confusa; él se mordía la barba y miraba al frente, pensativo.

—¡Habráse visto!... Pues estabas en camino de conseguir todo lo contrario... ¡No ha sido poca suerte la de seguir el consejo de Marta!

—¡De Marta!... ¿Qué consejo es ese?

—Que tuviese una explicación contigo. Añadió que cuando tú no quieres a una persona la aborreces, y que sentiría mucho que tú y yo no fuéramos buenos amigos.

—¡Te dijo ella eso! — exclamé con lágrimas en los ojos—. ¡Qué corazón de oro!

—Sí que me lo dijo, y otras muchas cosas para explicarme tu carácter y excusarlo; y como quiero a Marta...

—¡Que la quieres!... — interrumpí, ávida de conocer el amor.

—Sí, y profundamente — respondió como arrobado, fijos los ojos en el agua que había a sus pies.

Me latía el corazón con tanta fuerza, que me costaba trabajo respirar. "¡Con que me toma por confidente, haciéndome su aliada!" Hubiera querido echarle los brazos al cuello de pura agradecida.

—Y... ¿lo sabe ella?

—Debe de saberlo... Esas cosas no pueden ocultarse.

—¡Cómo!... ¿Aún... no... se... lo... has... dicho?

Movió tristemente la cabeza.

Volví a caer del Empíreo. ¡De modo que ni los bosquecillos del jardín habían prestado nunca a los amantes el abrigo de su sombra, ni la luna que brillaba a través del ramaje, era testigo de furtivos besos!... ¡Todas mis fantasías, puras quimeras!

Pero en medio de mi desengaño, sentía profunda compasión hacia aquel gigante, que, débil como un niño, se acurrucaba a mi lado y juraba yo que no en vano se habría confiado a mí.

Pareció pensar en mis pocos años con cierta desconfianza; sin embargo, suspiró y dijo:

—Ya ves, en aquellos tiempos era yo un muchachote inocente, y apenas me atrevía a hablarle; en esos primeros años de locura basta un apretón de manos, conseguido a hurtadillas, para perder el seso. Como que nos figuramos que ni después de la boda hemos de ser más felices... Pero tú no entiendes nada de eso.

—¿Y por qué no? — repliqué candorosamente—; he leído mucho acerca del amor.

—En resumen: entonces era yo, poco más o menos, tan inocente como tú ahora. Y si hoy, óyeme bien, si hoy hablase, quedaría ligado a ella con una cadena inquebrantable y para una eternidad.

—¿Y no quieres encadenarte? — pregunté sorprendida.

—No tengo derecho..., no tengo derecho...; no sé si podría hacerla feliz.

—Entonces, te juro que no sabes nada.

Sonreí despreciativamente, y pensé: "¡Pues no la quiere!"

Roberto se enardecía hasta el extremo de que sus ojos parecían ascuas.

—Comprende bien, pequeña: si sólo dependiese de mí, ¿qué podía ambicionar más que llevarla en brazos toda la vida, para que no se le lastimasen los pies al chocar en los guijarros del camino? Pero... ¡ay!..., ¡esta miseria!..., ¡esta miseria!...

Y se arrancaba los cabellos, consternándome. Jamás hubiera creído que hombre tan serio y apacible hablase con tal fuego.

—Confíame tus penas, Roberto — le dije apoyando mis manos en sus hombros—; no soy más que una niña, pero así te aliviará el alma.

—No puedo — gemía—, no puedo.

¿Por qué no?

—Porque sería doloroso, aún para ti. Sólo puedo decirte una cosa: que Marta es una criatura delicada, tierna e impresionable; no podrá resistir el torrente de cuidados y tormentos que sobre ella caería. Y si se doblase al primer soplo huracanado como un rosal; si a los pocos años de casarnos tengo que conducirla al camposanto, ¿qué me quedará de ella después?

Frío estremecimiento me recorre la espalda cuando pienso en la manera espantosa con que tales palabras, reveladoras de un presentimiento, hubieron de cumplirse; pero en aquel entonces nada veía. Sentí sólo deseo de que aquellos amores, sobrado prosaicos para mi fantasía, entrasen en una fase novelesca. Por desgracia, no eran precisos grandes esfuerzos para lograrlo. Adopté un aire solemne y busqué en la memoria alguna de esas frases que administran, a guisa de viático, los confesores y las sibilas venerables a los amantes desgraciados.

Y él, como niño grande que era, bebió esas necias palabras de consuelo con la avidez del hombre que se muere de sed.

—¿Y me esperará ella también? — preguntó de nuevo con desaliento.

—¿Qué si te esperará?... Ten absoluta seguridad —exclamé transportada—: la que te espera desde hace tanto tiempo, aún podrá seguir esperando uno o dos años. Verás cómo acepta el plazo gustosa.

—¿Y si tampoco después se pudiese llevar a cabo el matrimonio? ¿Si defraudara sus esperanzas, si me burlase de su corazón? No; no hablaré... prefiero que me arranquen la lengua... ¡No hablaré!

—Y si no querías hablar, ¿por qué has venido?

Dios sabe cómo surgiría en mi espíritu de muchacha sin seso semejante pensamiento de dos filos. Sentí confusamente que al pronunciar esas palabras cometía una crueldad, Pero, ¡era ya tarde!

Vi que palidecía el rostro de Roberto y que exhalaba un suspiro.

—Soy un hombre honrado, Olga — murmuró entre dientes—, y no hay que atormentarme. Te responderé, ya que has planteado la cuestión. He venido porque no podía vivir sin ella, porque necesito extraer de sus ojos consuelos y fuerzas para sobrellevar las tristezas futuras, y porque..., porque en el fondo no dejaba de acariciar la secreta esperanza de que las cosas tomarían aquí otro giro, de que todo podría arreglarse para llevármela conmigo.

¿Y no se arreglan?

—¡No! No me preguntes la causa. Conténtate con la respuesta a secas; ¡no!

Y de pronto, inclinándose hacia mí, me cogió las manos y me dijo:

—¿Ves, Olga? nuestra amistad ha producido mejores frutos que los que hubiéramos podido prever hace media hora. ¿Quieres ayudarme fielmente, y ayudarme todo lo que puedas?

—¡Te ayudaré!

Al responder sentía toda la solemnidad de la promesa.

—Veo que ya no eres una niña, sino una muchacha enérgica e inteligente, y no retrocederás cuando alto te proponga. ¿Quieres velar por ella para que no se desanime si también ahora me marcho sin hablarle? ¿Quieres?

—Te escribiré.

—Entonces ven, abrázame y seamos buenos amigos en adelante y para siempre.

¡Y me besó en los labios!

Cinco minutos después cabalgábamos al trote ligero hacia la casa, porque ya obscurecía.

—¡Cuánto habéis tardado! — nos dijo Marta, que aguardaba en la terraza, sonriéndonos desde lejos.

Al verla sentí que me parecían pocas todas las ternuras para envolver con ellas a mi hermana. Me precipité a su encuentro y la besé con efusión, mas, al mismo tiempo, me lastimaba el pensamiento de borrar de los labios con otros besos el que Roberto me había dado. Me desprendí de sus brazos con el corazón oprimido y me alejé. Aquella noche, mientras cenábamos, no aparté la vista de mi primo, esperando que una señal suya me recordara el convenio secreto. Pero no dió muestras de acordarse; únicamente al levantarse para decirme "buenas noches", me apretó la mano de un modo especial, como hasta entonces no lo había hecho.

Me puse tan contenta como si hubiese recibido un regalo magnífico.

Me costó gran trabajo aguardar el momento de tenderme en el lecho y apagar la bujía. Me gustaba pasar una hora sumida en mis ensueños, luminosos en las tinieblas, con los ojos abiertos; tenía el poder de estar despierta cuanto tiempo quería, y el de dormirme cuando se me antojaba. Con tenderme de cara a la almohada me dormía. Aquella vez me estiraba en la cama, acariciada por una sensación de bienestar, como no había conocido en la vida. Se me abrasaban los carrillos y aún sentía en los labios la impresión del primer beso de hombre — no contaba a papá, naturalmente, que los había desflorado.

Y si, bien mirado, aquel beso se dirigía también a otra, ¿qué me importaba? ¡Era yo tan joven, que no podía prentender tal cosa solamente para mí!

Más de una vez volví a pensar en mi tema favorito: "¿Qué harías si te encontrases en lugar de Marta?" Aquella noche no necesitaba del tejido de invenciones que en las otras fabricara — puras quimeras, ya estaba convencida de ello—, sino que reemplazaba a mi hermana con perfecta tranquilidad.

Dos días después partió Roberto. Horas antes de

salir tuvo con Marta una larga entrevista en el jardín.

Les veía internarse en la arboleda sin sentir envidia; me era grato vigilar a la entrada para que no fuesen interrumpidos.

Al reaparecer, ambos permanecían silenciosos y fijaban en el suelo miradas tristes.

No; no se había declarado — lo vi a la primera ojeada—, sino que hablaron del porvenir, y dejó escapar Roberto tímidas esperanzas.

Cuando iba a montar en el coche hizo la casualidad que se hallara solo conmigo durante algunos segundos.

Me cogió de la mano y murmuró:

—¡No dirás una palabra!... ¡Cuento con tu silencio!

Hice una enérgica señal de afirmación.

—¿Y me escribirás pronto?

—Ciertamente.

—¿Y qué señas pondré a la respuesta?

Quedé estupefacta... no se me había ocurrido pensar en tal cosa. Pero como apuraban los minutos, pronuncié a la ventura el nombre de un anciano intendente, que me quería con adoración.

VIII

Sucedíanse los días con la monotonía acostumbrada, y, sin embargo, ¡cuán nuevo y particular era el mundo para mí!

No necesitaba ya estudiar el amor en los libros y mirarlo de lejos; todo mi ser habíase compenetrado en él; sus dulces enigmas me llenaban el alma, y podía, ¡oh, voluptuosidad!, jugar con ellos; hallábame sumergida, de cabeza, en la intriga que debía asegurar la dicha de mi hermana.

Era maravilloso ver cómo Marta, a partir de la visita de Roberto, recobraba vida, colores, fuerza y salud. Aquellos pocos días de existencia en común obraron sobre ella como tónicos baños, y más que aquellos

días, la fuente milagrosa de la esperanza, en cuyas aguas bebía largos sorbos.

Verdad que no había recobrado su alegría de otros tiempos, alegría que se llevaron definitivamente siete años de espera anhelosa; verdad que no volvían a escaparse, como antes, de sus labios, canciones y gorjeos de pájaro, pero se esparcía en sus facciones un resplandor divino, cual si luz del alma las iluminara. Ya no se arrastraba por la casa a pasos lentos y fatigosos, y acogía a cuantos se le acercaban con sonrisas amistosas.

Y como su felicidad necesitaba ensancharse en el afecto, se me unía estrechamente y trataba de escudriñar mi pensamiento taciturno y solitario. Pagaba yo aquella ternura amándola más profundamente cada día, y rogando a Dios, más a menudo que antes, que derramase bendiciones sobre su cabeza; pero no le otorgaba mi confianza.

Hasta que ella misma me abriese espontáneamente su alma, yo no podía ni debía confesarle hasta dónde penetraban en ella mis miradas.

Repetidas veces me sorprendí a mí misma en actitud de observarla maternalmente, ya que desde el día en que comencé a cartearme con Roberto me figuraba manejar a capricho su felicidad.

Me creía presuntuosamente uno de aquellos genios bondadosos, vestidos de blanco, con una rama de olivo en la mano y que bendicen al sonreír. Sin embargo, contaba los días hasta que llegara carta de Roberto, y cuando, por último, lograba guardarla en el pecho, correteaba inquieta, con las mejillas encendidas.

Esas cartas se me hicieron tan indispensables, que me costaba gran trabajo imaginar que en otro tiempo pude vivir sin ellas. Bajo pretexto de contarle los dichos y hechos de Marta, sabía a maravilla librarle de cuidados con mi palabrería, a las veces infantil y alocada, como gusta a los hombres — quizás porque se sienten superiores a nosotras—, y otras veces reposada y grave. Y a Roberto le placía mi charla, como pla-

cen al oído los trinos de un pájaro cantor. Nada me era más grato que complacerle.

¡Le estaba tan agradecida por haber asociado a su pasión sincera y grande a una muchachuela a quien echaban de la habitación cuando las personas mayores tenían que hablar de cosas serias!... Toda la dignidad, toda la importancia que a mis propios ojos había yo cobrado, se la debía a aquel papel de protectora.

Y así, creciendo en la atmósfera de ese amor, se nutría mi alma de una pasión cuyo festín jamás caería para mí en una migaja.

. . . . . .

Al llegar el otoño noté que Marta daba señales de agitación extraordinaria. Solía pasearse febrilmente por el cuarto, permanecer hasta más de medianoche en la ventana, hablar en alta voz haciendo gestos cuando se creía sola, y estremecerse violentamente al verse sorprendida.

Informé con fidelidad a Roberto de cuanto observaba, preguntándole, además, si había prometido una visita para aquella época, pues todo el estado de Marta parecía provenir de la sobreexcitación de la espera.

No tardé en vanagloriarme de la sagacidad psicológica de mis diez y siete años, porque mis previsiones eran fundadas.

Me respondió, profundamente abatido, que, en efecto, al separarse de mi hermana, habíale insinuado la esperanza de volver al otoño siguiente con el rostro placentero; mas, se había engañado. Le abrumaban más que nunca las deudas y disgustos, y trabajaba como un negro, sin que en el horizonte se dibujara ni una chispa de esperanza.

—Al menos — le contesté—, líbrala del tormento de la espera, y advierte a mis padres de la situación, con algunas salvedades.

Así lo hizo: a los dos días, papá, con aire contris-

tado, llevaba la carta, que yo no debía leer a causa de mi corta edad y poco seso.

Ejerció sobre el ánimo de Marta una influencia que me aterrorizó. La excitación de las últimas semanas desapareció repentinamente, reemplazándola aquel abatimiento que ya, en los meses que precedieron a la llegada de Roberto, había convertido a Marta en una sombra: enflaqueció otra vez, dos arrugas le surcaron hondamente la cara alrededor de los ojos; tuvo que tomar de nuevo gotas de valeriana en las crisis dolorosas y frecuentes que la hacían retorcerse en las butacas o en el lecho, y de nuevo también volvieron aquellas ganas perpetuas de llorar, que, al menor motivo, abrían las compuertas a un río de lágrimas.

Pero papá no ordenó, como antaño, que se consultase a un médico; él mismo hubiera podido formular el diagnóstico. Hasta mamá se compadeció de las torturas de la desgraciada; verdad es que, a pretexto de sus males, no se desviaba del rinconcito de la estufa para prestar socorro a la hija enferma.

En cuanto a mí, hallé por primera vez motivos para mostrar a los míos que no era una niña, y que algo valía ya mi voluntad, aún cuando de cosas serias se trataba.

Asumí por completo el manejo de la casa, y aunque todos se rieron y protestaron, y aunque Marta dijo varias veces que jamás consentiría que la suplantara la más joven, yo me di tal maña, que a los quince días era el alma de la casa.

Sólo por aquella época hemos disputado Marta y yo; mas, poco a poco, hubo de reconocer que cuanto yo hacía era por cariño hacia ella, y al fin fué la primera en agradecérmelo. Por otra parte, se acostumbró a ceder casi siempre, aunque tratando de ocultarse a sí misma mi influencia y dando a entender que era preciso consentir los caprichos de los niños.

También por vez primera supe, escribiendo a Roberto, que se puede mentir por amor. Le oculté los tristes efectos que su carta había producido; sí, no me ru-

borizaba al escribirle que todo iba mejor; y obraba así porque estaba persuadida de que la verdad le habría sumido en una multitud de nuevos cuidados y disgustos que de seguro le abrumarían, puesto que no podría combatirlos y remediarlos. Pero se me hacía ya cruel y difícil conservar aquel tono de charla ligera, y a menudo las bromas se me helaban en la punta de la pluma.

Todo se entenebrecía a nuestro alrededor. Papá estaba triste, porque la repetición de las malas cosechas, que destruyeron su fortuna, le arrebataba las últimas esperanzas; mamá murmuraba porque nadie podía distraerla, y Marta se marchitaba de día en día.

Llegaron unas Navidades tan melancólicas como nunca vió otras nuestro plácido hogar.

En torno del árbol de Navidad — que adorné y encendí yo aquel año en lugar de Marta —, permanecíamos inmóviles, no sabiendo qué decirnos; ¡tanto nos oprimía la pena! Y como nadie se decidía a romper el silencio, tuve que esforzarme para reír, deseando con mis risas borrar las arrugas angustiosas que surcaban las frentes. Pero apenas hallé eco, y finalmente nos dimos la mano, retirándonos a nuestros cuartos, ya que no sabíamos de qué hablar unos con otros.

Al acercarme a Marta, que seguía inmóvil sentada en un rincón, fijos los ojos en las bujías que iban a apagarse, cual si hubiese cometido alguna falta, aún no reparada, contra ella. Pero ignoraba qué falta pudiera ser.

Y me dijo, besándome en la frente:

—¡Dios te conserve tan valeroso corazón, querida niña!... ¡Gracias por las bromas con que tratabas de alegrarnos!

No supe responder: me desgarraba el corazón aquel sentimiento de una culpa que no podía definir.

Al encontrarme en el dormitorio completamente sola, me dije: "Pues bien; ahora voy a festejar la Nochebuena". Del cajón donde cuidadosamente las escon-

día, saqué las cartas de Roberto y decidí leerlas repetidas veces hasta altas horas de la noche.

Sacudía la tempestad los palomares, las ráfagas de nieve barrían ligeramente los cristales, y la lámpara de pantalla verdosa, colgada del techo, esparcía en el cuarto su apacible claridad.

En el momento de extender cómodamente el paquete de cartas, llegó a mis oídos, desde el vecino cuarto de mi hermana, un ruido seco, seguido de un confuso murmullo: el de una oración entrecortada por sollozos.

"¡Así celebra ella la Nochebuena!", pensé, juntando las manos involuntariamente; y sentí que se me oprimía otra vez el corazón como si mi conducta para con Marta fuera falsa y cruel. Continué devanándome los sesos, hasta que vi de pronto que sólo las cartas eran las culpables.

"Pero si escribo a Roberto secretamente, ¿no es en bien de mi hermana?", me preguntaba.

La conciencia no se dejó seducir por este ardid. No. Fué como un relámpago que me hiriese la retina; advertí de pronto las delicias, el goce que encerraba mi apego a esas cartas.

—¡Cuánto daría Marta por una de esas páginas —me decía en seguida—; ella que acaba por no creer en el amor de Roberto, que lucha contra el angustioso pensamiento de que si no ha venido es porque trata de olvidar ese amor!

—¡Y tú oyes esos sollozos — continuaba una voz dentro de mí—, y la abandonas a sus tormentos, mientras te recreas pensando que compartes con él un secreto, un secreto que a *ella* sola pertenece!

Me cubrí el rostro con las manos. Era tanta mi vergüenza, que hasta la luz me ofendía.

—¡Dale esas cartas! — me gritó aquella voz con sequedad, pero tan clara y fuertemente, que creí era la tormenta quien me arrojaba esas palabras al oído.

Tuve entonces que librar un combate terrible; mas, de pronto, como mi buena voluntad se quebran-

taba, oprimida por el temor de faltar a mi palabra y también por el anhelo de proseguir en secreta correspondencia con Roberto, el ruido de sus sollozos y de sus oraciones llegaba cada vez más distinto, y me acongojaba con tal fuerza, que hubiera huído al fin del mundo para no volverla a oír.

Acabé por ajustar cuentas conmigo misma. Cogí las cartas, las reuní en un paquete elegante, que envolví con primor, y me dispuse a llevarlo a su cuarto.

"¡Será un regalo de Navidad!", me dije, pensando en que aquel año no había podido hacerle, como de costumbre, ningún trabajo de bordado o de crochet. Y como al hacer un obsequio agrada desplegar cierto aparato, para ocultar quizá la alegría que desborda en el alma, improvisé una escena de comedia que precediese a la entrega formal.

Me deslicé, medio desnuda como estaba, hasta el salón del piso bajo, donde se encontraban nuestros regalos bajo el árbol de Navidad; busqué a tientas en la obscuridad un plato; recogí los objetos que estaban al lado y puse encima de ellos el paquete de cartas.

Cargada con este alijo me acerqué a la puerta de su cuarto y llamé.

Oí crujir de faldas, y al cabo de un instante, sin duda el tiempo necesario para enjugarse los ojos, resonó su voz junto a la puerta, preguntando quién estaba y qué quería.

—Soy yo, Marta; te traigo el plato de regalos; te lo había dejado abajo.

—Llévatelo a tu cuarto; mañana iré a cogerlo.

Y en la voz se notaban sollozos que trataba de ocultar.

—Es que hay otro regalo más. Y también a mí las lágrimas me ahogaban la voz.

—Bueno, pues, mañana me lo darás; estoy ya desnuda.

—Pero ese regalo es mío.

Y como a pesar de su inmenso dolor temía lastimarme, me abrió la puerta.

Me precipité sobre ella, bañando de lágrimas sus hombros y apretando convulsivamente con la mano izquierda el plato.

—Pero, ¿qué tienes? — me preguntó acariciándome—; tú eres la única de la familia que tenía buen humor, y ahora...

Me armé de valor, y llevándola hacia la luz le enseñé el plato... De la primera ojeada reconoció la letra de Roberto: se puso blanca como el yeso que cubría las paredes, y con los ojos enrojecidos por el llanto me miró fijamente, cual si hubiese perdido la razón.

—Tómalo — le dije—, tómalo.

Y tendió la mano, pero la retiró al momento como si tropezase con un hierro candente.

—¿Ves, Marta — le dije, deseando vengarme de su silencio y dándome importancia—, ves? No has tenido nunca confianza en mí, me has tratado siempre como a una niña, pero lo he adivinado todo, y mientras tú te desolabas yo no me dormía.

No dejaba de mirarme fijamente, desconcertada, sin comprender.

—¿Crees que él no se acuerda de ti? — continué—; sin embargo, he tenido que darle cuenta todas las semanas de tu vida y de tu salud.

Retrocedió tambaleándose, se llevó las manos a la cara y se puso a temblar; luego se adelantó, me cogió las manos, y con voz singularmente velada me dijo:

—¡Mírame de frente, Olga!... ¿Cuál de vosotros ha escrito la primera carta?

—¡Yo! — repliqué asombrada, sin advertir todavía el alcance de la pregunta.

—¿Y tú le has... tú le has revelado mis sentimientos... tú me has... *ofrecido*, Olga?

—¡Qué pensamiento!... El mismo me lo confesó todo cuando estaba aquí. ¡Oh! me conocía mejor que tú—añadí, no queriendo soltar de mis naipes ese triunfo pequeño—, y no tuvo a menos de hacerme confidencias.

—¡Alabado sea Dios! — murmuró suspirando profundamente y juntando las manos.

Y leímos las cartas, unas después de otras, y en cada una de sus frases sencillas y toscas aparecía el abnegado corazón de Roberto; iluminadas nuestras almas, henchidas de dolor, con una llama ardiente que al envolverlas nos aliviaba, restituyéndoles su alegría juvenil, reíamos y llorábamos, apoyada la mejilla de la una en la mejilla de la otra, y nos apretábamos suavemente las manos para procurarnos recíprocamente la sensación de aquellas presiones vigorosas y cálidas que prodigaban sus manazas rojas.

Y luego, de pronto — estábamos en uno de aquellos párrafos en que con tanta insistencia me rogaba que velase por ella — Marta, abrumada por la dicha— me ruborizo al contarlo— se echó de rodillas a mis pies y se puso a besarme las manos.

Ya no me quedaban ni huellas de aquel dolor punzante que hacía unos momentos me oprimía el alma bajo el árbol de Navidad; sabía que mi cuenta estaba pagada, y con el corazón alegre, libre de todo peso, me juré cuidar en lo sucesivo de mi hermana como un ángel tutelar; ¡cuidar de mi hermana, que necesitaba más que yo — niña sencilla y sin experiencia—, protección y ayuda!

Y ella también lo comprendía, porque si hasta entonces me había tratado como a una niña, desde aquella noche se entregó sin resistencia a mi dirección.

Al fin realizaba mis ensueños más íntimos; al fin aparecía un ser humano a quien poder mimar hasta cansarme, acariciarlo hasta que se durmiera en mi regazo, y desde que se fundieron nuestras almas en un común afecto y esperanza, consagré a mi hermana toda la ternura que durmió aletargada en el fondo del alma durante tantos años.

No fué motivo de escasa sorpresa para nuestros padres el cambio de nuestras relaciones, que hasta entonces dejaban mucho que desear, y a Marta misma le costaba trabajo acostumbrarse a esa intimidad, a esa

cordialidad naciente. Sus miradas siguieron reflejando por algún tiempo singular extrañeza, y a menudo decía: "¿Cómo iba a adivinar que fueras tú capaz de querer tanto?"

Y si hubiese advertido la inmensidad del sacrificio consumado al confiarle ese secreto, aún habría estimado en más mi afecto.

Porque mis presentimientos no me habían engañado; desde que Marta entró en posesión de aquella correspondencia, desapareció definitivamente la dicha que me causaba la secreta inteligencia con Roberto.

No era ya para mí más que un extraño; al sentarme para escribirle, me figuraba ser una máquina copiadora de ajenos pensamientos. Llegué a dar a mi hermana las cartas de Roberto sin abrirlas, tal como las recibía de manos del intendente.

A veces, cuando pensaba en que Roberto no sospecharía ni por asomo que yo abusaba de su confianza, me acometían los remordimientos; pero el mirar a Marta, al ver cómo florecían las sonrisas en su rostro iluminado por una expresión de felicidad tranquila, se desvanecían mis escrúpulos, pensando que era imposible que hubiera obrado mal.

Hasta entonces sólo a Roberto había engañado; pronto el engaño alcanzaría a Marta.

IX

Pasaron, como un soplo, el invierno y la primavera, y llegó el momento en que el grano comienza a amontonarse en la troje.

Roberto iba a venir al acabar la cosecha; "pero hasta entonces — escribía—, hay que salvar muchas dificultades".

Un día entró papá en la cocina; allí nos encontrábamos nosotras cambiando esperanzas. Adoptamos al verle un aire indiferente; se paseó un instante, golpeándose con el látigo las cañas de las botas de montar.

—¿Te han ascendido hoy a inspector de cocinas? —le pregunté.

—Sí; a inspector de cocinas he ascendido.

Y después de pasear silenciosamente algunos minutos, se paró de pronto frente a Marta y dijo:

—¿Puedes venir un minuto, hija mía? Tu madre y yo tenemos que hablarte.

—¡Ahora comprendo tantos preliminares! ¿No puedo asistir yo también a la conferencia?

—No; tú te quedarás en la cocina.

Durante un rato reinó en la casa silencio absoluto; a mi lado cantaban las cacerolas, y la sirvienta limpiaba los cubiertos con estrépito; pero de pronto se oyó, dominando aquel ruido, un grito seco y estridente que sólo Marta podía exhalar.

Temblando agucé el oído; en aquel momento papá se precipitaba a la cocina pidiendo a gritos:

—¡Agua!

Pasé por su lado como una exhalación: vi a mi hermana tendida en el suelo sin conocimiento, apoyada la cabeza en las rodillas de mamá.

—¿Qué habéis hecho a Marta? — exclamé, arrodillándome junto a ella.

Nadie me respondió. Mamá, desatinada, retorcíase las manos, y papá se mordía los bigotes, conteniendo las lágrimas.

Entonces, al inclinarme hacia ella, vi en el suelo, al lado de mi hermana, una hoja de papel de cartas con rayas azules; me apoderé de ella todo lo rápidamente que pude, sin que nadie lo advirtiese; al volver en sí Marta, acompañé a su cuarto a la infeliz, cuyos ojos miraban atontados a todas partes.

La tendí sobre la cama, donde, fija la vista en el techo, pedía de vez en cuando de beber; parecía no haber recobrado el conocimiento enteramente.

Y yo, sacando del bolsillo la carta, leí lo que transcribo al pie de la letra, porque he conservado cuidadosamente ese monumento de amor maternal y de cariño fraternal:

"Queridísimo hermano, queridísima cuñada:

"Una circunstancia muy triste para mí me obliga hoy a escribiros. Estáis persuadidos, no lo dudo, de que les quiero mucho y de que el anhelo más ferviente de mi alma es conservar con vosotros y vuestros hijos las más cordiales relaciones. Desde que he nacido no os hice más que bien, no os he mostrado más que cariño, y en la misma moneda me habéis pagado. En nombre de ese afecto tengo que dirigiros una súplica dictada por mi angustiado corazón de madre. Esta mañana mi hijo Roberto nos ha declarado, a mi esposo y a mí, su intención de pediros la mano de vuestra hija Marta; solicita al mismo tiempo nuestro consentimiento, del que no puede prescindir, siendo como es buen hijo, y porque, desgraciadamente, más de una vez necesitará aún de nuestra ayuda.

"Si yo no hubiese atendido más que a mis sentimientos, le echaría los brazos al cuello, llorando de alegría; pero he tenido que conservarme serena, ya que Roberto y mi marido no son más que unos chiquillos, y me he visto obligada a responder que ese matrimonio no podía realizarse.

"No quiero, querido hermano, hacerte cargos por no haber conservado tu fortuna; lejos está de mi mente el pensamiento de mezclarme en lo que no me importa, pero puesto que de intereses se trata, permitidme que os recuerde que vuestra hacienda está corroída por las deudas, y que vuestras hijas no podrán contar ni con un céntimo de dote.

"Por otra parte, los bienes de Roberto están también muy empeñados; ha tenido que pagar grandes cantidades para saldar cuentas con sus hermanos, y además, nosotros nos hemos reservado una hipoteca sobre la finca, de cuyos intereses vivimos, así como los demás hijos, y en tales condiciones no podría casarse Roberto con una muchacha pobre sin arruinarse al poco tiempo.

"Y no hablo de la salud de vuestra hija Marta, que,

a juzgar por vuestras cartas, debe ser una criatura débil y enfermiza, incapaz, por lo tanto, de llevar alegremente el peso de tan extensa hacienda y labrar la felicidad de Roberto; sólo el pensamiento de verla entrar en casa de mi hijo con las manos vacías, basta para convencerme de que sería desgraciada y no podría menos de hacerle desgraciado a él también.

"Si vuestra hija Marta quiere realmente a mi hijo Roberto, debería, en interés de su felicidad, renunciar a él — en el supuesto de que se atreviera Roberto a pediros su mano a pesar de la prohibición de sus padres — aunque no espero ni siquiera puedo concebir en un hijo semejante desobediencia a la paterna voluntad.

"Conozco demasiado, queridos hermanos, el cariño que profesáis a vuestra hermana, para no estar persuadida de que negaréis como yo, de una vez para siempre, vuestro consentimiento a esa unión funesta.

"Vuestra hermana que os querrá siempre,

"Enriqueta Hellinger".

"P. S. — ¿Qué tal la cosecha por ahí? Aquí el centeno de invierno bastante bien; pero las patatas se resienten mucho de la epidemia."

Al leer esta palabrería hipócrita y chabacana, tal cólera me acometió, que, lanzando una carcajada violenta, me puse a pisotear la carta.

Me volvió la razón un tenue suspiro de Marta, a quien sin duda la carcajada había sobresaltado.

Allí yacía desesperada, herida por un golpe que por el contrario, debía templar su valor y darle nuevas fuerzas para la lucha. Y mientras yo la miraba, atormentada por el pensamiento de no ser más que una mera espectadora impotente para consolar, se me escapaba en un suspiro un sentimiento antiguo y se-

creto: "¿Por qué no me encuentro en lugar suyo?" Pero ¡qué diferencia de tiempos a tiempos! Lo que antes no había pasado de locura, de capricho de niña, hoy era grave valentía para el sacrificio y confianza firme en el esfuerzo propio.

Y resolví proceder con presteza, si aún era tiempo. Quise primeramente buscar a mis padres, para decirles lo que había hecho, que estaba al corriente de cuanto acontecía, y exigir de ellos que me reservasen en los consejos de familia, a pesar de mi juventud, el puesto merecido.

Pero no tardé en abandonar mi propósito. Tan pronto como tomase parte en las deliberaciones de la familia, me obligaba realmente a respetar sus decisiones, y yo no podía contribuír a la salvación de mi pobre hermana siguiendo el plan preconcebido, sino fingiendo absoluta ignorancia de cuanto ocurría.

Me enteré pronto del estado de las cosas; la carta afectó a cada uno según su carácter.

Papá, herido en su orgullo de señor pobre, se hubiese avergonzado ya de ver entrar a su hija en una familia que la miraba con menosprecio. Por su parte, mamá, emocionada con las frases de afecto que a cada párrafo repetía la carta, juzgaba que no se debía abusar de la confianza de su cuñada.

¿Y Marta?

Aquella noche, estando yo velando al lado de la cama, donde ella parecía dormir, sentí que una mano abrasadora se posó en la mía, y que un brazo me atrajo dulcemente por el cuello.

—Tengo que hablarte, Olga — murmuró sin bajar los ojos, que miraban al techo tristemente.

—¿No quieres que esperemos hasta mañana?

—No; de aquí a mañana... pudieran suceder cosas que no deben ocurrir. De hoy más todo ha concluído, entre él y yo.

—¡No conoces a Roberto!

—Pero me conozco a mí misma y soy quien rompe nuestras relaciones.

—¡Por Dios, Marta! — exclamé aterrorizada.

—No ignoro que esta ruptura me costará la vida... pero, ¿qué importa?... Mi vida vale poco... Es preferible la muerte a hacerle desgraciado.

—La fiebre te hace hablar así; no te creo tan tonta que tomes en serio los agüeros de esa bruja.

—Es que estoy persuadida de que dice la verdad.

Un escalofrío me corrió por las venas al oírla pronunciar con tranquila voz aquellas palabras de una desolación desesperada.

—No protestes — continuó—, no es ahora cuando me he convencido de ello; siempre abrigaba ese presentimiento, y en verdad que no debí espantarme al verlo realizado, pero... ¿qué quieres?... se sobrecoge una viendo escrita con todas sus letras la sentencia que apenas me atrevía a imaginar.

Intenté consolarla con cuanta elocuencia supe, envié a la tía a todos los diablos y le demostré, como dos y dos son cuatro, que ella, Marta, había nacido para desempeñar en casa de Roberto el papel de ángel guardián, pero era inútil: no conseguí devolverle la fe en sí misma; habíale alcanzado el golpe a lo más íntimo. Me pidió al acabar mis exhortaciones que dejase de escribir a Roberto y rompiese para siempre toda clase de relaciones con él.

Me estremecí al oírla, tanto por mí misma, como por ella; rechacé su petición con toda la energía de mi espíritu; pero Marta insistía, y ante la amenaza de revelar a la familia mi correspondencia con Roberto, tuve que acceder.

Entonces llegaron los días tristes; Marta vagaba por las habitaciones, semejante a un fantasma; papá siempre a caballo, corría por campos y bosques, dejando de asistir con regularidad a las comidas y olvidándose en absoluto de las formas del cariño en la conversación... Mamá, nuestra buena madraza, hacía medias, sentada en su rincón, y se enjugaba las lágrimas de vez en cuando, mirando con inquietud a diestro y sinies-

tro, para ver si alguien reparaba en su llanto. ¡Ay! Sí... fué una época muy triste.

Yo había recibido de Roberto dos cartas urgentes. Hallábase devorado por la angustia, y me conjuraba para que respondiese a vuelta de correo. No hablé de ellas a Marta, pero cumplí mi promesa.

Transcurrieron ocho días; noté entonces que mis padres deliberaban acerca de la respuesta que querían dar a la carta de la tía. Papá era partidario de comprometerse definitivmente a no consentir en tal matrimonio, a fin de que no se sospechase que quería realizarlo por medios desleales; y mamá respondía que "sí", como decía que "sí" a cuanto no se relacionase con sus helados o sus golosinas.

Aquel día confesó Marta que le era imposible levantarse. Sus dolores no eran muy intensos, pero las piernas se negaban a sostenerla.

Y así veía yo avanzar el desastre, cada día más amenazador. Ya no me era lícito dudar. "Ven a cumplir tus compromisos antes que sea tarde", escribí a Roberto, y para mayor seguridad fuí yo misma al pueblo y entregué la carta al cochero, que en aquel momento se preparaba a marchar a Prusia.

Cuando entregué el sobre, sentí en el corazón como una puñalada; parecía que con aquella carta entregaba el alma a un poder desconocido.

Por tres veces quise recogerla, pero cuando me decidí formalmente a hacerlo, estaba ya muy lejos la diligencia.

Al bajar la colina que conduce al castillo, me escondí en la espesura y rompí a llorar.

A partir de aquella hora fuí presa de una agitación como nunca la he sentido en mi vida. Me consumía una fiebre ardiente; por las noches daba vueltas en el dormitorio, sin encontrar reposo; los días los pasaba en acecho, y cada vez que el ruido de un coche me llegaba a los oídos, toda mi sangre afluía al corazón.

Respondía a mis padres con palabras incoherentes,

y las criadas comenzaban a mover la cabeza significativamente.

No podría estar más inquieta una muchacha que esperase a su novio.

Cuatro días duró la calentura, y gracias a que todos estaban absortos en sus propios pensamientos, no despertó tanta extrañeza mi actitud.

X

Esta vez no le recibí yo. Al reconocer su silueta dentro del coche de cuatro caballos que, cubierto de lodo, franqueaba con estrépito las puertas del patio, subí al granero y me oculté en el más escondido rincón.

Me ardía el rostro; me temblaban manos y piernas; me castañeteaban los dientes, y rojas nubes me nublaban los ojos.

Oí abrir y cerrar de puertas en los pisos de abajo; oí subir y bajar de pasos precipitados en la escalera; oí las voces de las criadas llamándome por mi nombre: no me moví.

Y cuando todo volvió a hundirse en el silencio, bajé por la escalera de servicio y fuí a acurrucarme al paraje más desierto de la huerta. Era presa mi espíritu de un extraño sentimiento de vergüenza y amargura. Me pareció que debía levantarme y huir, para no cruzar jamás una mirada con aquel hombre, a quien sin embargo, esperaba con impaciencia tan loca.

Luego me representaba imaginariamente lo que podía estar sucediendo dentro de la casa.

Indudablemente papá se había desconcertado al ver a Roberto, porque de seguro tenía clavada en el corazón la pérfida carta de la tía; al oírle formular su petición, le habría respondido negativamente, pero en aquel instante aparecía Marta. ¡Cuán pronto ha olvidado los disgustos, los padecimientos soportados durante tantos años! ¡Y ahora, abrazados los dos, ni una vez siquiera se acuerdan de mí! De pronto se despertó en mi alma un orgullo frenético. "¿Por qué te es-

condes? — me gritaba ese orgullo—. ¿No has cumplido con tu deber? ¿No es obra tuya esa felicidad?"

Me levanté resueltamente, recogí sobre la frente mis cabellos desordenados, y apretando los dientes me dirigí hacia casa.

No oí al aproximarme ninguna exclamación de júbilo. Todo en silencio, todo parecía muerto...

En el comedor no hallé sino a mamá, que, con las manos juntas, suspiraba profundamente, mientras por sus mejillas rodaban lágrimas.

"Efecto de la emoción", pensé sentándome frente a ella.

—¿Dónde estaba, Olga? — me dijo enjugándose los ojos sin disimular ya su aflicción—. Tienes que matar algunos pollos para la comida y poner a refrescar la cerveza. Ha llegado tu primo Roberto.

—¿De veras?—exclamé con aplomo—. ¿Y por dónde anda?

—Está hablando con tu padre en el despacho.

—¿Y Marta? — pregunté sonriéndome.

Me miró con aire severo, cual si quisiera reprocharme tan indiscreta penetración, y me dijo:

—Está con ellos.

—Entonces, voy a felicitarles ahora mismo.

—¡Tontuela!

Pero antes de ejecutar mi propósito, vi abrirse la puerta del cuarto vecino y a Roberto saliendo lentamente, como de un ataúd, terroso el semblante, cubierta la frente de espeso sudor. También yo me sentía palidecer; me sobrecogía un presentimiento siniestro.

—¿Y Marta? — pregunté adelantándome hacia él.

—No lo sé.

Parecía que las palabras le asfixiaban al brotar de su boca; ni siquiera me tendió la mano.

Detrás de él apareció papá. Mi madre se había levantado y los tres permanecían silenciosos.

—¿Y Marta? — pregunté por tercera vez.

—Ve a ver lo que hace — dijo papá—; te necesitará probablemente.

Salí de un salto y trepé, más que subí, por la escalera que conducía a su cuarto. Estaba encerrada.

—¡Abre, Marta!... ¡Soy yo!

Igual silencio. Rogué, supliqué, prometí evitar su desgracia, la colmé de ternezas: todo fué inútil. Nada se oía, como no fuese un aliento acompasado, semejante a los silbidos que se escapan de una garganta sofocada. Y me encolericé al verme rechazada en todas partes.

Busqué a las sirvientas, hice matar seis pollos y estuve contemplando a los animalillos mientras brotaba la sangre de sus abiertos cuellos.

Uno, en el trance de la agonía, batía las alas y gritaba con tal violencia, tratando de hincar los espolones en los dedos de la criada, que me inspiró piedad.

"Hasta esta bestezuela — pensaba yo—, a pesar de su debilidad, cuando la matan se defiende; y mi señora hermana besa la mano que la apuñala".

La muerte de aquellas aves inocentes fué un espectáculo risueño comparado con la cena. Ni la última comida de un condenado puede ser más lúgubre. Cada cinco minutos tomaba la palabra uno y hablaba como para quitarse un peso de encima. Los demás manifestaban misteriosamente su opinión con la cabeza, pero yo estaba segura de que ni los oyentes sabían lo que escuchaban ni el que hablaba se daba cuenta de lo que decía.

Marta se había quedado en su cuarto.

Al punto de separarnos para recogernos a dormir, Roberto me cogió las manos y me dijo:

Te doy las gracias, Olga — y le temblaban los labios —, te doy las gracias por tu puntualidad y tu abnegación. Ahora se acaban nuestras correspondencias...

—¡Por amor de Dios!... ¡Roberto!... ¿Qué sucede?

Se encogió de hombros.

—Quizás la hice esperar demasiado... ¡Al fin se habrá cansado de mí!

—¡Eso no es verdad!... ¡Eso no es verdad!

Pero estaba papá detrás de nosotros, anunciándole que, conforme a sus deseos, el coche estaría listo para el amanecer.

—¿Entonces no volveré a verte? — le dije aterrorizada.

Movió la cabeza tristemente.

—Despidámonos ahora mismo — dijo estrechándome la mano.

Una voz me gritaba que Roberto no podía partir de ese modo, que sin falta yo había de hablarle; pero me tragué valerosamente las palabras que pugnaban por salir.

Aún tenía algo que hacer, y al tiempo de sacar el café del aparador y de pesar la manteca y medir la harina para la sopa de la mañana siguiente, seguí oyendo aquella voz:

—¡Debes hablarle!

Y cuando, luz en mano, subí a mi cuarto, di un rodeo para pasar por delante del suyo, esperando encontrarle tal vez en el pasillo; pero no había nadie, y estaba cerrada con llave su puerta. En cambio retumbaba por toda la casa el ruido de sus pasos.

En el cuarto de Marta reinaba el silencio de la tumba. Apliqué el oído al agujero de la cerradura; ni el vuelo de una mosca. No hubiera sido el silencio mayor de haber huído Marta o de haberse muerto.

Me sobrecogí de inquietud, me arrodillé frente a la cerradura y rogué, supliqué, y llegando hasta amenazarla con llamar a nuestros padres si seguía sin dar señales de vida.

—¡Ten piedad de mí, ten piedad de mí... siquiera hoy!

Su voz estaba tan cambiada, que no la reconocía.

Me alejé, sintiendo agrandarse dentro de mí el temor de que partiese Roberto desilusionado, despecha-

do, sin una explicación, sin sospechar siquiera la inmensidad del cariño de Marta.

Me zumbaban las sienes, y a cada latido parecían decirme las arterias:

—¡Tienes que hablarle! ¡Tienes que hablarle!

Me quité alguna ropa y me tendí sobre el sofá. Sonaron las once y media. Oíase aún el ruido de sus pasos retumbando en el suelo; pero a medida que las horas avanzaban, mi proyecto era más irrealizable.

"¡Si me viese una criada deslizarme en el cuarto del huésped". Al pensarlo se me helaba la sangre.

Sonaron las doce. Abrí la ventana y miré a lo lejos. Todo parecía dormir. Ni siquiera en los cuartos de Roberto y de Marta se divisaba el resplandor de una luz. Ambos amortajaban sus dolores y disgustos en la obscuridad.

El viento de la noche, que sacudía las ventanas, murmuraba:

—¡Tienes que hablarle! ¡Es necesario!

Al mismo tiempo, una voz dulce y acariciadora como una melodía murmuraba:

—Aún le verás otra vez; sentirás sus manos apretando las tuyas, escucharás el metal de su voz: tal vez le oirás reír. ¿Acaso no vas a llevarle la felicidad de su vida?

Y de pronto me decidí. Cerré la ventana con violencia, me eché sobre los hombros un vestido, y con las zapatillas en la mano me deslicé por el pasillo en plenas tinieblas.

¡Oh!... ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Con qué ímpetu me ardía la sangre en las sienes!... Me tambaleaba, tenía que apoyarme en las paredes para no caer.

Por último, me encontré frente a su puerta. Seguían los pasos haciendo trepidar el pavimento, pero los ruidos sordos no se oían. Seguramente se habría quitado las botas.

—No hay que llamar — pensé de repente —, porque te oiría Marta.

Y maquinalmente cogí el picaporte. Estaba temblando.

¿Cómo abrí la puerta? No lo sé. Me pareció que otra persona lo hizo en mi lugar.

Vi que se erguía su silueta poderosa y elevada.

Se me escapó un ligero grito de los convulsos labios, y él, de un salto, se encontró junto a mí. Sentí que me cogió de las manos; sentí sobre la frente el soplo de su aliento abrasador.

Quizás en el primer momento le cruzase por la mente la loca idea de que Marta se hubiese acordado de su antiguo amor, pero al momento me reconoció.

¡Niña... por Dios!... ¿Qué sucede?... ¿Qué te trae aquí?... ¿No te ha visto nadie?... ¿No te ha visto nadie?

Moví la cabeza negativamente. "Aún te juzga una pobre chicuela", pensaba yo, recobrando el aliento porque sentía desaparecer aquellos terrores que me habían asaltado antes de realizar tan azarosa entrevista.

Se separó para encender la araña. Yo busqué a tientas el sofá, y me dejé caer en un rincón.

Las bujías despidieron un resplandor tan intenso, que me deslumbró... Me volví hacia la pared, escondiendo la cara. Un sentimiento de debilidad, un ardiente deseo de apretarme contra su pecho, se había apoderado de mí. Era tan feliz con hallarme a su lado, que olvidaba lo demás.

Levanté la vista hacia Roberto. Vi su rostro grave, en el que las penas de aquel día se sellaban en arrugas profundas, y permanecí algún rato abismada en muda contemplación.

—¿Qué querías?... ¿Me traes noticias de Marta?

—Sí, tienes razón... de Marta.

Me levanté rápidamente. ¡Basta de flaqueza! Había recobrado la energía indomable de que me vanagloriaba.

—Escúchame, Roberto; no te vayas mañana.

—¿Por qué? — replicó apretando los dientes.

—¡Porque no quiero!

—¡Tú voluntad es muy respetable, querida niña, pero en nada modificará mis propósitos.

—¿Entonces es que quieres perder a Marta para siempre?

Me sentía en aquel momento tan rica en energías, tan poseída de mi papel de protectora, que no vacilaba en arrojar el guante al mundo entero con tal de unirles.

—¡Qué locura! ¡Cuán poca previsión!

—¿Acaso no la he perdido ya irrevocablemente? —contestó mirando distraído.

—¿Qué te ha dicho hoy Marta?

—¿A qué repetirlo? Sus palabras eran lógicas, prudentes: tan prudentes y lógicas, que sólo pueden pronunciarlas las personas que ya no aman.

—¿Y crees que no te quiere?

—¿Y cómo no he de creerlo? Todavía eso es lo de menos. Aunque me hubiese conservado algún cariño, procede bien aprovechando la ocasión de librarse de mí. Es mejor que nos separemos, mejor para ella, mejor para mí, mejor para todos. Nada podía ofrecerle, ni felicidad, ni alegría, ni siquiera una sombra de placer; sólo trabajo, cuidados y miserias, miserias de todos los días y de todos los años. Y además, una suegra que no la quiere, que le haría llorar amargamente su falta de dote.

Sentí que una ola de sangre me subía a la cabeza. Me ruborizaba, y no por Marta ni por mí, porque era yo tan pobre como mi hermana; me ruborizaba al oírle hablar de su madre en aquel tono.

Y ahora, confiésalo, muchacha; ante esa perspectiva, ¿no es mejor quedarse aquí, en el tibio fondo del nido familiar, y dejarme marchar, ya que no poseo ni traigo en la mano sino mi desgracia?

Se mesaba los cabellos, paseando por la habitación como un animal acorralado.

—Roberto, te engañas a ti mismo.

Se detuvo y me miró, echándose a reír.

—¿Qué quieres?... Acaba de una vez... ¿Quieres que espere a que me confirmen las calabazas por escrito?

—Roberto — continué sin desconcertarme—, sé sincero, sincero en absoluto... ¿la amas?

—¡Qué niña eres!... ¿Estaría aquí si no la amase?

Se erguía frente a mí, desplegando sus brazos de gigante. Creí que al cerrarlos iban a aplastarme; se me ofuscó la vista y me recogí profundamente en el asiento.

Resurgieron en mi espíritu aquellos pensamientos acariciados durante tantos años; me figuraba cómo le amaría si yo fuese Marta, y cómo, en pago, sabría hacerme amar.

—Mira, Roberto; en resumen, no soy más que una tontuela; pero sé con certeza lo que es el amor, y no son únicamente los poetas los que me lo han hecho conocer. Hace ya mucho tiempo que lo siento en lo más hondo del alma.

—¿Y de quién estás enamorada?

Me ruboricé y moví la cabeza protestando.

—Y entonces, ¿cómo puedes sentirlo en lo más hondo del alma?

—Sin duda había caído del cielo — respondí bajando la vista—; mas, sea como fuere, yo amaría de otra manera que vosotros... Yo no me desalentaría; yo no me retiraría vergonzosamente como tú, diciendo: "¡Más vale así!" Yo emplearía para vencer todas las fuerzas de mi alma. Yo la haría inclinarse sobre mi pecho y: me la llevaría por la noche... no sé dónde... al fondo de un desierto, si el sol se negase a alumbrarnos, si todas las casas se negasen a servirnos de hogar. Preferiría morir de hambre con ella, en mitad del arroyo, que arrastrarme a los pies de las gentes que de ella quisieran separarme. Eso haría, Roberto, si me hallase en tu lugar, y de hallarme en el suyo, me colgaría, sonriendo, de tu cuello y te diría: "Ven, yo pediré limosna para ti; te daré el pecho para que en

él reclines la cabeza si nos faltase cama; regaré con mis lágrimas tus penas; soportaré mil muertes dando gracias a Dios nuestro señor, porque me permite soportarlas contigo". Mira, Roberto; así me imagino el amor: no como un sentimiento confuso, mezclado con el miedo a las suegras y el horror a las hipotecas.

Hablé apasionadamente. Sentí que el rostro se me enardecía y me avergoncé de súbito, pensando en que había mostrado mi corazón abierto. Oculté el rostro entre las manos, pugnando por no llorar.

Cuando me atreví a levantar la cabeza, le hallé delante de mí, mirándome con unos ojos brillantes como ascuas...

—Niña... ¿de dónde has sacado esas ideas?... He creído escuchar el Cántico de los cánticos.

Cerré la boca guardando silencio. ¿Sabía yo acaso de dónde nacieron mis palabras?

Se sentó a mi lado, cogiéndome ambas manos.

—Olga, lo que has dicho no es quizás muy práctico, pero me ha emocionado, es hermoso, es verdadero. Me parecía oír una voz de otro mundo, y casi he tenido vergüenza de haberme acobardado así. Pero aunque pudiera pensar como tú, ¿de qué me serviría si Marta no me quiere?

—¡Que no te quiere!... Si la abandonas, se morirá de pena.

—¡Olga!

Vi resplandecer la alegría en su rostro y sentí confusamente que una mano misteriosa me apretaba la garganta; pero sin desconcertarme y evocando mi orgullo, proseguí:

—Sé, Roberto, que vas a despreciarme cuando sepas lo que voy a decirte; pero es preciso para que comprendas que no debes marcharte. No he sido franca contigo, he abusado de tu confianza.

Y respirando con anhelo, arrancándome las palabras del pecho, le conté lo que con sus cartas había acontecido.

Faltábame fuerza bastante para terminar, cuando de pronto me cogió en brazos.

—Olga, ¿es verdad? — preguntó rebosando alegría—. ¿Me juras que es verdad?

Como una extraña sensación de espanto, un espanto que me corría por el cuerpo en deliciosos estremecimientos, me privaba el uso de la palabra, contesté con un gesto afirmativo.

—¡Qué Dios te lo pague, muchacha valerosa! — exclamó oprimiéndome contra su pecho.

Llena de angustia voluptuosa, cesé de respirar: mi cabeza caía hacia atrás y cerraba los ojos. Me sobrecogí al sentir que su boca se posaba en la mía. Me pareció que me quemaban con un ascua. Me besó otra vez; la gratitud y la alegría hacíanle perder la razón.

Yo pensaba entretanto: "¡Si pudiera ser eterno este instante!". Nuevos estremecimientos me sacudían sin cesar, y mi cuerpo yacía en sus brazos inerte, exánime. Sólo una vez me cruzó por el cerebro un pensamiento: "¿Puedo devolverle estos besos?". Pero no me atreví.

¿Cuánto tiempo estuve así? No lo sé: sentí de repente el choque de mi cabeza contra la esquina del sofá. Hízome salir el dolor de las profundidades del ensueño. Permanecí sin movimiento tratando de serenarme.

Lo notó Roberto, y exclamó aterrorizado:

—Estás muy pálida, niña. ¿Te has hecho daño?

Respondí afirmativamente, añadiendo que no era nada, que se pasaría pronto. Mas, tenía la certeza de que aquella impresión se me grabaría en los sentidos y en el alma con caracteres indelebles, que la llamarada de aquel momento me calentaría el corazón más de una larga y fría noche de invierno, a pesar de no ser más que el reflejo de su amor hacia otra mujer. Lo sabía muy bien, y me parecía que iba a sucumbir bajo el peso de tal pensamiento; pero al poco rato me repuse, porque ya había aprendido a dominar los nervios.

—Roberto — dije—, voy a darte un consejo, y después déjame marchar, estoy cansada.

—¡Habla, habla!... Haré ciegamente lo que me digas.

Al mirarle no pude reprimir un suspiro doloroso y alegre al mismo tiempo, porque pensaba: "Me ha estrechado en sus brazos".

Me gustaría dejarme caer con los ojos cerrados en el rincón del sofá y hacerme un poco más la desmayada, pero me levanté y dije:

—Sospecho que Marta no cerrará los ojos en toda la noche; aguardará el momento en que vayas a salir. Querrá verte marchar, y como su cuarto da al jardín, vendrá a éste o al de al lado. Cuando te encuentres al pie de la escalera, espera unos segundos, haz como si algo se te hubiese olvidado, y entonces... entonces...

No pude decir más, porque seguía oyendo violentamente dentro de mí, como un grito o un sollozo, aquellas palabras: "Me ha estrechado en sus brazos".

Temí no poder contener por más tiempo la emoción, y quise escaparme precipitadamente, sin pronunciar una frase de despedida.

Al abrir la puerta, tropecé con Marta.

Allí estaba, con los pies descalzos, medio vestida, pálida como una muerta y temblorosa. No hizo un movimiento; sin duda le faltaban fuerzas.

Al mismo tiempo oí resonar a mis espaldas una exclamación de alegría, y Roberto, precipitándose, pasó a mi lado y recibió en los brazos a la infeliz, que se tambaleaba:

—A Dios gracias, ¡desde ahora eres mía!

Fueron las últimas palabras que escuché; me refugié en mi cuarto, y como si las Furias me persiguieran, atranqué puertas y ventanas con barras y cerrojos y me puse a llorar amargamente.

XI

Referiré en pocas páginas las desgracias abrumadoras y el consiguiente séquito de sufrimientos de los años que siguieron, y a los cuales debo la madurez de mi juicio.

Ocho meses después de aquella noche, llegó papá a casa en una camilla: se había caído del caballo y quejábase de graves lesiones internas.

Murió a los tres días. En medio de las calamidades que rodearon a la familia, sólo yo conservé la cabeza despejada. Marta, anonadada, se encerró en su dolor, y mamá, acostumbrada durante tantos años a pasarse las horas sentada junto a la estufa, haciendo medias y chupando caramelos, no podía concebir que pudiese variar su método de vida. No dijo ni palabra; apenas lloró; pero la enfermedad que la consumía interiormente hizo tan rápidos progresos, que aunque la hubiese perdonado el tifus, que descargó sobre ella cuatro semanas después de la muerte de su esposo, creo que no hubiese sobrevivido largo tiempo.

Ambos descansaban en el cementerio. Marta y yo, huérfanas abandonadas, nos quedamos en la granja desierta aguardando a que nos despidiesen. Por lo que a mí se refería, no ignoraba el camino que debía emprender; el porvenir no me ofrecía otro sino el de ganarme penosamente el pan de cada día al servicio de extraños. Aceptaba mi destino sin discutirlo y sin vacilar. Era lo bastante enérgica y altanera para vivir sola, aun en el extranjero; pero temblaba al pensar en Marta, que necesitaba más que nunca de consuelo y cariño.

Roberto no podía esperar por más tiempo a Marta, sin exponerse a verla un día extinguirse agotada por el dolor, como lámpara que ya no tiene aceite.

Y no me engañaba al pensar así. Roberto no pudo venir a los entierros, aunque sus cartas llegaron a tiempo de ayudar a Marta en las horas terribles. De vez en cuando desprendíanse de esas epístolas al-

gunas migajas para mí, y yo me apoderaba de ellas ávidamente, cual si me hallase próxima a morirme de hambre.

Un día llegó él en persona.

—Esta vez vengo a buscarte, — le dijo a Marta.

Mi hermana se reclinó llorando en el pecho de Roberto. ¡Oh!... ¡cuán feliz!... Yo me escondí bajo el emparrado más tupido, y abandonándome a mis meditaciones, me preguntaba si en lo sucesivo hallaría un hogar donde refugiarme en las horas de dicha y en las de dolor. Vano ensueño, porque es único hogar de este mundo que yo... En fin, sentí brotar dentro de mí tal orgullo, tal amargura, que me separé con áspera virtud de los míos, para abrazarme a solas con mi pena.

Querían llevarme a su lado, compartir conmigo su escaso bienestar; pero me negué a aceptar el ofrecimiento con salvaje obstinación.

Trataron en vano de descifrar el enigma que envolvía mi conducta, y Marta, que se disgustaba al pensar que no me tocaría ni un reflejo de su dicha, venía muchas noches a mi cuarto. Entonces yo me ruborizaba de tanta terquedad, le prodigaba mil caricias y no la dejaba marchar hasta que no le veía brillar los llorosos ojos con una sonrisa de esperanza.

Durante ocho días trabajó sin descanso Roberto en el arreglo de nuestros negocios y en buscar un comprador. Nos quedó muy poco; cierto que nada necesitábamos.

Y sin ruido alguno se efectuó la ceremonia del casamiento. Hicimos de testigos el intendente y yo, y en lugar de comida de bodas visitamos el camposanto, para decir adiós a las tumbas recién abiertas, cuya arena comenzaba a desaparecer bajo una capa de desmedrada hierba.

En las últimas semanas había hecho yo secretas diligencias para hallar un empleo que me conviniese. Y cuando Roberto, con el ceño arrugado, hubo de preguntarme con acento de inquietud: "¿Qué vas a hacer

ahora?", le expuse, sonriendo tranquilamente, mis proyectos relativos al porvenir. Juntó las manos sobrecogido de admiración, y exclamó:

—Tienes razón... ¡te envidio!... Tú te abrirás camino.

Y Marta me envidiaba también; se lo leía en los tristes ojos, que fijaba sobre Roberto y sobre mí. Hubiese ella ambicionado, para sacrificarlas a Roberto, la fuerza y la energía de mi juventud. La besé, tratando de animarla, y en la mirada suplicante que dirigió a Roberto se traducía una frase: "Te pertenezco en absoluto: ¡perdóname si soy tan poca cosa!".

Al día siguiente nos separamos; la enamorada pareja salió para su nuevo domicilio: yo me fuí al extranjero.

XII

No hablaré de los tres años que viví en el extranjero. Cuantas vejaciones, cuantas humillaciones he padecido durante ese tiempo, se me han grabado en la memoria para siempre y me han endurecido el corazón, inspirándome desconfianza e indiferencia hacia la humanidad. Aprendí a despreciar sus odios, a despreciar, sobre todo, su amor; aprendí a sonreír cuando las garras del dolor me desgrarraban el alma; aprendí a alzar la frente cuando hubiera querido, avergonzada, prosternarla en el polvo.

Lo que son esos días eternos, sin cariño, que pesan en los hombres como losas de plomo; lo que es la gravitación abrumadora de las tinieblas en las noches sin sueño, los halagos de la adulación que suenan a hueco y nos dan náuseas, la envidia de las rivales cuyo obstinado silencio irrita, allí lo conocí.

¡Era tan duro el pan que comí en el extranjero, que tenía que ablandarlo con el llanto.

El único consuelo que aún gozaba, proporcionábamelo mi hermana con su correspondencia. Me escribía a menudo, en ciertas épocas diariamente, y la

mayor parte de las veces completaba la carta una posdata trazada por Roberto. ¡Oh! ¡Con qué ansia me lanzaba sobre aquellas líneas para devorar hasta la última palabra!

Gracias a esas cartas seguía compartiendo su vida. No era muy alegre. ¡Dios lo sabe! pero al fin, la vida así es. Con frecuencia la desgracia cerníase sobre ellas, y entonces, Roberto con su fuerza y Marta con su debilidad, semejaban niños abandonados en un campo desierto, y érame preciso intervenir en sus asuntos para ayudarles con un consejo, para animarles con una esperanza.

Acabé por familiarizarme con cuanto les rodeaba, hasta tal punto que hubiese conocido por la voz y el aspecto a cada uno de sus criados, de sus amigos y de sus relaciones. Profesé a la tía Hellinger el odio más ardiente, al médico el cariño más profundo, y reservaba el más glacial desprecio a la indiferente turbamulta burguesa que profetizaba a fecha fija el día de la ruina de Roberto.

Sentía verdadera cólera al ver que Marta se lamentaba de cuánto tenía que sufrir en sus relaciones familiares y amistosas.

—¡Oh, si me encontrase en tu lugar, con qué placer pondría en la puerta a todos esos mercachifles egoístas y orgullosos, o les haría arrastrarse a mis pies, domados con el látigo de mi desdén y de mis sarcasmos!

Pero también participaba de sus contadas alegrías. Veíala reinando en la granja, rodeada de una servidumbre trabajadora y fiel, y deseaba entonces suplantarla para mostrarme aún más benévola, más caritativa que ella, que ella, alma de ángel encerrada en barro deleznable.

Veíala sentada al sol en la ventana, inclinándose hacia las ropas que cosía; veíala saboreando el descanso meridiano bajo los tilos del jardín; veíala esperando a que él entrase, siguiendo con los ojos arrobados los copos de nieve que henchían la atmósfera.

Vivía así como con ellos, en tanto que se sucedían los días sin placeres ni dolores íntimos, cual los anillos de bronce de una cadena sin fin.

Al transcurrir el tercer año me confesó Marta que iba a realizarse el voto más ardiente de Roberto, que Dios había escuchado la súplica elevada tantas veces en el silencio de la noche; se sentía madre. Pero al mismo tiempo le asaltaba el temor de que su débil cuerpo no pudiese soportar la dura prueba que le esperaba. Yo compartía su esperanza y sus temores; quizás llegué a inquietarme más que ella, porque el tiempo y la distancia agrandaban los cuadros que en mi imaginación se conservaban.

Más de una vez me despertaba a medianoche con los ojos humedecidos, por haberla visto en sueños muerta. Un recuerdo de los primeros años de mi juventud atormentábame a menudo: el del día en que la encontré tendida en el sofá, pálida, rígida, semejante a un cadáver. A medida que se acercaba el instante crítico, me consumía la inquietud. Comenzó a resentirse mi salud, y las personas extrañas entre las que vivía — no pronunciaré sus nombres porque no merecen figurar en este relato — no existían para mí sino a modo de fantasmas.

Las últimas cartas de mi hermana denotaban orgullo, alegría, esperanza. Sus temores parecían desvanecerse; gozaba de antemano las delicias que promete la maternidad.

Luego siguieron tres días en que no recibí noticia alguna: tres días de fiebre y de tormento; por último llegó el telegrama de mi cuñado:

"Marta dió a luz un niño con toda felicidad. Quiero verte. Ven pronto".

Corrí con el telegrama a casa de mi dueña, y le pedí permiso para ausentarme el tiempo necesario. Me lo negó. En un acceso de cólera le arrojé el empleo a la cara, exigiendo la libertad inmediatamente. Buscó excusas; que no se podía prescindir de mí en aquel momento, que al menos tendría que arreglar

las cuentas y dejar en manos de la persona que me sucediese la dirección de la casa. En resumen: me detuvieron dos días enteros con los pretextos más fútiles. Era cosa de pensar que se trataba de dar una lección a una criada altiva, para que reconociese toda

Luego una noche en ferrocarril, una noche de la ignominia de su estado.

sombrío atolondramiento entre los ruidos ensordecedores del vagón; una mañana temblando de frío, entre baúles y sombrereras, en una desierta sala de espera, cuyo olor a cerveza me causaba náuseas; otras seis horas achicharrada sobre los cojines de una diligencia y oprimida entre un viajante de comercio y un judío polaco, y por último surgieron ante mis miradas, en medio de los resplandores de un crepúsculo otoñal, las torres de la ciudad donde los seres más queridos, los únicos queridos en el mundo, anidaban pacíficamente.

XIII

Iba a ponerse el sol cuando bajé del coche. Entre las ruedas se arremolinaban las hojas.

Me latía con violencia el corazón; registraba con los ojos en derredor mío; creía ver avanzar a mi encuentro la silueta gigantesca de Roberto; pero no había allí más que algunos curiosos que me miraban asombrados. Pregunté el camino al cochero, y valiéndome de las descripciones de Marta me puse en marcha.

En las puertas de las tiendas, corrillos de gentes cuchicheaban; al acercarme me contemplaban como a un animal raro, y luego al pasar oía un susurro de palabras y de risas contenidas; temblé al hacerme cargo de la malévola curiosidad del pueblo.

Me sentí aliviada cuando divisé las torrecillas de la puerta, que ya me era familiar. Mi hermana la llamaba en sus cartas *puerta del infierno*, porque tenía

que pasar por ella cuando iba al pueblo, invitada por su suegra.

Ya no me separaban de ella más que algunos pasos. Los muros blancos de la casa, bañados por los rayos del sol poniente con una luz color de púrpura, se destacaban sobre una arboleda de espeso follaje. Resplandecían los tejados cubiertos de cinc. Las ventanas parecían despedir llamas, y por encima de las techumbres se condensaba una inmensa nube como un palio mágico formado por un torbellino de negro humo.

Llevé las manos al corazón; pensé que sus latidos iban a romperme la caja del pecho. Por un segundo me asaltó la peregrina idea de retroceder, de huír hasta hallarme escudada por la distancia.

Ante la misteriosa angustia que me apretaba la garganta hasta ahogarme, desaparecían mis inquietudes respecto a Marta. Me acusé de insensata y de cobarde, y reuniendo fuerzas, seguí el camino, en el que las ruedas de los carruajes habían trazado profundos surcos.

El viento que sacudía las cimas de los álamos hacía un murmullo sordo, que me acompañó a la puerta de la granja. En el preciso instante de franquearla, el último rayo de sol desaparecía por detrás de las paredes del castillo, y la sombra de los tilos enormes que desde el parque se inclinaban hacia el camino me envolvió tan bruscamente, que creí llegada la noche.

De entre una maraña de raíces y espinas veíanse salir de aquí y allá antiguos muros arruinados, cubiertos de celidonias medio marchitas: eran los restos del antiguo castillo, sobre cuyos escombros se levantó la granja de labor. De todo ello se exhalaba un hálito de putrefacción y de muerte.

Lancé una mirada temerosa hacia el amplio patio, que empezaba a cubrirse con el velo azulado del crepúsculo. Temblaba al menor ruido; me figuraba oír la voz pujante de Roberto dándome la bienvenida.

El patio estaba desierto; era la hora del descanso y reinaba un silencio profundo. Sólo se oía el rechinamiento especial que produce una hoz al tiempo de ser afilada. Un olor de heno recién segado saturaba la atmósfera con el perfume dulce y acre a la vez que le es característico.

Llena de timidez, cual si fuese una intrusa, me deslicé lentamente a lo largo de la empalizada del jardín hasta la casa, que, con sus montantes de granito y sus torrecillas, ennegrecidas por los años, parecían lanzarme una mirada amenazadora y sombría. En los sitios donde se había caído la capa de yeso, veíanse las piedras negruzcas de las paredes. Parecía que el tiempo, a semejanzas de enfermedad interminable, había cubierto de llagas aquel cuerpo.

La puerta de entrada estaba abierta.

Penetré en el obscuro vestíbulo, del cual se desprendía cierto olor de cal y de humedad mohosa.

Iluminábase la sala por unas claraboyas de vidrios multicolores y cubiertos de telarañas. La pálida claridad era apenas suficiente para que se pudiesen divisar los grandes armarios alineados a lo largo de las paredes. Una raya de luz más intensa caía sobre una ancha escalera, cuyas gradas, desgastadas por el uso, sostenían en pilastras de piedra. Altas y arqueadas puertas de nogal conducían a los diferentes cuartos, pero yo no me atrevía a aproximarme a ninguna de ellas. Me parecían las de una cárcel. Seguía allí, oprimido el corazón, buscando un camino, cuando la puerta de entrada se abrió bruscamente, y dos perrazos amarillentos se precipitaron sobre mí.

Lancé un grito. Los monstruos saltaron en dirección mía, me olfatearon los vestidos y salieron de nuevo, aullando con furia.

—¿Quién anda ahí? — exclamó una voz, cuyo timbre poderoso y grave había creído oír a menudo en mis sueños.

Una sombra apareció en el umbral: era él.

Nubes rojas ofuscaban mis ojos. Me parecía que

mis pies echaban raíces en el suelo. Respiraba con trabajo y me apoyé en un pilar de la escalera.

—¿Quién anda ahí? ¡Qué demonio! — exclamó de nuevo, tratando vanamente de ver a través de la obscuridad.

Recobré toda mi arrogancia. Altiva y serena estuve cuando en otro tiempo me despedí de él, y serena y altiva quería estar al presentarme entonces. ¿Qué necesidad tenía de saber lo que había yo sufrido?

—Olga... ¿verdad?... Olga... ¿eres tú?

La alegría reprimida que delataba su voz transmitió a mis venas una cálida sensación de bienestar. Creí por un momento que iba a arrojarme en sus brazos para llorar sobre sus hombros y desahogarme el corazón; pero conservé mi actitud reservada.

—¿No me esperabais? — pregunté tendiendo la mano maquinalmente.

—Sí... claro está que sí; hace dos días que te estamos esperando... es decir... empezábamos a creer que...

Me había aprisionado la mano entre las suyas, y trataba de verme la cara. En su actitud notábase una mezcla particular de cordialidad y de turbación. Diríase que trataba en vano de encontrar nuevamente en mí a su antigua amiga, a su antigua confidente.

—¿Cómo está Marta? — pregunté.

—Ya lo verás — contestó—; yo no entiendo una palabra. ¡Me parece tan débil, tan frágil! Digo que será milagro si sale bien. El médico asegura que saldrá, y él debe de saberlo.

—¿Y el niño? — pregunté en seguida.

—El niño... ¿Eh?... el niño...

Y en lugar de concluir la frase, dió un puntapié a los perros, que de un brinco salieron de la casa.

—Ven sin tardanza — exclamó—, voy a guiarte.

Subimos silenciosamente la escalera sin mirarnos. "Eres ahora una extraña para él", pensé.

Y sentí una congoja, cual si acabase de perder una felicidad acariciada desde hace largo tiempo.

—Espera un poco — dijo señalando a una de las puertas más próximas—; voy a decirle dos palabras para prepararla: de otro modo la alegría pudiera hacerle daño.

Un segundo después me encontré sola en un corredor obscuro de elevada bóveda; en un extremo brillaban, en llamarada de un rojo sombrío, las últimas claridades del día agonizante, que proyectaban sobre el pulido pavimento una ancha faja de luz.

Una ligera exclamación de júbilo llegó hasta mí, a través de la puerta, y me hizo estremecer. Una ola de sangre me invadió el corazón: pensé que iba a ahogarme: luego se abrió la puerta; la mano de Roberto me tomó en la obscuridad; me dejé arrastrar sin tener conciencia de lo que hacía, y no salí de mi estupor hasta el instante en que caí sollozando de rodillas, cerca de la cama, sumergiendo el rostro en las almohadas, al mismo tiempo que una mano húmeda y ardorosa me acariciaba la cabeza.

Una sensación desconocida desde hacía años, una dulce sensación de calor, como la que se siente en el hogar paterno, invadía mi cuerpo, embriagándome los sentidos. No me atrevía a levantar la vista, temerosa de que se disipara.

La mano seguía descansando en mi cabeza, como una bendición del cielo. Me inundó el corazón una gratitud infinita. Me apoderé de aquella mano, que temblaba en la mía, y tiernamente posé los labios sobre ella durante largo tiempo.

—¿Qué haces ahí, hermanita?... ¿Qué haces ahí? — me preguntó su voz fatigada y velada ligeramente.

Me levanté. Allí estaba ella, frente a mí, con las mejillas pálidas como la cera, y los ojos, en los que brillaban algunas lágrimas, profundamente hundidos en las órbitas. Tan blanca y delicada como un copo de nieve, le surcaban el cuello adelgazado, venas azules e hinchadas. En la frente, de una blancura tan

transparente que una luz interior parecía iluminarla, brillábanle las gotas de sudor.

Había envejecido y adelgazado mucho desde que yo no la veía.

Pero conservaba su apacible sonrisa de otro tiempo, aquella sonrisa bienhechora que consolaba a todo el mundo, aunque ella al sonreír padeciese y se encontrase abrumada de sufrimiento.

—Ahora ya no volverás a marcharte — dijo levantando la vista hacia mí, como si no pudiera saciarse de mirarme—; te quedarás con nosotros para siempre; prométemelo, prométemelo ahora mismo.

Guardé silencio, rendida ya de pelear y padecer. La dicha caía sobre mí, abrasadora como el fuego celeste.

—¡Insiste tú también, Roberto! — continuó mi hermana.

Me estremecí. Le había olvidado por completo, y su presencia me hacía el efecto de un reproche.

—Déjame tiempo para pensarlo, déjame hasta mañana — dije levantándome.

Sentía dentro de mí un presentimiento vago de que mi estancia en la casa no sería de larga duración. ¡Era demasiada felicidad para mí sola, pobre y desgraciada, a quien un destino inexorable condenaba a vivir en casa de extraños.

—Entonces, hasta mañana — dijo en voz baja, estrechándome la mano—; mañana verás cuán necesaria nos eres, y comprenderás que sería preciso que estuviésemos locos para dejarte marchar otra vez: ¿no es verdad, Roberto?

—Ciertamente, claro que sí — dijo éste, lanzando una carcajada que me pareció singularmente inquieta.

Era evidente que no se hallaba a gusto en presencia de las dos: no pasó mucho tiempo sin que, poniéndose la gorra, hiciese ademán de marcharse en silencio.

Enséñale nuestro hijo — murmuró Marta, dejan-

do que vagase por su rostro enflaquecido una sonrisa de felicidad indecible.

—Ven, duerme en el cuarto de al lado.

Me precedió. Deslizó no sin trabajo su cuerpo pesado y recto por la puerta entreabierta.

Allí estaba la cuna en la luz rosada de la moribunda tarde. En medio de las almohadas aparecía una cabecita roja, apenas mayor que una manzana, con los dedos crispados como por una convulsión.

Dejé de mirar al niño para contemplar a hurtadillas al padre. Con las manos enlazadas contemplaba a la criatura con atención religiosa. Jugaba en sus labios una sonrisa incierta, expresando tanta preocupación como alegría.

Sólo entonces pude observarle a mis anchas. La claridad purpúrea del crepúsculo daba directamente en su semblante y hacía resaltar con precisión los pliegues y arrugas que en él habían ido sembrando los tres últimos años. Sombríos cuidados parecían agobiarle la frente; sus ojos habían perdido su brillo; se agitaban sus labios con movimiento nervioso, en que creí leer al mismo tiempo una sumisión desesperada y una impotente protesta.

Me sentí dominada por piedad infinita. Sentí un vehemente deseo de cogerle las manos y decirle: "Ten confianza en mí, soy fuerte; deja que recoja mi parte en tus penas".

Cuando Roberto alzó la vista, temí que hubiera reparado en mis miradas; me arrodillé rápidamente junto a la cuna y apoyé los labios en el rostro del niño, que temblaba al tocarle yo, cual si sintiese algún dolor.

Al levantarme vi que Roberto no estaba ya en el cuarto.

Marta me esperaba con los ojos brillantes de impaciencia y de inquietud. Quería saber qué me parecía su nene.

—¿Verdad que es hermoso? — balbuceó, tendiéndome sus débiles brazos.

Y cuando su corazón de madre estuvo satisfecho, hizo que me sentase a su lado en las almohadas, y reclinó la cabeza en mi hombro.

¡Oh, qué frescura! — murmuró.

Luego cerró los ojos. Respiraba tranquila y pausadamente; parecía dormir.

Enjugué con el pañuelo el sudor que le cubría la frente.

Me dió las gracias con la cabeza, y dijo:

—Aún me encuentro algo débil; tengo los miembros como rotos; pero espero que mañana podré levantarme y ocuparme de la casa.

—¡Vaya una ocurrencia, mujer! — exclamé aterrorizada.

—Es preciso, es preciso. No tengo derecho a descansar.

—¿Y por qué no tienes derecho a descansar?

No respondió, y rompió a llorar amargamente. La calmé, suplicándole me confiara sus penas.

—¿No eres feliz? ¿No es bueno contigo?

—Es muy bueno, bueno como un ángel, y sin embargo, no soy dichosa; mi vida es triste, tan triste, que no puedo ni explicarlo.

—¿Y por qué, Dios mío?

—¡Tengo miedo!

—¿De qué?

—De hacerlo desgraciado, de no ser la mujer que le convenía.

Sentí un frío glacial en todo el cuerpo, como si emanara del suyo.

—¿Ves? tú también comprendes que tengo razón — murmuró levantando hacia mí una mirada inquieta.

—Estás loca — dije tratando de sonreír.

Continuaba presa de un helado escalofrío. Un vago sentimiento me indicaba que tal vez no se equivocase mi hermano. Mas, de pronto, la cuestión era consolarla, ahuyentar sus aprensiones.

—¿Por qué te atormentas como una tonta? ¿No

demuestra su conducta a todas horas que no tienes razón?

—Sé lo que me digo — replicó dulcemente, con esa resignación altanera que es la defensa de los débiles—, y esta convicción ya es antigua. Tenía este presentimiento antes de que fuésemos novios, y sabía muy bien lo que hacía cuando me negué a ser su esposa; ¡el amor, sólo el amor me guiaba!

—¡Marta! ¡Marta! — exclamé en tono de censura—. ¡Todo te lo dije entonces; pero tú no querías creerme; querías hacerme mi felicidad a la fuerza; y más tarde, ¿para qué iba a hablarte? Por carta, las cosas adquieren significación distinta de la que se les quiere dar; pensarías leer en ella quejas de Roberto, quizás de ti, y yo no podía dar motivo a esa mala inteligencia... Mi desgracia data del día en que llegamos aquí. Cuando vi que reñía con su madre, oí una voz que gritaba a lo lejos: "¡Es culpa tuya!". Cuando le he visto de día en día ponerse más triste y más sombrío, seguí repitiendo en el fondo del alma: "¡Es culpa tuya!".

"Durante la noche me quedaba despierta a su lado, atormentada por un pensamiento:

"¿Por qué eres tan triste y melancólica? ¿Por qué no sabes más que echarte en sus brazos llorando y sufrir doblemente cuando le ves sufrir? ¿Por qué no has aprendido a colgarte cantando de su cuello, cuando vuelva del trabajo, y a borrar con su beso las arrugas de su frente? Más aún. ¿Por qué careces de fuerza y de orgullo? ¿Por qué no puedes decirle: "Refúgiate a mi lado cuando te tiemble el corazón; en mí hallarás energía; yo velaré por ti; te guiaré en tu camino?"... Eso es lo que tú hubieras hecho, hermana mía. ¡No, no me contradigas; muy a menudo he imaginado la actitud que hubieses adoptado con tu estatura majestuosa; le abrirías los brazos para que en ellos pudiera refugiarse, como en puerto donde las tempestades no se atreven a penetrar!... Pero mírame. — Y al decir esto, señalaba compasivamente el

cuerpo delicado y débil, cuyos fláccidos contornos se dibujaban bajo el vestido—. Si fuese yo quien pronunciara esas palabras, ¿no serían ridículas? Yo, que casi me pierdo en sus brazos, que soy tan pequeña, tan débil, que no vivo sino para que se me proteja... ¿cómo voy a proteger a los otros? Mira; he pensado mucho en todo eso durante noches interminables, entre tinieblas, y cada vez me he desalentado más. Al llegar la mañana me he esforzado por reír; he querido fingir indiferencia y alegría de corazón, pensando que ése era el papel que más me convenía y el que más le agradaría; pero canciones y risas se me han ahogado en la garganta, y él ha debido de notarlo, porque sonreía compasivamente y yo me avergonzaba".

Se detuvo extenuada, y ocultando el rostro entre mis faldas, continuó:

—Y como el éxito no coronaba el sistema, traté cuando menos de indemnizarle por otros medios. Sabes demasiado que nunca me ha arredrado la perspectiva del trabajo, pero jamás, hasta estos últimos tres años, había trabajado tan penosamente. Y cuando, ya sin fuerzas, las rodillas se me doblaban al andar, proseguía andando sostenida por un pensamiento: "Muestra al menos que eres útil para algo; obra de modo que nunca sepa cuán poca cosa posee en realidad al poseerte...". ¡Y de qué ha servido! Mis esfuerzos son inútiles. Todo se paraliza cuando una está acostada. Tiemblo sin cesar cuando pienso que llegará un día en que parezca insuficiente mi trabajo

Así se quejaba la infeliz, y a mí misma se me despedazaba el corazón en presencia de un dolor tan intenso.

—Escucha, tengo que dirigirte una súplica — dijo para terminar, cogiéndome las manos—, sondea un poco a Roberto, trata de saber si está contento de mí, y luego me lo dirás.

La atraje hacia mí, le prodigué mil palabras tiernas, y con esas caricias traté de aplacar el temor y la inquietud de su espíritu. Marta bebía amorosamen-

te mis palabras; su rostro febril hallábase suspendido de mis labios y de cuando en cuando se escapaba de su pecho un débil suspiro.

—¡Oh!... ¿Por qué no te has quedado conmigo? — exclamó acariciándome.

En aquel instante otro pensamiento pareció abatirla nuevamente. Seguí insistiendo en mis consuelos, pero Marta no se decidía a hablar; por último, dijo:

—¡Lo harás mejor que yo mil veces; tú le harás ver lo que hubiera podido poseer... y lo que posee! El verá cuán poca cosa soy a tu lado.

Me acometió una sensación de espanto; luego comprendí...

Había yo soñado crearme un hogar; el ensueño se disipaba. ¿Cómo iba a permanecer en una casa donde mi propia hermana se consumía de dolor y de celos?

Marta comprendió que me había lastimado, y echándome al cuello sus enflaquecidos brazos, dijo:

—Comprende bien, Olga; no son celos lo que yo siento; soy tan poco celosa, que mi deseo más ferviente es que después de mi muerte os entendáis.

—¡Después de tu muerte! — exclamé horrorizada—. Marta ¡no digas eso! ¡Es un crimen!

Se sonrió con tristeza y resignación.

—Lo sé mejor que tú Mis fuerzas se han quebrantado desde hace largo tiempo. Por eso pienso que esto se acabará pronto; por eso deseaba verte con tantas ansias; antes de partir quería arreglar el asunto entre los dos. Pero suceda lo que suceda, será preciso, más tarde o más temprano, que pase por ese trance, y quiero primeramente estar segura de que dejo a Roberto y al niño en buenas manos.

Nuevamente me estremecí, y sentí de pronto que me invadía un gran cansancio. En aquel momento oyéronse en el cuarto inmediato los gritos del pequeño, que, habiéndose despertado, reclamaba la nodri-

za. Respiré profundamente y reflexioné acerca de mí misma y mis futuros deberes.

—¿Oyes, Marta? Te desesperas cuando el cielo te ha concedido la mayor dicha a que puede aspirar una mujer. Renacerás para tu hijo; tu vida sacará de su juventud un vigor nuevo.

Pasó por sus ojos una llamarada; dejó caer dulcemente y cerró los párpados, sonriendo. Tan sólo el sentimiento de la maternidad podía dar alas a su esperanza.

Abrió otra vez los labios y murmuró algunas sílabas. Inclinándome hacia ella, pregunté:

—¿Qué tienes, Marta?

—Quisiera ser de alguna utilidad en este mundo — dijo suspirando

Y con tal pensamiento, se quedó dormida.

XIV

Era de noche cuando Roberto penetró en el cuarto silenciosamente. Yo me sobresalté. Sentí al punto que su presencia me turbaba y que me era preciso huír al fin del mundo. Me ardían las mejillas, y recelé que su color rojo delatase mi emoción a pesar de la obscuridad.

Se aproximó a la cama, escuchó un segundo la apacible respiración de Marta, y me dijo con voz sorda:

—Ven, Olga; debes estar fatigada; toma alguna cosa y márchate a descansar.

Quise resistirme, porque me daba miedo el pensamiento de hallarme sola con él; mas, para no despertar a mi hermana, le seguí en silencio.

El comedor era una habitación espaciosa, blanqueada con cal, guarnecida con antiguos muebles, que se alineaban a lo largo de las paredes como una fila de gigantes agazapados. Bajo la lámpara suspendida, veíase una mesa redonda servida para dos cubiertos.

—Yo he comido con los criados de la granja —

dijo Roberto, volviéndose hacia mí—, porque he querido evitarte la impresión desagradable de las caras nuevas.

Al expresarse así, se dejó caer pesadamente sobre una silla, apoyó la barba en una mano y fijó en el salero la vista.

Moví negativamente la cabeza No hubiese podido probar bocado, aunque el hambre me desgarrase las entrañas.

Reinó nuevo silencio.

—¿Qué tal la encuentras? — preguntó al fin.

—No sé — respondí, haciendo un supremo esfuerzo para que las palabras salieran de mi boca—; no sé si debo sentir inquietud o alegría.

—¿Por qué inquietud? — preguntó sobresaltado.

Y vi que pasaba por sus ojos un destello de angustia.

—Se atormenta ella misma.

Me lanzó una rápida mirada de inteligencia, que decía: "¿También tú lo sabes?" La alborotada cabellera le caía sobre la frente; en los extremos de los labios, las arrugas, trazadas por las penas, se le acentuaron más.

Sentí miedo de mí misma. ¿No parecía una acusación a Marta lo que acababa de decir? ¿No semejaba una invitación a que la acusara?

—Te quiere demasiado — continué, apretando los dientes.

Sabía que iba a lastimarle, y eso quería.

Se sobresaltó, y mirándome un instante con sincera extrañeza, inclinó la cabeza, diciendo:

—Te sobra razón; ¡me quiere demasiado!

Quise pedirle perdón. No merecía que le atormentase. Era su alma tan pura y transparente como un rayo de sol. Sólo en mi corazón reinaban las tinieblas.

Creí que las lágrimas que trataba de contener iban a ahogarme.

—Buenas noches, Roberto — dije sin tenderle la mano—; estoy rendida, tengo que acostarme; déja-

me, un criado me enseñará el camino de mi cuarto. Déjame, te digo.

Pronuncié estas últimas palabras como encolerizada. Roberto se detuvo estupefacto.

XV

El fresco que reinaba en el pasillo sombrío me serenó. Estuve paseándome un momento, y fuí después a buscar una criada para que me guiase a mi cuarto.

—La señora lo ha arreglado todo ella misma y ha prohibido que nadie tocase nada; también ha dejado una carta para la señorita — me dijo.

Cuando me encontré sola, pasé revista al dormitorio. ¡Querida y excelente hermana! Había previsto hasta mis menores deseos, recordando fielmente mis hábitos más insignificantes de otro tiempo, para dar a mi cuarto una comodidad y encanto indefinibles. Nada faltaba de cuanto solía agradarme. Cubrían el lecho cortinas con flores rojas, parecidas a las que cobijaban mis primeros ensueños de niña; en el borde de la ventana veíanse los geranios que siempre he cultivado; adornaban las paredes los cuadros en que otros días fijaba la vista al tiempo de despertarme, y encontré en los estantes los libros de que extraje mis primeras nociones sobre el amor.

El drama *Ifigenia*, que en aquellos años dichosos había sido mi poema favorito, hallábase abierto sobre la mesa. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuánto tiempo desde que lo había leído por última vez! ¡Cuánto tiempo que había evitado cuidadosamente su lectura, porque la majestad serena de la santa sacerdotisa me desgarraba el alma!

Entre las hojas del libro hallábase la carta de que había hablado la sirvienta. Sentí un agradable presentimiento, el presentimiento de que iba a encontrar una nueva prueba de afecto inmerecido y rompiendo el sobre leí:

"Hermana queridísima:

"Cuando entres en este cuarto, no podré saludarte con la bienvenida. Estaré enferma, y tal vez se hayan cerrado mis labios para siempre. Aquí encontrarás cuantas cosas tenías costumbre de ver en casa. Todo estaba preparado para ti, porque hace mucho tiempo que te esperábamos. Sea el dolor o la alegría quien te acoja, descansa en paz y duerme pensando que sigues en tu casa. Trata de querer a Roberto como te quiere él. Entonces todo irá bien. Que Dios me deje entre vosotros, o si me lleva, llévame a su lado.

"Tu hermana,

Marta".

Nada de nuevo decía la carta, y sin embargo, me emocionó tan profundamente tan sencilla y conmovedora prueba de ternura, que en el primer momento no tuve más que un impulso: arrojarme a los pies del lecho de mi hermana y confesarle cuán indigna era yo del asilo que en su corazón y en su hogar me ofrecía.

Porque no dudaba, no. La fatal pasión que yo creía haber arrancado del alma con todas sus raíces, retoñaba cubierta de vegetación nueva y frondosa; las heridas, cicatrizadas en falso, volvían a abrirse al hallarme en presencia de Roberto; me parecía sentir que la sangre ardorosa se me escapaba a torrentes.

Era ya inútil disimular. Hacía largo tiempo que se había apagado la claridad incierta y encantadora que alumbraba los sentimientos nacientes; la reemplazaba la cruda luz de un conocimiento madurado por los años, la actitud fría y rígida que impone una conducta severa.

Sí; yo amaba: amaba con pasión tan dolorosa para mí, que sólo un corazón templado al fuego del odio y del sufrimiento puede amar de ese modo. Y no era cosa de hoy, ni de ayer... ¡sino de muy remota fecha!

Había crecido en ese amor; me había adherido a él con todo el ardor secreto de mi corazón; mi alma había tomado de él sus energías; era mi fuerza y mi debilidad, era mi vida y mi muerte.

¿Lo merecía Roberto? ¿Lo comprendía siquiera? ¿Y qué importaba?... Además, nunca llegaría a comprenderlo del todo. No era él, sino yo, quien tenía que conquistar el derecho de su amor. En aquel punto, sabía yo plenamente que jamás lograría desterrar esa pasión. Era cuestión de someterse a amar, como nos sometemos al destino fatal e inmutable, pero era preciso que esa pasión no fuese criminal. Debía reinar pura en el fondo de un corazón puro.

No me habían llamado a aquella casa para que llevase conmigo la desgracia.

Se me reservaba esa misión grande. Marta vería en breve que un genio bienhechor se agitaba en torno suyo. Aprendería de mí a emplear eficazmente para la salvación de su amado marido, el amor que la consumía inútilmente. Su valor a mi lado renacería; su alma recobraría nuevas fuerzas. ¡Con qué entusiasmo me prometía servirle de sostén, consolarla en las horas de dolor y de abatimiento y violentarme para reír cuando la melancolía la envolviese con su ceniciento velo! Yo sabría, usando bromas dulces e ingeniosas, disipar las nubes y devolver a la frente de Marta su antigua serenidad: obraría de modo que siempre brillase en las paredes un alegre rayo de sol.

Mi vida se deslizaría sin deseos, feliz con la felicidad de los míos, en abnegación resignada y discreta.

Ya no tenía necesidad de girar en torno de la estatua de Ifigenia, porque yo también iba a desempeñar el papel augusto y sublime de sacerdotisa.

Este piadoso pensamiento disipó la agitación de mi alma y saboreándolo me quedé dormida.

XVI

Cuando desperté aquella primera mañana, me sentí satisfecha, casi venturosa. Reinaba en mí una religiosa paz, que desconocía desde hacía muchos años. ¡En lo sucesivo no tendría que temer su presencia!

Marta dormía aún. La vi en su cuarto, por entre la puerta medio abierta; descansaba en las almohadas, con la cabeza echada atrás. La oí respirar. Tranquila respecto de su estado, me alejé para dedicarme desde aquel momento a mis funciones de ama de casa.

Así no necesitará extenuarse a fuerza de trabajo — me dije llena de alegría.

Para tomar posesión oficial del gobierno de la casa me di una vuelta, que duró más de una hora. La anciana ama de llaves demostró cierta docilidad, y los criados mostráronse respetuosos. Por otra parte, no me hubiese costado gran trabajo hacerme obedecer.

A la hora de almorzar me encontré con Roberto. Sentí, al entrar, que me palpitaba aceleradamente el corazón, pero bien pronto me tranquilicé al recordar el juramento de la víspera. Me aproximé a él, mirándole de frente, y le tendí la mano.

—¿Está aún durmiendo Marta? — pregunté.

Roberto movió la cabeza tristemente.

—He enviado a buscar al médico — dijo —. Ha pasado una mala noche; la emoción causada por tu vuelta parece haberle hecho daño.

Sus palabras me causaron una alarma indefinible, pero mi determinación heroica me fortalecía.

—¿Quieres servirte tú mismo? Iré a verla entretanto.

Cuando entré en el cuarto la encontré en la posición en que la había dejado por la mañana al acercarme al lecho; vi que tenía los ojos muy abiertos y que miraba fijamente al techo.

Tuve miedo y la llamé por su nombre; entonces

sonrió ligeramente y con gran trabajo se volvió hacia mi lado y me miró.

—¿No te sientes bien, Marta?

Me dijo que no con la cabeza, y de repente, un estremecimiento sacudió su cuerpo; oí que sus dientes castañeteaban.

—Dame una manta que abrigue — murmuró—, tengo frío.

Hice lo que me pedía y nuevamente me senté a su lado. Me cogió las manos y me las apretó, como si quisiese entrar en calor a su contacto.

—¿Has dormido bien? — me preguntó.

Respondí afirmativamente, y sentí que al mismo tiempo ardía en mí un sentimiento de vergüenza. ¿Qué valía mi proyecto de abnegación comparado con la caridad suprema y el olvido de sí misma que demostraba en las circunstancias más ínfimas como en las más decisivas y que le infundía el mismo amor sublime hacia todas las cosas? ¡Y aún quería yo envanecerme de mi determinación, egoísta de mí!

—¿Te ha gustado el arreglo del cuarto? — continuó, dejando asomar en su mirada dulce y triste un destello de malicia.

En vez de contestarle la besé humildemente en señal de gratitud.

—Sí, bésame, bésame más. ¡Es tu boca tan hermosa, tan abrasadora, que le calienta a una el alma!

Y otra vez se estremeció.

Al cabo de un instante entró Roberto.

—Prepárate, hija mía — dijo acariciando la mejilla de Marta—; ahí está el médico, nuestro tío.

Luego me hizo una seña y salí detrás de él. Al lado de la cuna del recién nacido encontré a un hombre, ya anciano, de enmarañada barba gris, y cuyos ojos vivos e inteligentes me contemplaban sonriendo a través de los brillantes cristales de sus anteojos.

—¿Conque es ella? — dijo tendiéndome la mano.

Una ola de sangre me subió al corazón; a la pri-

mera ojeada comprendí que tenía un amigo, al cual podía confiarme sin reserva.

—¡Quiera Dios que haya llegado usted en momento oportuno! — prosiguió—; en seguida vamos a saberlo. Llévame a su lado, Roberto; no será cosa de cuidado.

Quedé sola con la nodriza y el niño, que se revolvía en los pañales y agitaba sus puños diminutos.

—Conquistaré el derecho de ocuparme en tu felicidad — pensé, acariciando la cabecita redonda y reluciente de la criatura, en la que temblaban al soplo del aire algunos cabellos apenas visibles, finos como la seda.

Me había costado gran trabajo la víspera dirigir una mirada al niño; hoy el corazón se me ensanchaba al verle llenándose de infinita ternura.

Desde ayer eres mejor y más pura — pensé llena de satisfación.

La visita facultativa fué larga, de una duración alarmante. Por fin se abrió la puerta del cuarto vecino. El médico salió solo. Estaba irritado, furioso; le temblaban las mandíbulas cual si con ellas pretendiese triturar algo.

—He enviado a Roberto a un recado: tengo que hablar con usted sola — me dijo.

Me cogió de la mano y me llevó al comedor, donde humeaba todavía la cafetera.

—Siento gran respeto hacia usted, señorita — comenzó, enjugándose el sudor de la frente—; según mis noticias, es usted una muchacha valerosa, capaz de recibir impasible un golpe inesperado.

—¡Nada de preámbulos, doctor! — dije sintiéndome palidecer.

—¡Bien! Los preámbulos no son mi especialidad. Su hermana...

Y sin embargo, se detuvo.

—¡Mi hermana... está... en peligro de muerte... doctor!

Deseaba yo en aquel instante aparentar valor, pe-

ro se me doblaban las rodillas; tuve que agarrarme al borde de la mesa para no caerme.

—Vamos, ánimo, ánimo — murmuró poniéndome una mano en el hombro—. La fiebre, huésped terrible, ha entrado en ese cuarto, y no es fácil echarla de él.

Apreté los dientes. Era preciso impedir que me viese temblando. Había oído hablar a menudo de la fiebre puerperal, pero no podía formarme idea de los estragos que causa.

—¿Lo sabe Roberto? — fué el primer pensamiento que hubo de ocurrírseme.

Se encogió de hombros, rascándose la cabeza.

—Temí que perdiese el conocimiento, y no le he dicho más que la mitad.

—¿Y cuál es la verdad entera?

Y levantándome le miré a los ojos.

El doctor guardó silencio.

—¿Se morirá?

Cuando vió que yo vislumbraba a pie firme la más terrible contingencia, respiró libremente. Pero no pude oír su respuesta, porque en el mismo momento en que pronuncié tan terribles palabras, vi desarrollarse con relieve cruel la escena de mi infancia, en la que Marta se me apareció, tendida en el sofá, como un cadáver.

Creí sentir que la mano de una muerta me hincaba las uñas en el pecho; relámpagos sangrientos me cegaron los ojos; lancé un grito... y pensé oír una voz que me decía: "¡Vuela a socorrerla, vuela a socorrerla; sálvala; que tu propia vida conserve la suya!" Bruscamente me levanté, recobrando fuerzas.

—Doctor — dije—; si Marta muere, yo habré perdido cuanto poseía en el mundo; se habrá acabado mi existencia. Por lo tanto, no me oculte nada.

—Querida niña — repuso cogiéndome las manos—, por muy desesperada que la situación sea, aún puede producirse una reacción, y ahora más que nunca, puesto que la enfermedad está en su primera fase. Quizás lle-

guemos a ahogar la enfermedad en su germen, y entonces Marta se habrá salvado.

—¿Y qué puedo hacer para conseguirlo? — exclamé tendiéndole las manos—. ¡Exija lo que quiera! Aunque diera mi propia vida para salvar la suya, no saldaría mi débito.

Me miró con notoria extrañeza.

¿Acaso me había comprendido?

XVII

Y ahora llego a la parte más difícil de mi relato. Hace ocho días que estoy dando vueltas a estas páginas sin atreverme a coger la pluma. Un estremecimiento de espanto se apodera de mí al pensar en lo que me espera.

¡Y sin embargo, no me hace daño recordar una vez más aquellos tres días y tres noches terribles, ahora que un sentimiento más tierno y una melancolía más dulce parecen penetrar en mi corazón! ¡Atrás, atrás los pensamientos halagadores que me hablan de paz y de felicidad! Estoy destinada a vivir sola y a renunciar a las alegrías de este mundo, y si una vez lo olvido, la historia de aquellos tres días se encargará de recordármelo...

Al acercar la silla al lecho de mi hermana para comenzar a ejercer mis funciones de enfermera, la encontré dormida, pero no con el sueño que fortifica y prepara la convalecencia, sino con un sueño pesado que cierra a viva fuerza los párpados. Cuando se levantaba o bajaba el pecho, podía decirse que obedecía a una fuerza extraña que alternativamente lo alzaba y deprimía. Su rostro pálido, color de cera, surcado por venas azules, estaba medio oculto en las almohadas. Escondí la cara entre las manos; no podía soportar tal espectáculo.

Deslizábanse lentamente las horas.

Dormía Marta, dormía sin pensar en despertarse.

De cuando en cuando, llegaban hasta mí los pasos

amortiguados de las criadas en el pasillo: la casa toda estaba sumida en un gran silencio. Roberto había desaparecido.

A mediodía no pude menos de preguntar por él. Habíanle visto por la mañana partir a campo traviesa, acompañado por los perros. Así vagaba hacía tiempo bajo la lluvia.

Sonaron las tres en el reloj; entró entonces chorreando agua, con los ojos tristes y los cabellos pegados a la frente.

Debía sufrir de una manera horrible.

Quise acercarme a él, quise dirigirle una palabra de consuelo. En cambio su mirada feroz y sombría parecía decirme claramente:

—¿Qué pretendes? Déjame solo con mi dolor.

Se agarró a uno de los postes de la cama; allí estuvo con la mirada fija en la enferma, mordiéndose los labios. Luego salió sin decir nada, como había venido.

Transcurrieron dos horas más de espera y de silencio. Los vapores del fenol que se desprendían del plato colocado frente a mí, comenzaban a darme dolor de cabeza. Apoyé la frente contra los cristales para refrescarla, siguiendo maquinalmente el movimiento de las hojas secas, que el viento levantaba y hacía girar frente a la ventana.

Comenzaba a obscurecer, cuando de pronto oí en el pasillo una voz de mujer que se lamentaba, lanzando gritos tan descompasados, que la enferma amodorrada se estremeció dolorosamente.

Me sentí arrebatada por la cólera. Quise correr para expulsar a quien alborotaba, pero al abrir la puerta me la encontré de frente.

Reconocí a la primera ojeada aquel rostro colorado y regordete y aquellos ojuelos malignos. ¿Quién podía ser más que *ella?* ¡la mejor de las tías y de las madres!

"Al fin — exclamé para mis adentros—, te voy a ver a mi gusto".

—¿Eres Olga? — gritó con voz estridente y lloro-

sa—. ¡Buenos días! ¡Ay, qué desgracia! ¡Estoy consternada!

—Le ruego, querida tía — contesté cruzándome de brazos—, que vaya a gritar a otra parte; aquí, junto al lecho de la enferma, modere usted la voz.

Se quedó perpleja. La mirada envenenada que me lanzó, no la olvidaré en toda mi vida.

Pero ahora ya sabía con quién tenía que habérselas.

No tardó en recoger el guante.

—Está bien, querida niña — dijo, y su voz tomó de pronto un sonido metálico, de clarín guerrero—; está bien que cuides de la pobre enferma, pero puedes marcharte; tu presencia es ya inútil; soy yo quien se quedará en ese cuarto.

"Espera un poco, que yo te daré tu merecido", me dije por lo bajo.

E irguiéndome respondí sonriendo fríamente:

—Se engaña usted, querida tía; se han prohibido formalmente las visitas al cuarto de mi hermana. Le ruego, por lo tanto, que se vaya a otra habitación.

Se le puso la cara de color terroso; se le crisparon los dedos; creo que hubiese sido capaz de estrangularme entonces; pero tuvo por conveniente quitarse de en medio, y el tío, que la acompañaba, salió con ella.

Como recompensa de la victoria, lancé una carcajada.

"Pero, ¿qué venías a buscar, alta estúpida, al templo del dolor? ¡Atrás!"

XVIII

Llegó la noche. Una cinta roja, último vestigio del sol poniente, se extendía sobre la ciudad, cuyas torres puntiagudas se destacaban negras en el cielo. Durante largo tiempo seguí con los ojos las llamaradas, que la obscuridad acabó por devorar.

Sonaron en el péndulo las nueve, y entró el anciano médico. Permaneció largo tiempo sentado silenciosamente en mi silla, me acarició la mano y dijo:

—Continúe con el fenol toda la noche.

No respondió a la pregunta que leía en mis inquietas miradas más que con enigmático encogimiento de hombros.

No sé de dónde, de dos o tres habitaciones más lejos, partió la voz de Roberto discutiendo con el médico, prueba de que tampoco él se alejaba del lecho de la enferma. "Mas, ¿por qué se conforma con quedarse fuera? — me pregunté—. No parece sino que le está prohibida la entrada"

Sonaron las diez: todo estaba solitario en los alrededores; la casa parecía entregarse al reposo. El viento sacudía las rejas del jardín, haciendo el ruido de un huésped que llega tarde y que desea entrar. ¿Vagará ya la muerte alrededor de la casa? ¿Estará ya contando los granos en el reloj de arena?

El furor de la desesperación se apoderó de mí.

Sin saber lo que hacía, me lancé sobre la puerta, como para impedir el acceso de un enemigo amenazador.

¡Desgraciada de mí, que no sospechaba que otro demonio me espiaba!

Minutos más tarde, entró Roberto. Ni una palabra, ni un saludo; nada más que la mirada feroz y rápida que ya otra vez me había golpeado como un martillazo.

Con el paso pesado que le era propio, se acercó al lecho, tomó la mano de Marta, ardorosa y enflaquecida, cuyas uñas azuleaban enfermizamente, y la miró sin pestañear. Luego se sentó en el rincón más sombrío, detrás de la estufa, y allí permaneció agazapado durante dos largas horas.

Yo esperaba, con el corazón oprimido, a que me dirigiera la palabra, pero continuó guardando silencio.

Poco después se fué del cuarto.

Largo tiempo le oí pasearse en el pasillo, y el ruido sordo de sus pisadas me trajo a la memoria el recuerdo de otra noche, en la que, no menos temblorosa, había escuchado el mismo ruido a la vez con inquietud y con esperanza.

Todo un mundo nos separaba de aquel tiempo.

Se atenuó el eco de los pasos. Había entrado en el cuarto.

"¿Volverá? — me pregunté aplicando el oído al agujero de la cerradura—. ¿Podrá dormir?"

Y me estremecí de alegría al oír nuevamente acercarse el ruido.

Pero un pensamiento cruzó por mi espíritu:

"¿Qué te importa que vuelva o que no vuelva? ¿Acaso estás por él en este sitio? ¿No tienes al lado todo lo que amas, tu felicidad, tu vida?"

Caí de rodillas delante de la cama, y cubriendo de besos las manos de Marta, le supliqué que me compadeciese — quería hablarle—. Esto me ocurrió entonces; quería soltar un peso que me aplastaba el pecho, que me asfixiaba; iba a ahogarme.

No se despertó. Recogida en su dolor, yacía allí, triste montón de huesos; en sus pómulos se encendían súbitas llamaradas. Silbaba al respirar. Por un instante agitó los labios; se creería que iba a hablar, pero las palabras se perdían en la garganta con sordo murmullo.

¡Qué terrible silencio reinaba a nuestro alrededor! Oíase el tic-tac del reloj de la pared en que se abría la ventana; nos venía de fuera la queja leve del viento, y en el interior del dormitorio retumbaba el ruido sordo de los pasos de Roberto. En el resto de la casa reinaba el mayor silencio.

Y de pronto me pareció oír los hervores y latidos de la sangre dentro de mi propio cuerpo. Presté oído. Efectivamente, era mi sangre que galopaba con ímpetu en mis venas.

¿Por qué no circula apaciblemente como de costumbre? ¿No he extirpado del corazón con todas sus raíces el pensamiento de un crimen? ¿No le he purificado con el fuego del dolor? ¿No me encuentro aquí para desempeñar el papel de sacerdotisa, de sacerdotisa inaccesible a los deseos, pura y bienhechora?

¡Y seguía escuchando!

"Son alucinaciones", me decía.

Pero, sin embargo, tenía miedo de todo ese movimiento y estrépito, que parecía aumentar a cada instante. Veía que un torrente me arrastraba... un torrente de sangre. Surgía una roca de puntas escarpadas. Sobre esa roca, y escrita con letras de fuego, leíase la palabra "Muerte".

El ruido de los pasos se hizo más distinto. De un brinco me levanté. *El* entró, se sentó en el borde de la cama, limpió con la mano el sudor que cubría la frente de Marta y acarició sus cabellos con los dedos. Le observaba a hurtadillas. Apenas me atrevía a respirar. Sus ojos brillaban en el fondo de las órbitas. Los apretados labios delataban irritación y amargura. Allí estaba petrificado por un dolor mudo. El deseo de acercarme a él me sacudió el cuerpo, como un temblor de fiebre. Pero cuando quise levantarme sentí que dos manos de hierro me apretaban los hombros, haciéndome caer otra vez en el asiento.

Al fin pronuncié su nombre.

Se volvió y me miró de frente.

—Roberto — dije—, ¿por qué no me hablas? Te aliviaría compartir con otra persona el dolor que te oprime.

Se levantó bruscamente, se aproximó y me cogió entrambas manos. Aquel contacto me pareció que me quemaba el cuerpo, para helármelo en seguida. Hice un esfuerzo para dominarme y le miré fijamente a los ojos.

Es la primera palabra consoladora que me concedes, Olga.

—¿Qué quieres decir, Roberto? ¿He sido descortés para contigo?

—¡Si no fuese más que descortés! Pero me has tratado como a un extraño, como a un intruso; me has separado del lecho de mi mujer.

—¡Dios me libre de ello! — exclamé desasiéndome, porque sentía que iba a caer en sus brazos.

Y continuó:

—Olga, si alguna vez te he hecho daño, no ha sido culpa mía: jamás he abrigado para contigo más que

buenas intenciones. Mi mayor deseo sería que estuvieses aquí siempre, como en tu casa, que no tuvieses necesidad de ir a vivir entre extraños... y entonces, bajo la mirada de Marta, a quien tanto amamos los dos...

¿Por qué había pronunciado su nombre? Sentía encenderse en mi alma una alegría huraña, con la cual me nacían alas; su nombre me azotaba como un latigazo; me mordí los labios hasta hacerme sangre. Cuando por fin logré serenarme, quise desempeñar el papel de ángel custodio.

—Roberto, te has engañado respecto de mi conducta. Nunca he tenido motivo de queja contra ti. Me he vuelto tímida y arrogante a la vez en el extranjero. Tienes que armarte de paciencia; hay que tener confianza en mí... ¿quieres?

Entonces vi que pasaba por sus ojos como un rayo de luz.

—Te debo tanta gratitud, Olga, ¿que por qué no he de seguir teniendo confianza en ti? Mira; desde el día en que dimos juntos por el bosque un paseo a caballo, ¿te acuerdas? ¡oh, cómo lo recuerdo yo!, desde aquel día te he querido como a una hermana... mucho más que a todas las hermanas. Y al mismo tiempo te respetaba y te veneraba como a un ángel tutelar. Además, tú lo has sido todo para mí y lo seguirás siendo, ¿no es cierto?

Se me acercó preocupado.

—Estoy muy cansada — dije, esforzándome por sonreír—; ven, vamos a sentarnos; la noche es larga.

Nos sentamos uno enfrente del otro a ambos lados de la cama, con los codos apoyados en los bordes, mirando allí en el fondo el semblante de Marta, que se agitaba a cada instante con un movimiento nervioso.

—Parece difunta — murmuró Roberto escondiendo la cabeza entre las manos—. Si se muere no será a causa del parto ni a causa de la fiebre; yo solo seré la causa de su muerte.

—Por el amor de Dios... ¿qué estás diciendo? — exclamé tendiéndole los brazos.

Inclinó la cabeza, sonriendo amargamente.

—Lo he visto durante estos últimos tiempos; es culpa mía. En primer lugar, la hice esperar durante siete años, oscilando entre la esperanza y la desesperación, y agotando de este modo energías y fuerzas. ¡Dios sabe que no le sobraban!, y luego la he hecho arrastrarse, acobardada y con el cuerpo debilitado por este infierno, en que todo el mundo le era hostil, y más hostil que todos, la mujer que más debiera ayudarla. ¡Y... yo mismo! Si hubiese demostrado alegría, si hubiese velado para que no se lastimase los pies contra las piedras del camino, si hubiese iluminado su existencia con un rayo de sol, tal vez ella habría vivido a mi lado, feliz. Pero a menudo me encontraba malhumorado y lanzaba juramentos, sin pensar que por el mero hecho de alzar la voz la hacía temblar, que palidecía al verme la menor arruga en la frente. Mira ahí, delante de nosotros, ese cuerpo que no es más que un aliento, y mírame, gigante salvaje y rudo. Más de una vez, de noche, me he despertado temblando al pensar si la habría ahogado con los brazos. Y en verdad que la he ahogado realmente. Lo que me hacía falta era una mujer fuerte... y...

Se detuvo atemorizado mirando a Marta con un aire de humildad que pedía perdón; pero yo completé la frase con el pensamiento.

Cuando salió del cuarto se apoderó de mí un sentimiento de alegría, una alegría loca que me turbaba los sentidos y parecía querer absorberlo todo: orgullo, independencia, respeto de mí misma.

La atmósfera del cuarto de la enferma era tan pesada como una plancha de plomo. Los vapores del fenol me quemaban el cerebro. Comenzaba a faltarme la respiración.

Corrí hacia la ventana, y apoyando la frente en el marco, aspiré el aire frío de la noche, que penetraba en el cuarto por las junturas.

El día apareció a través de las cortinas, un día frío y gris anegado en la niebla. Obscuras nubes su-

bían pesadamente al horizonte y proyectaban una claridad pálida sobre los árboles, que parecían haberse despojado durante aquella noche de parte de sus hojas.

¡Qué noche!

¡Y cuántas aún más terribles iban a sucederse!

¡Cuántos fantasmas engendrados por las tinieblas, nacidos de la angustia, a favor de la noche, en mi agitado espíritu!

Temblaba de pies a cabeza, y me retiré a un rincón. Tenía miedo de mí misma.

Transcurrieron las horas de la mañana, y poco a poco recobré la calma. El recuerdo de aquella noche se borró, y con él las alucinaciones de la fiebre y los remordimientos de la conciencia. Lo que había visto, lo que había sentido no me parecía más que un sueño. Un cansancio abrumador me invadía; cerré los ojos y no pensé en nada.

Llegó luego un momento de felicidad. Era cosa de las diez; de pronto abrió Marta sus grandes ojos azules, llenos de bondad y de dulzura.

Me pareció que era la mirada de Dios la que se volvía hacia mí, pecadora desgraciada y, que en ella leía el perdón y la piedad.

Una alegría pura y santa me inundó el alma; me eché en brazos de mi hermana, reclinando la cabeza en sus hombros.

Ella se sonrió, y apoyando penosamente la cabeza en la mano murmuró con voz apenas perceptible:

—¿Os he dado miedo?

Sus palabras, ligeras como un soplo, me embriagaron como un cántico de paz; creí por un instante que me iba a librar del peso que me oprimía el pecho, pero me fué imposible llorar.

—¿Qué tal te encuentras? — pregunté.

—Bien, perfectamente — respondió—; ¡pero me parece tan pesada la manta!

Era la más ligera de cuantas hallé a mano. Se lo dije; suspiró, suplicando que la soportásemos con paciencia.

Luego permaneció completamente inmóvil, y siguió mirándome como si soñara. Al fin inclinó varias veces la cabeza y dijo:

—Así está bien, muy bien.

—¿Qué es lo que está bien — pregunté.

Se sonrió y guardó silencio.

Luego le volvieron los dolores. Se agitó, rechinando los dientes, pero sin quejarse.

—¿Quieres que llame a Roberto?

Me hizo señal de que sí.

—Trae también al niño — murmuró.

Hice lo que me había pedido.

Colocó la criatura en el lecho, a su lado, y la miró durante largo rato.

Antes de que llegase Roberto, ya se había vuelto a dormir.

Me dirigió éste una mirada de reproche, diciéndome:

—¿Por qué no me has llamado antes?

—Creo que vale más así. Tu presencia le hubiera causado una emoción sobrado fuerte.

—Tienes razón, como siempre.

Y salió sin advertir, afortunadamente, el rubor que me causó su elogio.

De nuevo Marta había perdido el conocimiento; veíansele las mejillas enrojecidas y la frente sudorosa, sin hablar del siniestro movimiento de labios, que chasqueaban sin cesar.

Hacia la una vino el médico, aplicó el termómetro y se cercioró de que la fiebre había disminuído.

—Ha de aumentar y disminuir aún varias veces — dijo.

No compartía la alegría que nos causara el despertar de Marta.

—Nadie la hable cuando vuelva en sí, y sobre todo no la dejéis hablar. Necesita de todas sus fuerzas.

Por la tarde me fuí a mi cuarto a buscar un libro; quise leer, pero las letras me bailaban delante de los ojos y me zumbaba la cabeza; parecía que miles de

murciélagos revoloteaban al mismo tiempo en el aire.

Necesité largo tiempo sólo para descifrar el título del libro. Leí *Ifigenia*. Entonces, aterrorizada, arrojé el libro como si hubiese cogido una brasa.

A eso del anochecer parecieron acentuarse los dolores de Marta. Lanzó muchos gritos estridentes, retorciéndose convulsa.

Mientras me ocupaba de ella, en una de esas crisis, vi de pronto a la madre de Roberto.

"¡Esta bribona espera la muerte de mi hermana; no sólo la espera, la desea!"

Una especie de velo rojo me obscureció la vista; los puños se me crisparon; poco faltó para que le arrojase su crimen al rostro.

Y mientras tal pensamiento me inmovilizaba, sentí que aquella señora me tomaba de la mano, tratando de apartarme para colocarse a la cabecera de Marta. Quizás quería intimidarme con modales bruscos y despóticos.

—Querida tía — le dije—, ya le he advertido una vez que éste es mi puesto, y que nadie lo ocupará en lugar mío. Le ruego que desde este momento limite sus visitas a las otras habitaciones.

—¡Ah!... ¡Eso se ha de ver, señorita! gritó con voz chillona—; preguntaremos al dueño de la casa quien goza en ella de mayor autoridad; si su anciana madre o una aventurera polaca.

Y se retiró chillando y bufando.

Temblando de cólera, me puse a pasear por el cuarto. Jamás creería que una madre tan abrumada de dolor se transformase tan pronto y tan completamente en una bruja. No le faltaba más que expresar sin rebozo sus íntimos deseos.

"¡Oh, si fuese cierto! — exclamé estremeciéndome de horror—. ¡Desear la muerte de Marta! ¿Me oyes, Marta?... ¡Desear tu muerte!... ¿A quién has ofendido? ¿Para quién has sido obstáculo? ¿Hay alguien en el mundo a quien hayas mostrado otro sentimiento que no sea el afecto o la indulgencia?... Si eso fue

cierto, si pudiera andar impunemente sobre la tierra un ser humano tan infame, ¡sería cosa de desesperar de Dios y del destino!"

Esto me decía, sin acabar nunca de lanzar insultos sobre la vieja. Luego comprendí que me dejaba arrastrar por un furor indigno de mí.

Pero esto me consolaba, respiraba con mayor libertad, y cuando vi en el suelo la pobre *Ifigenia,* maltratada por mí, la recogí amorosamente.

"¿Qué crimen habré cometido — me decía — para tener que ocultarme de mi modelo? ¿He hecho algo que no sea consolar a un desesperado? ¿Hemos cambiado una sola palabra, una sola mirada que no haya podido oír o ver mi hermana? ¿A quién le importa lo que me ruge en el fondo de mi corazón y lo abrasa, si lo conservo oculto?"

Y al decirme esto, creía justificarme a los ojos de los demás y a los de mi propia conciencia... ¡Ciega de mí!

XIX

Y llegó el crepúsculo: el sol poniente besó una vez más el horizonte que domina la ciudad, derramando en las habitaciones, al través de las ventanas, su rojiza luz.

El rostro de Marta estaba bañado por una claridad color de púrpura, centelleaban en su cabellera juguetones rayos, y la mano extendida sobre el cobertor parecía iluminarse interiormente.

Me acerqué al biombo de la cama, queriendo impedir que le hiciese daño el resplandor solar.

Vi entonces, suspendida del biombo, una corona en que no había reparado, corona semejante a la que teníamos costumbre de depositar en las grandes festividades sobre la tumba de mis padres. Quizá se destinaba a ese objeto. Entonces parecía trenzada con llamas; todo en ella adquiría vida fantástica. Y cuando la miré más atentamente, me pareció que daba vueltas, lanzando una cascada de chispas.

"¿Qué es eso? ¿voy a ver visiones ahora?", me dije, y traté de recobrar fuerzas paseándome por el cuarto. Pero tuve que recostarme en los respaldos de las sillas para no caerme; me tambaleaba, me faltaba el aliento.

¡Oh, el maldito olor del fenol! Aquel tufo asqueroso y dulzón me daba vértigos, confundía mis ideas y esparcía a su alrededor un presentimiento de muerte y espanto.

Llegó el médico; me miró fijamente y me ordenó, con ese tono brusco y paternal a la vez de los doctores veteranos, que saliese al instante a respirar el aire fresco. El se encargaba de velar a la enferma hasta mi vuelta.

Quise resistir, pero me empujó hasta fuera.

Si hubiese sospechado lo que me esperaba, ningún poder humano conseguiría hacerme traspasar el umbral del cuarto.

Salí al patio, absorbiendo el aire a bocanadas. En mis mejillas abrasadas produjo el viento del anochecer el efecto de un baño helado.

Desaparecían las últimas claridades del día. Una noche de otoño caía sobre la tierra, envolviéndola en manto de azulada bruma.

Los dos perros brincaron al verme y salieron a galope hacia las ruinas del castillo.

Seguí maquinalmente la dirección que habían emprendido, caminando entontecida, porque los vapores que saturaban el cuarto de la enferma me habían aturdido por completo.

Un olor a moho, hierbas marchitas y piedras ruinosas, se desprendía de los muros. Sobre mi cabeza tendía una puerta antigua el arco de su bóveda.

Penetré en el interior. Alrededor de mí erguíanse las paredes, destacándose negras sobre el cielo de la noche.

Agazapada en la sombra y entre los escombros, divisé una forma humana, cuya silueta al momento reconocí.

—¡Roberto! — exclamé sorprendida.

Se levantó de un salto.

—¡Olga! — gritó a su vez—. ¿Me traes malas noticias?

—Nada de eso; el doctor me manda tomar el aire.

Y de pronto creí sentir que el suelo cedía bajo mis plantas.

—¡Ten cuidado! — gritó para avisarme.

Pero, en el mismo instante, resbalo y caigo en un obscuro agujero de la profundidad de un hombre, arrastrando conmigo las piedras desprendidas.

—¡No te muevas, por amor de Dios, que caerás aún más abajo!

Medio desvanecida, me apoyé en las paredes de la fosa. Entreví a mis pies una cinta de tierra sobre la cual gravitaba; después, el abismo negro, sin fondo.

Le veo acudir a socorrerme, descendiendo lentamente y con precaución

—¿En dónde estás? — me grita.

Y siento al mismo tiempo que trata de alargarme la mano.

Entonces me lanzo sobre él, colgándome de su cuello, y me siento levantada, suspendida en sus brazos. Parecióme que me abrían las venas. Creí en aquel instante de abandono y de embriaguez que mi sangre hirviente se derramaba por el cuerpo hasta la última gota.

Percibí en el rostro el calor de su aliento. Imaginé que me rozaba la frente con un beso ligero.

Luego volvimos a casa silenciosamente. Me separé de él todo lo que pude, pero en el fondo del corazón resonaba un clamor de júbilo:

"¡Me ha besado!"

En el umbral de la casa el médico se adelantó para recibirnos y nos tendió las manos, diciendo:

—Está mejor, hijos míos, mejor de lo que yo esperaba.

Y en el fondo de mi corazón, otra vez el grito gozoso:

"¡Me ha besado!"

XX

¡Y ahora la noche terrible!

Cada minuto de ella se me echa encima como una furia, asestándome sus ojos de fuego.

Voy a evocar aquella noche, con sus detalles, como se evoca a los fantasmas para que susciten misteriosamente el recuerdo de un crimen viejo ya, medio borrado por los años.

Era una noche... poco más o menos como la de hoy. El húmedo viento del otoño pasaba volando en inquietas ráfagas, y susurraba sus enigmáticas estrofas por entre las cimas deshojadas de los álamos, que se inclinaban, crujiendo, hasta tocarse. Ni una estrella en el firmamento; una luz incierta permitía distinguir las nubes más sombrías que cruzaban en rápida carrera deshaciéndose en jirones.

La luz vacilante de la lámpara luchaba con las sombras. Colgaba frente a mí la corona fúnebre, ennegrecida y enmarañada, semejante a una corona de espinas. Fué a eso de las diez cuando Marta empezó a delirar.

Se irguió en el lecho y dijo con voz clara y firme:

—Es preciso que me levante; ¡esto ya no se puede sufrir!

Al pronto me dominó el regocijo, porque pensé que había recobrado el conocimiento.

—¡Marta! — dije.

Me levanté de un salto y la cogí de la mano.

—¡Sí; lo he preparado todo!... — exclamó—: camisas, zapatos y medias: un ciego dormido las encontraría... Y tú tampoco necesitas tomarme medida... ¡Nada de aspavientos... nada... nada!

Y al hablar así me miraba fijamente, con los ojos vidriosos, como si hubiera visto un espectro: repentinamente lanzó un grito ronco, diciendo:

—Llevaos esas piedras que me aplastan. ¿Por qué me habéis amortajado con esas piedras?

Cogí la sábana más fina que hallé a mano y la tendí en la cama en lugar del cobertor; pero no sintió nin-

gún alivio. Gritaba y decía sin interrupción cosas sin sentido.

Transcurrió así más de una hora. Estaba yo sentada junto a la mesa, sin apartar la vista de mi hermana, porque temía a cada momento ver surgir una aparición nueva, aún más terrible. Cuando ella se sosegaba y guardaba silencio, sentía que los miembros se me aflojaban, cerraba los ojos, me dejaba ir hacia atrás y fantaseaba el instante de echarme en brazos de Roberto. Sin embargo, sólo vagamente creía yo cometer una falta: mi cansancio era muy grande.

Presa alternativamente de súbito espanto y de abatimiento irresistible me encontró Roberto cuando entró en el cuarto, a eso de la medianoche. Quería haber dormido un poco en la cama para velar después conmigo, pero los gritos de Marta le espantaron el sueño y despertó sobresaltado.

Al verle, sentí disiparse toda fatiga; nueva oleada de sangre parecía regarme las venas; me levanté de pronto para verla antes que él.

—Procura descansar un poco — dijo bajando hacia mí la vista y mostrándome los ojos enrojecidos por el llanto—; necesitarás todas tus fuerzas luego.

Moví negativamente la cabeza señalando a mi hermana, que en aquel momento azotaba el aire con el puño cerrado, como si en su delirio quisiese alejarme de su esposo.

—Tienes razón — declaró—. ¿Quién concilia el sueño en presencia de semejante espectáculo?

Se acercó al lecho cruzando las manos, e inclinándose la besó suavemente en la frente, de color de cera.

"Así me ha besado a mí también", gritaba una voz allá en el centro de mi espíritu.

En seguida se sentó al pie del lecho, tan cerca de mi asiento, que su brazo, apoyado en la mesa, me rozaba el hombro.

Fijaba en ella la vista con la melancólica inmovilidad de la desesperación.

—¡Animo, esperanza, Roberto! — exclamé—. Aún puede salvarse.

Sonrió amargamente.

—¿Qué quiere decir eso de salvarse? ¿Que vivirá para arastrar un alma desquiciada y un cuerpo enfermo, gravoso a sí mismo y a los demás? ¿No sabes que tenemos que escoger entre esa solución y la...?

Helado estremecimiento me penetró hasta la médula de los huesos..., pero al mismo tiempo creí notar que se entreabrían las paredes y una perspectiva luminosa e infinita surgía ante mis ojos...

"¿No querías desempeñar en esta casa el papel de sacerdotisa?", me decía una voz acusadora, que se apagó, ahogada por el ruido de la sangre.

—¿A qué luchar? — continuó—. Hace largo tiempo que me he resignado a permanecer impasible cuando las calamidades me azotan sin descanso. Me he vuelto un ser tan miserable, sin energía y sin voluntad. Me he dejado atar de pies y manos por el destino, y es inútil que pugne por desasirme hasta que me salte la sangre de las articulaciones; es inútil; postrado estoy, postrado y hundido quedaré... ¡Adelante! No quiero sofocarme hablando y encolerizándome... Una cólera vana es aún más despreciable que una sumisión hipócrita.

Sentí que me abrasaba el deseo de arrojarme a sus pies y decirle a gritos: "Haz de mí lo que quieras; sacrifícame, aplástame bajo tus plantas; déjame morir por ti; pero cobra ánimo y cree en la felicidad..." De pronto oí brotar de los labios de Marta un gemido tan doliente, que me estremecí como si me hiriesen con un látigo.

Quise lanzar un grito, pero el temor que Roberto me inspiraba apretábame la garganta; sólo un suspiro se me escapó del pecho, y lo contuve a la fuerza, viendo que su mirada inquieta se fijaba en mí.

—¡No me hagas caso —dije tratando de sonreír—; lo que importa es que Marta mejore!

Cruzó los brazos sobre las rodillas, y repetidas veces inclinó dolorosamente la cabeza.

Cesaron los gemidos de Marta. Su barbilla se hundió en el pecho: tenía los ojos casi cerrados. Parecía dormir, pero continuaba divagando en voz baja.

Reinó un profundo silencio en la sala, alumbrada débilmente. No se oía más que el silbido del viento y el corretear de los ratones encima del techo.

Roberto, con la frente entre las manos, escuchaba espantado el lenguaje incoherente de Marta. Poco a poco se diría que iba calmándose; la respiración era cada vez más regular y más lenta; de cuando en cuando se inclinaba su cabeza hacia un lado y levantábala bruscamente un momento después.

La necesidad irresistible de dormir se había apoderado de él.

Quise persuadirle de que fuese a acostarse; pero me asustaba el timbre de su voz y guardé silencio.

Cada vez le veía cabecear de sueño más a ménudo: en estos movimientos, sus cabellos me rozaban la mejilla, y él buscaba con la mano a su alrededor en estos movimientos, un punto de apoyo.

Al fin su frente se inclinó de pronto, cayendo en mis hombros, donde quedó inmóvil.

Me entró un temblor general, profundo, como si me hubiera sobrevenido una dicha inaudita; me acometió el deseo irresistible de acariciarle la abundante cabellera, que me besaba el rostro. En sus sienes vi brillar un mechón de cabellos plateados.

"Comienza a encanecer — me dije—. Ya es hora de que guste lo que se llama felicidad."

Y le acaricié suavemente y en silencio.

Suspiraba al dormir y trataba de colocar la cabeza en posición más cómoda.

"Así no está bien — proseguí pensando—. Tienes que acercarte a él."

Y lo hice. Apoyó el hombro contra el mío y la faz contra mi pecho.

"Tienes que pasar el brazo alrededor de su cuerpo —me sugería una voz secreta—. De otro modo no podrá descansar bien."

Dos o tres veces quise hacerlo, pero retrocedí espantada.

¡Si despertase Marta de repente!... Pero no: sus ojos nada veían; sus oídos nada oían.

Y me decidí...

Entonces se apoderó de mí una alegría loca. Me apretaba contra él, murmurando placenteramente:

"¡Oh, cuánto quiero cuidarte y velar por ti! ¡Cuánto no haría por borrar a fuerza de besos las arrugas de tu frente y los cuidados de tu alma! ¡Cómo lucharía por ti con todas las fuerzas de mi juventud, sin descansar nunca hasta que devolviese el brillo a tus ojos, la alegría a tu corazón. Mas para conseguirlo..."

Y miré maquinalmente a Marta. Sí; vivía, seguía viviendo. El pecho subía y bajaba en respiración precipitada y corta. Parecía más viva que nunca.

Y de súbito vi una llamarada que cruzaba ante mí y creí leer en la pared estas palabras:

"¡Oh, si ella muriese!"

Sí; era esto mismo, no había duda, eran estas palabras: "¡Oh, si ella muriese! *¡Oh, si ella muriese!"*

. . . . . .

XXI

El médico interrumpió la lectura y lanzó un suspiro profundo al enjugarse el sudor de la frente.

Roberto habíase levantado de un salto; durante un minuto se quedó clavado frente a la lámpara, como cegado por el rayo, y en seguida se precipitó sobre el médico; parecía intentar arrancarle el papel de las manos.

—¿Está así escrito? — balbuceó.

—¡Léelo tú mismo!

Reinó silencio prolongado.

La lámpara esparcía a su alrededor una claridad dulce y risueña, como si iluminase un espectáculo grato y venturoso, y el viento silbaba dulcemente, rozando las ventanas con sus caricias. Abajo el ruido se extinguía

poco a poco. Aún se escuchaban risas a intervalos cada vez más largos; el ruido de las voces se transformaba en murmullo confuso y uniforme. La gente, fatigada, digería.

Habíase vuelto el médico para ver lo que hacía Roberto. Reclinado en una orilla del vacío lecho y con la cabeza entre las manos, permanecía inmóvil.

Sólo la fatigosa respiración que se escapaba de su pecho delataba la tempestad que se agitaba en el fondo de su alma.

—Vuelve en ti, muchacho — dijo el médico, posando la mano en el hombro de Roberto.

—Pero, tío, es evidente que al escribir eso estaba loca.

—Jamás tan cuerda como entonces.

—¿Cómo te atreves a afirmarlo? ¡No insultes a una muerta!

—¿Qué es insultar? ¿Cómo insulto? ¿Quién se atreverá a arrojar la primera piedra? Pero si has entendido y meditado esa relación, comprenderás sin esfuerzo que se ha pasado la vida entera de Olga en preparar, por decirlo así, la plenitud de ese instante. Sus ensueños de niña encerraban ya los gérmenes de ese deseo criminal; se desarrollaron súbitamente en aquella famosa roca donde os sentasteis cuando fuisteis al bosque, y han producido una planta vigorosa cuyas flores se abrieron en el momento en que Olga se deslizó en tu cuarto para unirte a Marta.

—¿Y por qué hizo eso si codiciaba el puesto de su hermana?

—¡Bah! ¿Sabía acaso lo que quería? Cuantos esfuerzos hizo para asegurar vuestra felicidad, no eran más que resultado de la lucha entre su natural honrado y puro y el deseo que creció en su corazón desde el día en que te vió por primera vez. Pero ella lo ignoraba: ni siquiera se dió cuenta de su amor hacia ti, sino cuando entró en tu casa; mayor motivo para que no se sospechasen las consecuencias latentes en las profundidades más secretas de su alma.

—¿Y dices, sin embargo, que combatía ese amor y trataba de arrancarlo de su corazón?

—Sin que el entendimiento tomase parte, sin saber lo que hacía. Sus pensamientos fueron puros hasta aquella hora terrible. Sólo el sentimiento luchaba en ella contra el veneno. Diariamente extraía del fondo de su naturaleza vigorosa y sana nuevos recursos para eliminar el virus, o cuando menos para contenerlo y neutralizarlo. Por eso emigró al extranjero, por eso al momento de divisar tu casa pensó en huir lo más aprisa posible. ¿Ves, por el tono general de estos recuerdos, cómo apenas se daba cuenta de los combates que se han librado en el fondo de su alma durante tantos años? Habla sin intención, de mil detalles accesorios que no interesan al proceso de la acción, pero que son muy útiles para mostrar hasta qué grado se desarrolló ese deseo. Lo hace inconscientemente; es aún el sentimiento quien le dice: "Esto se relaciona con tu pecado".

—Yo no creo en tal pecado — exclamó Roberto con agitación extremada—. Si ese deseo es algo más que mera ilusión, algo más que resultado de una sobreexcitación nerviosa y enfermiza; si, por el contrario, hace tiempo que se estaba preparando en su conciencia, ¿por qué, seis horas antes de formularlo mostró tanta indignación contra mi madre, al sospechar que abrigaba la misma aspiración de ver a Marta en la sepultura?

—¡Ahí verás! El mayor argumento en favor de mi tesis es esa misma indignación. Para descargar su propia conciencia del peso que la aplastaba, no halló palabras bastantes con que insultar a tu madre. Efectos del temor a su propia culpabilidad.

—¿Y el noble propósito de abnegación formado pocos días antes?

Se dibujó una sonrisa en el rostro marchito del anciano, la sonrisa del hombre que comprende y perdona.

—Dice un proverbio antiguo que el infierno está empedrado de buenos propósitos. Justifícase este adagio en el caso presente, pero no aclara por completo

el enigma. La resolución adoptada era la última tentativa para conciliar el afecto que debía a Marta con el amor que en ella despertaste, para armonizar la sed ardiente, irresistible, de felicidad que la devoraba, con la necesidad de ser fiel a su hermana. Era el camino menos lógico de cuantos podía emprender, porque el sacrificio, la resignación muda, no entraban en su carácter. Y además, quiso el destino cruel que, a pesar de su elevada inteligencia y de su voluntad enérgica, fuese arrastrada hacia una falta que es la más vulgar y la más cobarde del mundo, falta que yo he leído en un número infinito de rostros cuando me llamaban para asistir a enfermos graves. Ahí tienes, muchacho uno de los aspectos más sombríos de la naturaleza humana, un resto de bestialidad que subsiste en nuestro mundo civilizado; aún las mismas naturalezas delicadas y sensibles, como la de Olga, no están exentas de él; es verdad que a éstas las mata, mientras los espíritus más rudimentarios se conforman con disimular arrinconados dentro de sí mismos el secreto que tiende a escaparse de las obscuras profundidades de la conciencia. Espera; voy a darte detalles. Fuí cierto día a visitar a un anciano enfermo, rico propietario, que estaba en las últimas. Hallé junto a la cabecera al hijo mayor, hombre de cuarenta años, que hacía mucho tiempo desempeñaba en propiedades ajenas el cargo de administrador, y cuya novia se envejecía y consumía esperando el momento de casarse. El tal hijo era un muchacho honrado y bueno, incapaz de hacerle mal a nadie: amaba realmente a su padre, y se hubiese avergonzado de desear la menor desgracia a su enemigo mortal; sin embargo, en la angustia reprimida y violenta que se pintaba en sus facciones al tiempo que yo inclinaba la cabeza para auscultar al anciano, leí claramente el deseo: "¡Oh, si muriese!"

"Otro día me llamaron a casa de una señora, que había hecho en segundas nupcias un buen casamiento. Sólo una sombra empañaba su felicidad: que su esposo no pudiera soportar el hijo del primer matrimonio. Una arruga cerraba su entrecejo cuando nombraba a aque-

lla criatura, y como la señora quería locamente a su marido y temía inspirarle odio a causa del niño, lo escondía todo lo posible. El niño enfermó de escarlatina. Encontré a la madre de rodillas junto al lecho y llorando a mares. Temblaba por la existencia frágil de su hijo; ¿no se había engendrado de su cuerpo? Pero entró el marido, y en la mirada inquieta y vacilante que la madre lanzó a la cuna, se leía distintamente: "¡Si murieses me harías feliz!..." Podría citarte infinitos ejemplos en que los celos, la codicia, la necesidad de independencia, la pasión de los viajes y de la libertad y el amor, han preparado y desenvuelto ese deseo criminal y terrible, que se yergue repentinamente, sombrío y gigantesco, en un corazón humano que hasta entonces no conocía más que la bondad y la luz. Felizmente, no causa hoy día grandes estragos. En los tiempos de la antigua barbarie, cuando las pasiones se saciaban sin reparar en obstáculos, la acción ayudaba al pensamiento. Cuando un individuo estorbaba a otro miembro de su familia, el puñal y el veneno hacían de las suyas. Están llenas la historia y la literatura de muertes de ese género, y Shakespeare, ese gran conocedor de las almas, no desarrolla más tema trágico que el del asesinato entre parientes. Ahora todo se ha suavizado, y cuando la lucha por la existencia penetra en el círculo de la familia, se contenta la gente, en las horas sombrías, con desear a la persona que molesta un hoyo de seis pies. Este deseo... es el asesinato de otro tiempo, atenuado por las costumbres nuevas. Mira, muchacho; he pronunciado un extenso discurso; si he conseguido que te serenes, no he perdido el tiempo.

—Veo que la condenas sin apelación — dijo Roberto con angustia.

—Yo no condeno a nadie — respondió el anciano sonriendo gravemente — y menos a un carácter tan honrado como el de Olga. Ha tenido el valor de confesarse a sí misma y de confesar al hombre amado el crimen que cometió; eso basta para elevarla por encima de la humanidad. Porque ese deseo de que habla-

mos, si es el pecado más odioso de que un espíritu humano puede hacerse culpable, es también el más secreto. No hay amigo que a su amigo lo confíe, ni marido que se lo susurre a su compañera en la obscuridad y en el silencio de la noche, ni penitente que al confesor se lo declare; la oración misma, que nace en el arrepentimiento más profundo y asciende hacia los cielos, se lo calla fraudulentamente. Dios tiene derecho a saberlo todo, todo, menos esa infamia. Nacido en las tinieblas y en el horror, tiene que desaparecer en la vergüenza y en el silencio. ¡Hay más! Ese deseo es la única falta que se escapa generalmente, lo mismo a la justicia del mundo exterior que a la sanción de la conciencia; ni uno ni otro guardan para él castigo ni expiación. En casos tales, el mismo juez inexorable, que cada hombre lleva dentro de sí, se deja comprar y corromper. Millares de hombres que, una vez cuando menos, han cometido esa bajeza, siguen viviendo satisfechos, engordan con perfecta tranquilidad de ánimo, felices porque se ha cumplido su deseo, y se apresuran a olvidarlo tan pronto como lo realizan. Piérdese sin dejar rastro en la masa de las virtudes personales y colectivas; el silencio lo aniquila. Disto mucho de condenar a esos hombres. ¿Qué sería del mundo si cuantos, mirándose al espejo, se encuentran una verruga en la faz, se cortasen desesperados la cabeza? Los hombres que te he descrito están bien constituídos y pertenecen al término medio de la humanidad; su feliz naturaleza es capaz de soportar un golpe y no se preocupan de ciertas manchas morales, invisibles para el resto del mundo. Olga era de una arcilla menos grosera; su sistema nervioso no soportaba tan violentos choques, y lo que en los demás no producía sino cierta comezón, le hacía a ella el efecto de un latigazo. Estas naturalezas a menudo adolecen de cierta sensibilidad enfermiza; tienden a la hipocondría y al histerismo; su vida afectiva está dominada por antojos y exaltaciones que a los ojos de la gente adquieren carácter de monomanías. Y no obstante todo, obedece en ellas a reglas rigurosas; hasta puede decirse que funciona

su organismo con más precisión que el de los demás humanos, y si pesásemos y midiésemos su actividad moral con las balanzas precisas de los químicos, diríamos que realizan proezas. Los hombres dotados de tan exquisita impresionabilidad son de ordinario débiles de voluntad, tan débiles que se repliegan sobre sí mismos al menor contacto extraño, y así se defienden, porque se ponen al abrigo de los choques que de otro modo no podrían resistir. Pero, ¡desgraciados de aquellos a quienes una voluntad indomable y un carácter violento y apasionado arrastran directamente a los escollos o arrojan contra las zarzas del camino! Puede suceder que una espina que se quede en la llaga, y de la cual otro no haría caso, para ellos se vuelva flecha envenenada, que les destroce cuerpo y alma hasta que sucumba. ¡Basta! He hablado mucho. Aún quedan algunas hojas sin leer. ¡Escucha! Vamos a saber cómo se muere... de un deseo.

XXII

. . . . . .

"¿Qué sucedió en seguida? No conservo en la memoria sino un recuerdo confuso.

Me acuerdo que lancé de pronto un grito ronco, el cual hizo estremecer a Marta; que me arrojé a los pies de la cama y que cogiéndole las manos abrasadas de calentura, exclamé:

—¡Sálvame, sálvame; despierta!

Y después... recobré los sentidos en el cuarto al que Roberto me llevó. No sé describir mi sensación de espanto al examinar en el espejo mi rostro desencajado, donde rodaba el sudor de la angustia, la carcajada que lancé y el horror que me causó mi propia risa, mientras desfallecida oía retumbar en mis oídos aquel deseo, repetido por mil voces envidiosas que murmuraban mofándose:

"¡Oh, si ella muriese!"

¿Cómo describir todo eso sin que de nuevo me rodeen y acosen todos los fantasmas de aquella noche mortal?

Aún veo claramente al médico inclinando hacia mí su rostro amigo; aún le veo dándome algo de beber, algo amargo, y luego... ya no sé nada.

Las primeras claridades del alba asomaban descoloridas por los vidrios cuando me desperté. Me dolía la cabeza, y al lanzar a mi alrededor miradas de desvarío, creí ver otra vez enfrente escritas sobre la blanca pared, las palabras: "¡Oh, si ella muriese!"

Temblé y surgió en mí un pensamiento: "Si ella se muriese ahora, tu deseo la habrá matado".

Me levanté vivamente y me aproximé al espejo.

"Esa es la cara de una persona que desea la muerte de su hermana", me dije al notar mi color lívido.

Llena de horror, golpeé el espejo con el puño. Me hice sangre, pero el espejo no se rompió.

¡Insensata de mí! No sabía que el mundo entero iba a ser en adelante espejo de mi crimen.

¡Pero quizás no se muera!... Este pensamiento, que se despertó de pronto en el cerebro, esparció en él una ola tal de luz, que cerré los ojos como si me cegase.

Oí nuevamente gritar dentro de mí: "¡Morirá Marta, y tu deseo la habrá matado!" Apoyándome en la pared me arrastré hasta el cuarto de la enferma. Al llegar a la puerta y no oír en el interior el menor ruido, me dije "No encontrarás más que un cadáver".

No; vivía aún, pero la muerte había impreso ya en el rostro de mi hermana el sello de sus garras.

El cartílago de su nariz se acentuaba más, los labios estaban entreabiertos, dejando ver los dientes inclinados; los ojos parecían desaparecer en el fondo de azuladas cavidades.

Hallábase a sus plantas Roberto y el médico. Roberto sepultaba el rostro entre las manos y los sollozos le sacudían el cuerpo. El anciano fijó en mí su vista penetrante. Creía por un instante que leía en mi alma hasta el fondo y que descubría mi falta. Pero cuando

viéndome tambalearme acudió para sostenerme en sus brazos, comprendí que había fijado en mí una mirada de médico.

—¿Cuánto tiempo vivirá aún? — pregunté, cerrando los ojos.

—Está expirando.

En aquel momento sentí que algo se helaba en mí, adquiriendo la rigidez de la piedra. En aquel momento murieron mis esperanzas, y con ellas la fe de mí misma, la creencia en el bien y en la felicidad. Una gran calma se produjo en mi espíritu. La muerte que se cernía sobre el lecho me tocaba el cuerpo con sus alas sombrías. Lúcida como una vidente, vi desplegarse frente a mi vista, sin velo alguno, lo que me quedaba de existencia. En adelante iba a cruzar sobre la tierra como una muerta, como una muerta contemplaría a la vida y como una muerta vería aproximárseme la felicidad, perdida, sin embargo, definitivamente para mí.

Roberto, aproximándose, me abrazó; asentí tranquilamente: estaba insensible.

Luego me senté junto al lecho de mi hermana y la contemplé esperando el instante.

Seguía con atención los síntomas de aquella agonía lenta. Me parecía que mi conciencia estaba lejos de mí viéndome a mí misma sentada, fijos los ojos en el rostro de la agonizante.

No tuve la menor alucinación, no me hice el menor reproche al acometerme la fiebre; nada alteró desde entonces el curso de mis pensamientos. Veía claramente que mi deseo no podía en realidad ocasionar la muerte, y sin embargo, para mi conciencia era el deseo quien la mataba, y seguía sentada junto al lecho de mi víctima esperando su última hora, que era también la mía.

No se precipitó el desenlace. Las horas del día transcurrieron y seguía viviendo. Hacía tiempo que el pulso no latía, el corazón parecía haberse detenido, pero continuaba respirando con respiración fatigosa. Mientras yo dormía, gracias a la morfina, se aplicó a la moribunda una inyección de almizcle para reanimar sus

fuerzas. Eso la sostenía en aquel momento. Pero el olor del almizcle, mezclado con los vapores del fenol, saturaba el cuarto de algo que parecía ponderable y tangible, que me pesaba en la nuca y me apretaba las sienes. Diríase que a cada aspiración absorbía yo masas espesas que hinchaban mi pecho.

Por la tarde llegaron los padres de Roberto, y aunque la víspera no había mostrado a mi tía más que orgullo y desprecio, ahora le besé humildemente la mano. Era el comienzo de la expiación que me había impuesto junto al lecho de dolor de Marta, y que no debía acabar sino con mi vida.

Llegó la noche. Marta seguía respirando. Su cara estaba vuelta hacia mí, con la boca abierta y los ojos apagados. Su cuerpo parecía empequeñecerse cada vez más; allí yacía encogido del todo. Era como si no se atreviese a ocupar en muerte el espacio reducido que ocupara en vida.

La tía lanzaba fingidos sollozos, los demás lloraban también; sólo yo seguía con los ojos secos.

Cuando a eso de las once exhaló Marta su último suspiro, me acometió un acceso de locura furiosa.

... ...

XXIII

Llego a la escena del castillo.

Se ha mostrado afectuoso y bueno para conmigo; he visto brillar en sus ojos una ternura tímida, que llenó mi corazón de inmenso consuelo. Sospecho que va a llegar una nueva primavera: la risa y la alegría se despiertan en mi alma; cuando cierro los ojos, veo que danzan a mi alrededor dorados rayos de sol.

Pero basta de sueños de felicidad, basta de cobardías. ¡Si acaba por quererme, tanto peor para él!

No me he prestado yo a ello. ¡No ciertamente! Si hubiese hecho eso, sería tan despreciable como una mujer perdida. Desde que me curé he dirigido su casa

leal y honradamente, durante más de un año, sin pretender agradarle, sin desear hacerme indispensable. Y lo soy, sin embargo. Hasta mi tía ha tenido que reconocerlo, ella que casi me impone su hostilidad a pesar del odio que me tiene. Es demasiado mujer de su casa para ignorar que sin mi trabajo la familia se hubiera arruinado durante aquellos días de dolor, en que Roberto, absorto en su inmensa pena, era indiferente a todo, hasta a su hijo. Sin mí, la pobre criatura dormiría también bajo tierra desde hace tiempo. No enumeraré todo lo que he hecho durante este intervalo, todo lo que mi trabajo ha producido. No estaría bien que me vanagloriara yo misma.

No hablaré tampoco de mi expiación. Es palabra harto pomposa, detrás de la cual no suele ocultarse más que una mentira miserable, una ilusión vana. ¿Cómo borrar la mancha que eché? Se expía una falta trágica, un gran crimen; pero una infamia como la que yo he cometido, es un borrón odioso que el alma no puede lavar.

—¡Si al menos ignorase el secreto deseo que vela en el fondo de mi corazón!

¿Por qué quería en otro tiempo seguir siendo pura frente a mi conciencia, sino para poder pertenecerle algún día? ¿Cómo ignorar ese deseo si el mismo destino eterno no hubiese levantado entre nosotros una muralla cual la que nos separa, y que arrancando del fondo de la tumba de Marta se eleva hasta los astros?

Y si un espíritu maléfico le diese al oído el consejo de ofrecerme su mano, ¿podría yo hacer otra cosa sino rechazarle como a un loco temerario? Pero no sucederá nunca. He sabido conservar las distancias. Aunque suponga que le desdeño o crea que me parapeto en el egoísmo o el orgullo, sabré guardar el secreto de mi alma.

—¡Si no existiera!

Más de una vez, sobre todo durante la noche, cuando se pierden las miradas en la obscuridad, se apodera de mi ánimo un deseo con tan extravagante violencia, que pienso que va a aniquilarme. Me acomete como

un arrebato de calentura, ofusca mis sentidos y me hace hervir la sangre en las venas; es el afán de descansar, una vez al menos, entre sus brazos, para llorar a mis anchas. Porque desde hace muchas noches las lágrimas se me han secado. Me ha sido imposible llorar desde el día en que hallé a Marta tendida en su lecho de dolor.

XXIV

Quince días después.

¡Se acabó! Roberto me ama. Quiere casarse conmigo. Ahora ya sé que hay expiaciones. ¡Ah, si no purificase estos tormentos!

Jesús, no tengo en ti la fe inocente de la infancia, pero tú has sido hombre, has sufrido como yo, y te imploro... Pero no, es locura; mujer, vuelve en ti, tranquilízate. ¿No hay un reposo eterno en que libremente podrás refugiarte cuando no aciertes a seguir soportando los dolores de esta vida? ¿Quién te detiene?

Me ama; lo he conseguido; mas para que esto suceda ha sido necesario que Marta pereciese y que yo me hundiese en un abismo de crimen y vergüenza, del que ningún poder humano ni divino es capaz de sacarme.

Estoy muerta. Muertos deben estar también mis deseos y esperanzas, y a pesar de todo, la sangre hierve y se agita cuando pienso en él... ¡Ya domaré su fuerza! ¡Si no!...

¡Oh, qué actitud la suya delante de mí! Las palabras se escapaban lenta y tímidamente de sus labios. Sus miradas recelosas parecían implorar socorro, y buscaban las mías; en su azoramiento retorcía con los dedos la punta de la barba y pateaba impaciente cuando no encontraba las palabras. ¡Oh, adorado mío! ¿No has visto que todo mi ser se precipitaba a tus brazos y ardía en deseos de descansar en ellos por una eternidad? ¿No has visto que los labios me temblaban, ham-

brientos de posarse en los tuyos y de colgarse a ellos hasta el último suspiro?

¿No has visto nada de eso? ¿Era preciso que diese crédito a unas palabras pronunciadas casi maquinalmente? El corazón las desconoce por completo, te lo juro. Te quiero y te querré hasta el último instante de mi vida, y el postrer aliento que exhale mi boca será tu nombre idolatrado.

¿Y cómo diste crédito al pretexto que discurrí? ¡Abandonarte por una mujer rica!... ¡A ti... por quien yo quisiera mendigar en los caminos, perder la vista y hacerme sangre en los dedos a fuerza de coser, si lo necesitaras!

¿Te acuerdas de aquella noche en casa de mis padres, cuando pretendías la mano de Marta? Si la recuerdas, ¿cómo has creído en mi derrota moral?

Y al darme la mano para despedirme, ¿por qué me miraste con tanta humildad y tristeza? ¿No sabías que esa mirada había de torturarme incesantemente día y noche como el remordimiento de una falta contra ti?

No, amigo mío; eres el único ser de este mundo que nada tiene que reprocharme. He sido leal contigo, hoy más que nunca, aunque jamás te haya engañado más indignamente que hoy.

¡Si al menos pudiese decirte lo mucho que te quiero! ¡Con qué placer moriría en ese instante! ¡Colgarme una vez de tu cuello, esconder la cabeza en tus hombros y verter lágrimas de sangre!...

Es preciso que no me mires con esos ojos, amado mío, como si me dijeses que hago bien en desdeñarte, como si fueses demasiado sencillo, demasiado indigno de mí... porque, mira, ¡no sé lo que haría!

¡Dios te libre de mí y de mi pasión!

XXV

Ocho días más tarde.

¡Al fin se ha realizado mi deseo! Me arrojé en sus brazos, me embriagué con sus besos, he llorado en sus hombros hasta caerme.

Estoy tranquila, completamente tranquila; he gustado cuanto podía brindar la vida a una pecadora como yo.

¿Y ahora?

Me encuentro frente al último terrible dilema: huyo o muero.

Tengo que decidirme esta misma noche por una de las dos soluciones, porque mañana vendrá *él*... a llevarme en piadosa peregrinación a la tumba de Marta.

Admito que llegue mi hipocresía al extremo de no caer de rodillas sobre esa tumba para confesárselo todo; admito que no me sofoque el horror que a mí misma me inspiró y que encuentre el valor de la ruindad, y me decida a ser su esposa; pero... ¡qué existencia la mía si viviese con él!

¿Con qué fin apegarse a una felicidad que yo misma hice imposible? Cruzaré la tierra como criminal infortunada cuando va al patíbulo, atormentada eternamente por el temor de delatarme a sus ojos y roída al mismo tiempo por el deseo de confesar al mundo entero mi falta. ¡Cómo dormir bajo la colcha que yo deseé abandonase Marta para bajar al sepulcro! ¡Cómo vivir entre paredes donde aún están escritas con letras de fuego las palabras: "¡Oh, si ella muriese!"

Voy a razonar fríamente conmigo misma, como cumple a una persona que hace el balance de su existencia.

¿Ser su mujer? Es imposible; lo sé.

¿Huir? ¿Y qué haré entre extraños? Los conozco. Conozco a los hombres y los desprecio. Me han hecho daño; continuarán haciéndome sufrir. Todo lo que me queda de amor, de fe y de esperanza, lo consagro a uno solo.

Pues bien; ¡morir! En el fondo del cajón están los frascos de morfina; un presentimiento me advertía que iba a necesitarlos cuando los apartaba secretamente y a despecho de las advertencias de mi tío, el médico. Las pocas horas de sueño que he perdido, me serán devueltas centuplicadas.

Escribo a mi tío, será mi heredero y mi confidente. Tal vez consiga disimular el suicidio y hacer de modo que no lo sospeche Roberto.

A él, ni un adiós. Es lo más triste, pero conviene que así sea.

. . . . . .

He salido furtivamente para echar la carta. El sereno cantaba la medianoche. ¡Cuán desierto y sombrío está el mundo! El viento gime entre los tilos. Aquí y allí centellea tristemente una luz que parece iluminar secretos dolores.

Avanza por el camino un beodo, que gruñe sordamente y trata de echarme la zarpa con brutalidad. Alrededor de mí, tinieblas, miseria y grosería; dentro de mí el remordimiento y una pasión que no se saciará nunca. Eso me reservaba el porvenir. No puede ofrecerme otra cosa la vida.

Se habla y escribe mucho acerca de las angustias de la muerte. Yo no siento ninguna. Me encuentro bien después de haber llorado a gusto. Las lágrimas, que no podían correr libremente, me oprimían el pecho. Dicen que llorar da sueño. ¡Buenas noches!"

FIN

